



## Colección Jóvenes – 2

*Editada por el Consejo Pontificio para los Laicos*

PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS

# XV Jornada Mundial de la Juventud Jubileo de los Jóvenes

*«La Palabra se hizo carne,  
y puso su Morada entre nosotros» (Jn 1,14)*

Roma, 15-20 de agosto de 2000

# VII Forum Internacional de Jóvenes

*«¡Vayamos tras las huellas de Cristo!»*

(JP II, *Carta sobre la peregrinación a los santos lugares*, 29-6-1999)

Roma, 12-15 de agosto de 2000



CIUDAD DEL VATICANO  
2001



## PREFACIO

**D**urante su preparación, muchos hablaban de la Jornada Mundial de la Juventud y se referían a ella como el «corazón» del Gran Jubileo. Si esta definición y estas expectativas han sido realidad, si la abundancia de gracia que se ha revelado en el acontecimiento ha sido tan evidente a los ojos de todos, no se puede prescindir de una premisa fundamental: mirando hacia atrás, puede verse que el camino hacia la Jornada Mundial de la Juventud del 2000 comenzó sustancialmente hace quince años.

Fue en 1985 cuando Juan Pablo II, viendo en los jóvenes la fuerza y la esperanza de la Iglesia, les dedicó la Carta Apostólica *Parati semper* y los convocó en Roma con motivo del Año Internacional de la Juventud: «De vosotros depende el futuro, de vosotros depende el final de este milenio y el comienzo del otro. No os quedéis por tanto pasivos; ¡asumid vuestra responsabilidad en todos los campos que tenéis ante vosotros en nuestro mundo!» (31 de marzo de 1985). La amplitud de la respuesta fue realmente impresionante, tanto que al final del mismo año el Papa, con uno de los gestos proféticos de su pontificado, decidió «apostar» por el entusiasmo y el compromiso de los jóvenes instituyendo su Jornada.

Por tanto, desde 1985 hay generaciones de jóvenes que, como si se pasasen un testigo, se llaman unas a otras a participar en la peregrinación de fe a la que Juan Pablo las invita con insistencia, constituyendo lo que bien puede llamarse «el camino de las Jornadas Mundiales de la Juventud». Es un camino hacia una meta bien determinada, que los mismos jóvenes le recuerdan al Santo Padre con su «participación numerosa, disponible y entusiasta»: «Se dirigen a nosotros para que los llevemos a Cristo, el único que tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6, 68) [...]». Con su entusiasmo y su exuberante energía, los jóvenes piden que se les ani-

me a ser “ protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social ” (ChL 46). De esta forma los jóvenes, en quienes la Iglesia reconoce su juventud de Esposa de Cristo (cf. Ef 5, 22-23), no sólo son evangelizados, sino que ellos mismos se transforman en evangelizadores llevando el evangelio a sus coetáneos, incluso a los que están alejados de la Iglesia y a los que todavía no han oído hablar de la Buena Noticia » (*Mensaje para el seminario sobre las Jornadas Mundiales de la Juventud*, 8 de mayo de 1996).

Proponiendo los temas de las Jornadas con sus *Mensajes a los jóvenes y a las jóvenes del mundo*, Juan Pablo II sigue una línea constante: recordando su fuerza y la unicidad de la condición juvenil, los exhorta a profundizar y a confirmar la propia fe en Cristo y a hacerse sus testigos en el nuevo milenio. Y es así que, en el Mensaje para la XI JMJ de 1996, el camino que el Papa indica se hace más claro: « Ya estamos en camino hacia el gran Jubileo del año 2000 [...]. Os confío un plan de acción que, a partir de las palabras del Evangelio [...] constituirá el hilo conductor de las próximas Jornadas Mundiales [...]. A vosotros, jóvenes, dirijo de forma especial la llamada a mirar hacia la frontera temporal del año 2000, recordando que “ el futuro del mundo y de la Iglesia pertenece a las jóvenes generaciones que, nacidas en este siglo, serán maduras en el próximo, el primero del nuevo milenio... Si [los jóvenes] saben seguir el camino que Cristo indica, tendrán la alegría de aportar su propia contribución para su presencia en el próximo siglo ” (*Tertio millennio adveniente*, 58) ».

De esta forma las Jornadas Mundiales han acompañado idealmente a las jóvenes generaciones a través de los continentes durante estos años, hasta llegar a la cita con el segundo milenio de la encarnación de Cristo, en el corazón mismo del Gran Jubileo. A 15 años de distancia de su institución, la Jornada Mundial de la Juventud vuelve a Roma y alcanza su culmen como Jubileo de la « Iglesia joven ». Y el hecho de que muchos de los jóvenes del 2000 probablemente sean hijos de aquellos de 1985, hace todavía más significativa la continuidad ideal del camino recorrido.

Dos millones cuatrocientos mil chicos y chicas jóvenes sentían que no podían faltar de Tor Vergata, la cita decisiva que llamaba a todos a estar unidos junto a ese Pastor que ha sido el primero en creer tanto en ellos. Cada uno de los jóvenes ha venido con su bagaje espiritual, la propia experiencia de vida, la propia cultura y tradición, para proclamar al mundo, frecuentemente contra las etiquetas de los mass media, que se puede vivir en Jesucristo y ser joven, que es posible ser muchos y no ser una masa, que se puede estar unidos para ser Iglesia.

Junto a los jóvenes, el Papa. Con ellos, cientos de obispos y miles de sacerdotes. He aquí la razón de tanto clamor en los medios de comunicación. He aquí porque tanta conmoción en el corazón de quien ha participado o de quien lo ha seguido por televisión. En Tor Vergata estaba presente toda la Iglesia, una Iglesia en su mayoría joven. Una Iglesia que en un acontecimiento intensamente celebrativo y extraordinariamente simbólico ha dado testimonio al mundo de su vitalidad y de la fuerza siempre nueva que brota del centro mismo de su fe: la presencia viva y perenne del Verbo hecho carne, Salvador del mundo. Una Iglesia que, increíblemente, se había dado cita 15 años antes, pero que ya tiene intención de seguir su camino. Porque anunciar que «Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre» es una misión que no permite descanso.



JAMES FRANCIS CARD. STAFFORD  
*Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos*





## **MENSAJE DEL SANTO PADRE A LOS JÓVENES DEL MUNDO CON OCASIÓN DE LA XV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD**

*« la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros » (Jn 1,14)*

Muy queridos jóvenes:

1. Hace quince años, al terminar el Año Santo de la Redención, os entregué una gran Cruz de madera invitándoos a llevarla por el mundo, como signo del amor del Señor Jesús por la humanidad y como anuncio que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención. Desde entonces, sostenida por brazos y corazones generosos, está haciendo una larga e ininterrumpida peregrinación a través de los continentes, mostrando que la Cruz camina con los jóvenes y que los jóvenes caminan con la Cruz.

Alrededor de la «Cruz del Año Santo» han nacido y han crecido las Jornadas Mundiales de la Juventud, significativos «altos en el camino» en vuestro itinerario de jóvenes cristianos, invitación continua y urgente a fundar la vida sobre la roca que es Cristo. ¿Cómo no bendecir al Señor por los numerosos frutos suscitados en las personas y en toda la Iglesia a partir de las Jornadas Mundiales de la Juventud, que en esta última parte del siglo han marcado el recorrido de los jóvenes creyentes hacia el nuevo milenio?

Después de haber atravesado los continentes, esta Cruz ahora vuelve a Roma trayendo consigo la oración y el compromiso de millones de jóvenes que en ella han reconocido el signo simple y sagrado del amor de Dios a la humanidad. Como sabéis, precisamente Roma acogerá la Jornada Mundial de la Juventud del año 2000, en el corazón del Gran Jubileo.

Queridos jóvenes, os invito a emprender con alegría la peregrinación hacia esta gran cita eclesial, que será, justamente, el «*Jubileo de los Jóvenes*». Preparaos a cruzar la Puerta Santa, sabiendo que pasar por ella significa fortalecer la propia fe en Cristo para vivir la vida nueva que Él nos ha dado (cf. *Incarnationis mysterium*, 8).

2. Como tema para vuestra XV Jornada Mundial he elegido la frase lapidaria con la que el apóstol Juan expresa el profundo misterio del Dios hecho hombre: «la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (*Jn* 1, 14). Lo que caracteriza la fe cristiana, a diferencia de todas las otras religiones, es la certeza de que el hombre Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne, la segunda persona de la Trinidad que ha venido al mundo. Ésta «es la alegre convicción de la Iglesia desde sus comienzos cuando canta “el gran misterio de la piedad”: Él ha sido manifestado en la carne» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 463). Dios, el invisible, está vivo y presente en Jesús, el hijo de María, la *Theotokos*, la Madre de Dios. Jesús de Nazaret es Dios-con-nosotros, el Emmanuel: quien le conoce, conoce a Dios; quien le ve, ve a Dios; quien le sigue, sigue a Dios; quien se une a él está unido a Dios (cf. *Jn* 12, 44-50). En Jesús, nacido en Belén, Dios se apropia la condición humana y se hace accesible, estableciendo una alianza con el hombre.

En la vigilia del nuevo milenio, renuevo de corazón la invitación urgente a abrir de par en par las puertas a Cristo, el cual «a todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (*Jn* 1, 12). Acoger a Cristo significa recibir del Padre el mandato de vivir en el amor a él y a los hermanos, sintiéndose solidarios con todos, sin ninguna discriminación; significa creer que en la historia humana, a pesar de estar marcada por el mal y por el sufrimiento, la última palabra pertenece a la vida y al amor, porque Dios vino a habitar entre nosotros para que nosotros pudiésemos vivir en Él.

En la encarnación Cristo se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, y nos dio la redención, que es fruto sobre todo de su sangre

derramada sobre la cruz (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 517). En el Calvario «Él soportaba nuestros dolores... ha sido herido por nuestras rebeldías...» (Is 53, 4-5). El sacrificio supremo de su vida, libremente consumado por nuestra salvación, nos habla del amor infinito que Dios nos tiene. A este propósito escribe el apóstol Juan: «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). Lo envió a compartir en todo, menos en el pecado, nuestra condición humana; lo «entregó» totalmente a los hombres a pesar de su rechazo obstinado y homicida (cf. Mt 21, 33-39), para obtener para ellos, con su muerte, la reconciliación. «El Dios de la creación se revela como Dios de la redención, como Dios que es fiel a sí mismo, fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación... ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tener tan grande Redentor!» (*Redemptor hominis*, 9.10).

Jesús salió al encuentro de la muerte, no se retiró ante ninguna de las consecuencias de su «ser con nosotros» como Emmanuel. Se puso en nuestro lugar, rescatándonos sobre la cruz del mal y del pecado (cf. *Evangelium vitæ*, 50). Del mismo modo que el centurión romano viendo como Jesús moría comprendió que era el Hijo de Dios (cf. Mc 15, 39), también nosotros, viendo y contemplando el Crucifijo, podemos comprender quién es realmente Dios, que revela en Él la medida de su amor hacia el hombre (cf. *Redemptor hominis*, 9). «Pasión» quiere decir amor apasionado, que en el darse no hace cálculos: la pasión de Cristo es el culmen de toda su existencia «dada» a los hermanos para revelar el corazón del Padre. La Cruz, que parece alzarse desde la tierra, en realidad cuelga del cielo, como abrazo divino que estrecha al universo. La Cruz «se manifiesta como centro, sentido y fin de toda la historia y de cada vida humana» (*Evangelium vitæ*, 50).

«Uno murió por todos» (2 Cor 5, 14); Cristo «se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma» (Ef 5, 2). Detrás de la muerte de Jesús hay un designio de amor, que la fe de la Iglesia llama «misterio de la redención»: toda la humanidad está redimida, es decir

liberada de la esclavitud del pecado e introducida en el reino de Dios. Cristo es Señor del cielo y de la tierra. Quien escucha su palabra y cree en el Padre, que lo envió al mundo, tiene la vida eterna (cf. *Jn* 5, 24). Él es «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (*Jn* 1, 29.36), el sumo Sacerdote que, probado en todo como nosotros, puede compadecer nuestras debilidades (cf. *Heb* 4, 14ss) y, «hecho perfecto» a través de la experiencia dolorosa de la cruz, es «causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (*Heb* 5, 9).

3. Queridos jóvenes, frente a estos grandes misterios aprended a tener una actitud contemplativa. Permaneced admirando extasiados al recién nacido que María ha dado a luz, envuelto en pañales y acostado en un pesebre: es Dios mismo entre nosotros. Mirad a Jesús de Nazaret, por algunos acogido y por otros vilipendiado, despreciado y rechazado: es el Salvador de todos. Adorad a Cristo, nuestro Redentor, que nos rescata y libera del pecado y de la muerte: es el Dios vivo, fuente de la Vida.

¡Contemplad y reflexionad! Dios nos ha creado para compartir su misma vida; nos llama a ser sus hijos, miembros vivos del Cuerpo místico de Cristo, templos luminosos del Espíritu del Amor. Nos llama a ser «suyos»: quiere que todos seamos santos. Queridos jóvenes, ¡tened la santa ambición de ser santos, como Él es santo!

Me preguntaréis: ¿pero hoy es posible ser santos? Si sólo se contase con las fuerzas humanas, tal empresa sería sin duda imposible. De hecho conocéis bien vuestros éxitos y vuestros fracasos; sabéis qué cargas pesan sobre el hombre, cuántos peligros lo amenazan y qué consecuencias tienen sus pecados. Tal vez se puede tener la tentación del abandono y llegar a pensar que no es posible cambiar nada ni en el mundo ni en uno mismo.

Aunque el camino es duro, todo lo podemos en Aquel que es nuestro Redentor. No os dirijáis a otro si no a Jesús. No busquéis en otro sitio lo que sólo Él puede daros, porque «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos»

(Hc 4, 12). Con Cristo la santidad – proyecto divino para cada bautizado – es posible. Contad con él, creed en la fuerza invencible del Evangelio y poned la fe como fundamento de vuestra esperanza. Jesús camina con vosotros, os renueva el corazón y os infunde valor con la fuerza de su Espíritu.

Jóvenes de todos los continentes, ¡no tengáis miedo de ser los santos del nuevo milenio! Sed contemplativos y amantes de la oración, coherentes con vuestra fe y generosos en el servicio a los hermanos, miembros activos de la Iglesia y constructores de paz. Para realizar este comprometido proyecto de vida, permaneced a la escucha de la Palabra, sacad fuerza de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía y de la Penitencia. El Señor os quiere apóstoles intrépidos de su Evangelio y constructores de la nueva humanidad. Pero ¿cómo podréis afirmar que creéis en Dios hecho hombre si no os pronunciáis contra todo lo que degrada la persona humana y la familia? Si creéis que Cristo ha revelado el amor del Padre hacia toda criatura, no podéis eludir el esfuerzo para contribuir a la construcción de un nuevo mundo, fundado sobre la fuerza del amor y del perdón, sobre la lucha contra la injusticia y toda miseria física, moral, espiritual, sobre la orientación de la política, de la economía, de la cultura y de la tecnología al servicio del hombre y de su desarrollo integral.

4. Deseo de corazón que el Jubileo, ya a las puertas, sea una ocasión propicia para una gran renovación espiritual y para una celebración extraordinaria del amor de Dios por la humanidad. Desde toda la Iglesia se eleve «un himno de alabanza y agradecimiento al Padre, que en su incomparable amor nos ha concedido en Cristo ser «conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2, 19) (*Incarnationis mysterium*, 6). Nos conforta la certeza manifestada por el apóstol Pablo: Si Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? En todos los acontecimientos de la vida, incluso la muerte, salimos vencedores, gracias a aquel que nos amó hasta la Cruz (cf. *Rm* 8, 31-37).

El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y el de la Redención por él llevada a cabo para todas las criaturas constituyen el mensaje central de nuestra fe. La Iglesia lo proclama ininterrumpidamente durante los siglos, caminando «entre las incomprendiones y las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios» (S. Agustín, *De Civ. Dei* 18, 51, 2; *PL* 41, 614) y lo confía a todos sus hijos como tesoro precioso que cuidar y difundir.

También vosotros, queridos jóvenes, sois destinatarios y depositarios de este patrimonio: «Ésta es nuestra fe. Ésta es la fe de la Iglesia. Y nosotros nos gloriamos de profesarla, en Jesucristo nuestro Señor» (Pontifical Romano, *Rito de la Confirmación*). Lo proclamaremos juntos con ocasión de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en la que espero que participéis en gran número. Roma es «ciudad santuario», donde la memoria de los Apóstoles Pedro y Pablo y de los mártires recuerdan a los peregrinos la vocación de todo bautizado. Ante el mundo, el mes de agosto del próximo año, repetiremos la profesión de fe del apóstol Pedro: «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68) porque «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (*Mt* 16, 16).

También a vosotros, muchachos y muchachas, que seréis los adultos del próximo siglo, se os ha confiado el «Libro de la Vida», que en la noche de Navidad de este año el Papa, siendo el primero que cruzará la Puerta Santa, mostrará a la Iglesia y al mundo como fuente de vida y esperanza para el tercer milenio (cf. *Incarnationis mysterium*, 8). Que el Evangelio se convierta en vuestro tesoro más apreciado: en el estudio atento y en la acogida generosa de la Palabra del Señor encontraréis alimento y fuerza para la vida de cada día, encontraréis las razones de un compromiso sin límites en la construcción de la *civilización del amor*.

5. Dirijamos ahora la mirada a la Virgen Madre de Dios, a quien la devoción del pueblo cristiano le ha dedicado uno de los monumentos más antiguos y significativos que se conservan en la ciudad de Roma: la basílica de Santa María Mayor.

La Encarnación del Verbo y la redención del hombre están estrechamente relacionadas con la Anunciación, cuando Dios le reveló a María su proyecto y encontró en ella, joven como vosotros, un corazón totalmente disponible a la acción de su amor. Desde hace siglos la piedad cristiana recuerda todos los días, recitando el *Angelus Domini*, la entrada de Dios en la historia del hombre. Que esta oración se convierta en vuestra oración, meditada cotidianamente.

María es la aurora que precede el nacimiento del Sol de Justicia, Cristo nuestro Redentor. Con el «sí» de la Anunciación, abriéndose totalmente al proyecto del Padre, Ella acogió e hizo posible la encarnación del Hijo. Primera entre los discípulos, con su presencia discreta acompañó a Jesús hasta el Calvario y sostuvo la esperanza de los Apóstoles en espera de la Resurrección y de Pentecostés. En la vida de la Iglesia sigue siendo místicamente Aquella que precede la venida del Señor. A Ella, que cumple sin interrupción el ministerio de Madre de la Iglesia y de cada cristiano, le encomiendo con confianza la preparación de la XV Jornada Mundial de la Juventud. Que María Santísima os enseñe, queridos jóvenes, a discernir la voluntad del Padre del cielo sobre vuestra existencia. Que os obtenga la fuerza y la sabiduría para poder hablar a Dios y hablar de Dios. Con su ejemplo os impulse para ser en el nuevo milenio anunciadores de esperanza, de amor y de paz.

En espera de encontraros en gran número en Roma el próximo año, «os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados» (Hc 20, 32) y de corazón, con gran cariño, os bendigo a todos, junto a vuestras familias y las personas queridas.

The image shows the handwritten signature of Pope John Paul II in black ink. The signature is written in a cursive, flowing style and reads "Joannes Paulus II".

Desde el Vaticano, 29 de junio de 1999, Solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo.





# I

## **XV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD JUBILEO DE LOS JÓVENES**

*«La Palabra se hizo carne,  
y puso su Morada entre nosotros (Jn 1,14)*

Roma, 12-15 de agosto de 2000



# 1. CEREMONIA DE APERTURA CON LOS JÓVENES ITALIANOS

Plaza de S. Juan de Letrán, 15 de agosto de 2000

*Dos jóvenes romanos, Luca Ansini y Simona Montanini, saludan al Santo Padre en nombre de todos los presentes*

## **Acogemos del Sucesor de Pedro la Palabra de vida, lámpara para nuestros pasos**

Padre santo: en nombre de todos los jóvenes romanos e italianos aquí presentes, le damos la más calurosa bienvenida entre nosotros, delante de su catedral.

En su persona acogemos al sucesor del apóstol Pedro, el Obispo de esta ciudad de Roma.

Con alegría y emoción compartimos con usted, Padre santo, este momento importante de nuestra vida, precisamente cuando la historia se asoma al tercer milenio.

Han pasado 15 años desde que, en 1985, aquí mismo, en Roma, convocó a los jóvenes del mundo por primera vez. Desde entonces, el camino recorrido ha dado muchos frutos en todos los que acogieron su invitación a abrir de par en par las puertas a Cristo, sin miedo.

Hace tres años usted invitó a su diócesis a acoger a los jóvenes en el año jubilar de la Encarnación. La Puerta Santa que usted abrió la última noche de Navidad, además de ser signo de la misericordia del Señor, hoy también representa el abrazo de su diócesis que, con gran alegría, junto a otras 12 diócesis limítrofes, ha abierto sus puertas, las de sus casas y las de sus iglesias, de tantos ambientes de estudio y de trabajo, para acoger a los hermanos que desde todos los rincones del

## *1. Ceremonia de Apertura con los jóvenes italianos*

mundo han venido a Roma. Muchos de ellos llegan después de haber transcurrido algunos días en las diócesis de Italia, donde han recibido de los jóvenes italianos un testimonio de fe viva y de la generosa hospitalidad de nuestro país.

La fecha fijada hace tres años se convirtió en una meta esperada que había que preparar contando hacia atrás años, meses y días. Se ha trabajado mucho y la preparación espiritual constantemente nos ha dado fuerza para llevar adelante la organización práctica. La peregrinación de la cruz en todas las diócesis y en las parroquias de Roma nos ha reunido ante el gran signo del amor que se da sin reservas. Preparando juntos este acontecimiento, se han estrechado lazos de amistad entre personas que no se conocían y que procedían de experiencias de vida distintas. Hoy podemos decir que los jóvenes cristianos de Italia y de Roma se conocen más, que han aprendido a encontrarse, a confrontarse, a caminar juntos. Podemos decir que la Jornada Mundial de la Juventud antes de empezar ya nos ha dado un gran don.

Hoy ha llegado el gran momento, y tenemos el honor de celebrar aquí, en Roma, con usted, el Jubileo del milenio.

La historia cristiana de nuestra ciudad, historia construida sobre el testimonio intrépido de tantos santos y mártires, que no han dudado en seguir el ejemplo del Señor hasta el don supremo de la vida, nos impulsa a hacer de la santidad nuestra meta y nuestro compromiso: podemos hacerlo, ¡queremos hacerlo!

Le pedimos que, como nuestro pastor, nos confirme en la fe. Entrando en el tercer milenio acogemos una vez más del Sucesor de Pedro la Palabra de vida, lámpara para nuestro pasos en un futuro que ya se ha hecho realidad.

*El Cardenal Camillo Ruini, Vicario general de su Santidad para la diócesis de Roma, dirige un saludo al Santo Padre*

## **El camino de las Jornadas Mundiales de la Juventud vuelve a Roma**

Padre Santo: la alegría, la emoción y la gratitud de los jóvenes de Roma y de Italia de encontrarle aquí, al empezar la XV Jornada Mundial de la Juventud, también son mi alegría, mi emoción y mi gratitud.

Me viene a la memoria espontáneamente aquella tarde del 30 de marzo de 1985, «Año Internacional de la Juventud», en la que, en esta misma plaza de San Juan de Letrán, su Santidad se encontró por primera vez con los jóvenes procedentes de todo el mundo, empezando así este extraordinario camino de fe, de amistad, de fraternidad, de alegría común y de compromiso que a continuación dio lugar a las Jornadas Mundiales de la Juventud.

Hoy, Padre Santo, aquel camino que empezó en Roma gracias a la inteligencia y al corazón de Su Santidad, vuelve a Roma, en el año del Gran Jubileo. La Iglesia de Roma, y con ella todas las diócesis italianas, con una total participación y solidariamente comprometidas en la empresa común, le dan las gracias por haber elegido Roma como sede de esta Jornada Mundial de la Juventud tan especial.

Aquí en Roma, en continuidad histórica con la Sede de Pedro y con la comunidad de los creyentes, la encarnación del Hijo de Dios ha dado frutos extraordinariamente abundantes de redención y de salvación, beneficiando no sólo a Roma, sino a toda la humanidad. Por lo tanto, en Roma, estrechamente unidos a usted, Padre Santo, y participando en su misión según la forma que les es propia, los jóvenes de Roma, de Italia y del mundo le piden al Señor que esta Jornada Mundial sea para todos ellos un don de gracia, luz y fuerza para ser, en el mundo de hoy y de mañana, testigos sinceros y valientes del Evangelio de Jesucristo.

Gracias una vez más, Padre Santo. Guéenos, bendíganos y acójanos a todos en su gran corazón.

PALABRAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

## ¡Servir a Cristo es libertad!

1. « *O Roma felix!* » – « ¡Oh, Roma feliz! ».

Muy queridos jóvenes que habéis venido para la XV Jornada Mundial de la Juventud, con esta exclamación, a lo largo de los siglos, innumerables multitudes de peregrinos que os han precedido, se encaminaban hacia la ciudad de Roma para arrodillarse ante las tumbas de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

« ¡Oh, Roma feliz! ». Feliz, porque fue consagrada por el testimonio y la sangre de los apóstoles san Pedro y san Pablo, quienes aún hoy, como dos « olivos lozanos » y dos « lámparas encendidas », nos indican, junto con todos los demás santos y mártires, a Cristo, a quien hemos venido aquí a celebrar: el Verbo que « se hizo carne, y habitó entre nosotros » (*Jn* 1, 14), Jesucristo, el Hijo de Dios, testimonio vivo del amor eterno con que el Padre nos ama.

« ¡Oh, Roma feliz! ». Feliz, porque hoy este testimonio, que conserva, sigue vivo y se ofrece al mundo; concretamente se ofrece al mundo de las jóvenes generaciones.

2. Os saludo a todos con afecto, jóvenes pertenecientes a la diócesis de Roma y a las Iglesias que están en Italia. Saludo al cardenal Camillo Ruini, vicario de Roma y presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, y le doy las gracias por las palabras que me ha dirigido. También les doy las gracias a los dos jóvenes romanos que me han saludado en vuestro nombre.

Me alegra ver que habéis acudido tantos, y me alegro con todos aquellos que han colaborado para que en este excepcional encuentro también puedan participar jóvenes de otros países. Sé cuánto se han esmerado los jóvenes de las diversas diócesis italianas para preparar este momento de « intercambio de felicidad ». Ojalá que en esta ciudad, que conserva las

tumbas y la memoria de quienes dieron testimonio del Salvador del mundo, todos los jóvenes se encuentren durante estos días con Jesús, que conoce el secreto de la verdadera felicidad y la prometió a sus amigos con estas palabras: «Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15, 11).

Queridos jóvenes, en este momento tan esperado y significativo, vuelvo espontáneamente con el pensamiento al primer encuentro mundial de la juventud, que tuvo lugar precisamente aquí, delante de la catedral de Roma. De aquí partimos también hoy para vivir una nueva experiencia a nivel mundial: *es el encuentro del comienzo de un nuevo siglo y de un nuevo milenio*. Os deseo que el corazón de cada uno de vosotros se encuentre con Cristo, eternamente vivo.

3. Jóvenes de Roma, hijos de la Iglesia que tiene como obispo al Sucesor de Pedro y que, como escribió san Ignacio de Antioquía, está llamada a «presidir en la caridad» (*Ad Romanos*, Introd.), sentíos comprometidos también durante estos días a acoger a los demás jóvenes que han venido desde todas las regiones del mundo. *Entablad con ellos una amistad cordial*. Haced que su estancia en Roma sea feliz, distinguiéndolos por el espíritu de servicio y por la acogida amistosa, según el estilo de los amigos de Jesús – Lázaro, Marta y María –, que a menudo lo hospedaban en su casa. Abrid las puertas de vuestros hogares a los peregrinos de esta Jornada Mundial de la Juventud, junto con los jóvenes de las doce diócesis limítrofes de Roma, convirtiéndola en ciudad acogedora, casa amiga, para que también aquí, hoy, se realice un encuentro entre amigos: entre todos nosotros y nuestro gran amigo, Jesús.

4. Queridos jóvenes peregrinos del tercer milenio, vivid intensamente esta Jornada mundial. A través del contacto con numerosos coetáneos que, como vosotros, quieren seguir a Cristo, *atesorad las palabras que os dirigirán los obispos*, acogiendo la voz del Señor para fortalecer vuestra fe y testimoniarla sin miedo, conscientes de ser herederos de un gran pasado.

## 1. Ceremonia de Apertura con los jóvenes italianos

Al inaugurar vuestro jubileo, amadísimos jóvenes y muchachas, deseo repetir las palabras con las que comencé mi ministerio de Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal; quisiera que estas palabras guiaran vuestros días romanos: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid de par en par las puertas a Cristo! ». Abrid vuestro corazón, vuestra vida, vuestras dudas, vuestras dificultades, vuestras alegrías y vuestros afectos a su fuerza salvífica y dejad que él entre en vuestro corazón. «¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo él lo sabe! ». Lo dije el 22 de octubre de 1978. Lo repito hoy con la misma convicción, con la misma fuerza, viendo resplandecer en vuestros ojos la esperanza de la Iglesia y del mundo. *Sí, dejad que Cristo reine en vuestras jóvenes existencias; servidle con amor. ¡Servir a Cristo es libertad!*

5. Inauguremos estas jornadas bajo la mirada de María santísima, a quien hoy contemplamos en su Asunción al cielo: que el ejemplo de la joven Virgen de Nazaret os ayude a decir *sí* al Señor que llama a vuestra puerta, y desea entrar y permanecer con vosotros.

*Poco antes de concluir el discurso, probablemente leyendo una pancarta donde se leía «El Papa, un joven como nosotros» y respondiendo a las aclamaciones de los jóvenes dijo:*

El Papa vive desde hace ochenta años y los jóvenes lo quieren siempre joven. ¿Cómo hacerlo? Gracias por esta catequesis vuestra.

Deseo que os sintáis bien aquí en Roma, que os sintáis siempre cerca de la Virgen *Salus populi romani*, que sintáis su cercanía maternal. Éste es mi último deseo, porque debo trasladarme a San Pedro para dar la bienvenida, también en nombre vuestro, a cuantos han venido a Roma de todas las partes del mundo para celebrar y vivir con vosotros el jubileo de los jóvenes.



## **2. CEREMONIA DE ACOGIDA DE LOS JÓVENES DE OTRAS NACIONES**

**Plaza de San Pedro, 15 de agosto de 2000**

*El Cardenal James Francis Stafford, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, dirige un saludo al Santo Padre*

### **Estos jóvenes son la generación del Concilio Vaticano II**

Santo Padre:

Estos jóvenes han venido en peregrinación desde 157 países. En la Plaza de San Pedro el estandarte con la singular imagen de la cúpula ondea junto a sus banderas nacionales. Algunos han viajado 50 horas en autobús para estar aquí. Otros todavía han empleado más tiempo, viniendo en avión, en barco, en tren, en bicicleta y a pie. Todos han venido a la Ciudad eterna respondiendo a su invitación. Desean estar con usted, Santo Padre y sucesor de Pedro, para oírle decir de nuevo: «Queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo! ¡Jesús ha resucitado! ¡Formamos un único cuerpo en Cristo! ».

Hasta hace relativamente poco tiempo, cuando muchos jóvenes atravesaran las fronteras nacionales era una mala señal. La gente temblaba de miedo, atrancaba las puertas y se encerraba en casa. Porque aquellas filas de jóvenes eran ejércitos de guerra, instrumentos de destrucción, de exterminio y de desgracias.

Siguiendo su iniciativa, Santo Padre, estos jóvenes de Europa y del mundo han formado otro tipo de ejército. Las hermosas ciudades italianas los han acogido con cantos de bienvenida. Los habitantes de la ciudad de Roma, Sede apostólica de Pedro, dan gracias a Dios por su presencia y experimentan el valor de los primeros cristianos de Roma cuando vieron a Pablo. Ante el umbral de la Puerta santa, estos miles de jóvenes son peregrinos de luz.

## 2. Ceremonia de acogida de los Jóvenes de otras naciones

Sus armas son distintas de las de los siglos pasados. « [tomadas] las armas de Dios », están firmes ante usted, Santo Padre, « ceñida la cintura con la Verdad y revestidos de la Justicia como coraza, calzados los pies con el Celo por el Evangelio de la paz » (cf. *Ef* 6, 13-16).

Santo Padre, le suplicamos que rece para que la inocencia bautismal de sus queridos jóvenes se renueve en esta peregrinación jubilar. Esta inocencia no es complicada. San Pablo la describe con sencillez: « [los cristianos] llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal » (2 *Cor* 4, 10-11).

Santo Padre, usted ha visto claramente que estos jóvenes son la generación del Concilio Vaticano II. Son « peregrinos en esta tierra lejos del Señor » (cf. *LG* 6). Manifiestan la belleza que usted mismo y los padres conciliares habían imaginado. Esta belleza, todavía incompleta pero siempre orientada hacia la plenitud, se deja ver en el entramado de las paradojas de la libertad y de la obediencia, de la fe y de la cultura, del *eros* – alegría de vivir apasionada – y del ascetismo.

Santo Padre, en los años 60, viniendo a las sesiones del Concilio para expresar de nuevo el misterio de la Iglesia siempre joven, usted más de una vez sintió el abrazo de esta gran columnata. Hoy nosotros pedimos para que su gozo sea pleno. Porque esta multitud de jóvenes, ahora ellos también entre los brazos de san Pedro, son testigos vivos de las esperanzas del Concilio y de las suyas.

*Dos jóvenes saludan al Santo Padre en nombre de todos los presentes*

## **Hemos crecido junto a usted**

Santo Padre:

En nombre de todos los jóvenes aquí presentes, venidos de todos los continentes, quiero darle las gracias por habernos invitado a vivir nuestro jubileo con usted en Roma. En 1985 usted instituyó la Jornada Mundial de la Juventud, que para nosotros es un momento de fraternidad, de oración y de esperanza: gracias por habernos ofrecido este tiempo de gracia y de formación a la vida cristiana.

Todos los jóvenes que hoy estamos aquí hemos crecido junto a usted: de hecho la mayoría de nosotros tiene la edad de su pontificado. Gracias por habernos llevado de la mano hacia este nuevo milenio indicándonos, con amor y paciencia, el camino que conduce a Cristo.

Con usted, querido Papa, queremos manifestar al mundo nuestro deseo de construir la civilización del amor, basada en el respeto, la acogida y la entrega personal, pero sobre todo y principalmente en Cristo, nuestro único Salvador y Maestro. Le damos las gracias por la confianza que nos demuestra llamándonos a transmitir el Evangelio en el nuevo milenio.

Durante esta Jornada Mundial de la Juventud, celebramos juntos el don de la fe en Jesucristo y sabemos que Él nos está esperando, como al joven del evangelio que le preguntó: «qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?» (*Mt 19, 16*). Cada uno de nosotros personalmente, y todos juntos en la Iglesia, queremos seguirle por el camino de la santidad.

Santo Padre, nos encomendamos a su oración. Sabemos que usted nos quiere. También nosotros le queremos.

Gracias por su invitación. Gracias por su presencia. ¡Qué Dios le proteja!

*André Ouendeno, República de Guinea*

## Nuestras diferencias pueden convertirse en tesoros

Santo Padre, ¡nosotros le queremos!

Muy querido Papa Juan Pablo II:

Deseamos expresarle nuestra gratitud por habernos invitado a venir a Roma, la ciudad que lleva la huella de tantos santos y mártires, donde tantas generaciones de cristianos han vivido su fe desde el principio de la Iglesia. Gracias por habernos reunido a su alrededor, en su casa, para confiarnos una vez más la misión de llevar el mensaje de Dios al mundo, sobre todo a nuestros coetáneos. Gracias porque esto significa que usted se fía de nosotros y que nos quiere.

Estando aquí nos damos cuenta que más allá de las barreras de nacionalidad, raza, lengua y expresiones de fe, somos una sola familia, unida en la auténtica y profunda comunión del amor de Dios. Nuestras diferencias pueden convertirse en tesoros, porque tenemos algo en común que es más fuerte que todo lo demás: nuestra fe en Jesucristo, único Hijo de Dios.

Esperamos que la escucha y el compartir las experiencias de otros que, en situaciones muy distintas, tratan de descubrir la presencia del Señor y seguirlo, nos anime y fortalezca nuestra fe. Santo Padre, ayúdenos a entender que no tenemos que tener miedo ni siquiera ante las dificultades y los retos que los jóvenes tienen que afrontar el día de hoy, porque Jesús está con nosotros siempre y nunca nos abandona. Ayúdenos a encontrar en esto el valor de vivir la fe en todas nuestras acciones.

El nuevo milenio está apenas empezando. Estamos agradecidos por tener la oportunidad, en Roma, de dejar nuestra impronta juvenil siguiendo las huellas de Cristo.

Santo Padre, ¡le queremos mucho!

*Eun-Ha Hwang, Corea*

SALUDO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

## **A cada uno de vosotros le digo: ¡la paz esté contigo!**

Queridos jóvenes de la XV Jornada Mundial de la Juventud, queridos hermanos en el sacerdocio, religiosos, religiosas y educadores que los acompañáis: ¡Bienvenidos a Roma! Le doy las gracias al Cardenal James Francis Stafford por las amables palabras que me ha dirigido. Con él saludo al Cardenal Camillo Ruini, a los demás Cardenales, Arzobispos y Obispos aquí presentes. Así mismo, doy las gracias a los dos jóvenes que han expresado elocuentemente vuestros sentimientos, queridos amigos que habéis venido hasta aquí desde tantas partes del mundo.

Os acojo con gozo, después de haber estado delante de la Basílica de San Juan de Letrán, la Catedral de Roma, para saludar a los jóvenes romanos e italianos. Ellos se unen a mí para daros su más fraterna y cordial bienvenida.

Vuestros rostros me recuerdan, y en cierto modo me hacen presente, a las jóvenes generaciones con las que he tenido la gracia de encontrarme en estos años del final de milenio a lo largo de mis viajes apostólicos por el mundo. A cada uno le digo: ¡La paz esté contigo!

La paz esté contigo, joven que vienes de África [...]. La paz esté contigo, joven que vienes de América [...]. La paz esté contigo, joven que vienes de Asia [...]. La paz esté contigo, joven que vienes de Europa [...]. La paz esté contigo, joven que vienes de Oceanía [...].

*(El Papa nombra unos 160 países representados en la Plaza de San Pedro)*

Saludo con particular cariño al grupo de jóvenes provenientes de los Países donde el odio, la violencia o la guerra todavía siguen marcando con el sufrimiento la vida de poblaciones enteras: gracias a la solidaridad de todos vosotros ha sido posible que ellos estén aquí esta tarde. A ellos les manifiesto, también en vuestro nombre, la cercanía fraterna de nues-

## 2. Ceremonia de acogida de los Jóvenes de otras naciones

tra asamblea. Con vosotros, pido para ellos y para sus pueblos días de paz en la justicia y la libertad.

Mi pensamiento se dirige también a los jóvenes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales que están aquí esta tarde junto con algunos de sus Pastores: ¡Que esta Jornada Mundial sea una nueva ocasión de conocimiento recíproco y de súplica común al Espíritu Santo para implorar el don de la plena unidad de todos los cristianos!

Queridos amigos de los cinco Continentes, me alegra iniciar solemnemente con vosotros esta tarde el *Jubileo de los Jóvenes*. Peregrinos tras las huellas de los Apóstoles, imitadlos en la fe.

¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre!

PALABRAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

## **Dios actúa en las circunstancias concretas y personales de cada uno de nosotros**

1. Queridos amigos que habéis recorrido con toda clase de medios tantos y tantos kilómetros para venir aquí, a Roma, a las tumbas de los Apóstoles, dejad que empiece mi encuentro con vosotros haciéndoos una pregunta: ¿Qué habéis venido a buscar? Estáis aquí para celebrar vuestro Jubileo, el Jubileo de la Iglesia joven. El vuestro no es un viaje cualquiera: si os habéis puesto en camino no ha sido sólo por razones de diversión o de cultura. Dejad que os repita la pregunta: ¿Qué habéis venido a buscar?, o mejor, ¿a quién habéis venido a buscar?

La respuesta no puede ser más que una: ¡habéis venido a buscar a Jesucristo! A Jesucristo que, sin embargo, es él el primero en buscaros. En efecto, celebrar el Jubileo no tiene otro significado que el de celebrar y encontrar a Jesús, la Palabra que se hizo carne y vino a habitar entre nosotros.

Las palabras del Prólogo de San Juan, que acaban de ser proclamadas, son en cierto modo su « tarjeta de presentación ». Nos invitan a fijar la mirada en su misterio. Estas palabras son un mensaje especial dirigido a vosotros, queridos jóvenes: « En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios » (*Jn* 1, 1-2).

Al hablar de la Palabra consustancial con el Padre, de la Palabra eterna engendrada como Dios de Dios y Luz de Luz, el evangelista nos lleva al corazón de la vida divina, pero también al origen del mundo. En efecto, la Palabra está en el comienzo de toda la creación: « Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe » (*Jn* 1, 3). Todo el mundo creado, antes de ser realidad, fue pensado y querido por Dios con un eterno designio de amor. Por tanto, si observamos el mundo en profundidad, dejándonos sorprender por la sabiduría y la belleza que Dios le ha

infundido, podemos ver en él un reflejo de la Palabra que la revelación bíblica nos desvela en plenitud en el rostro de Jesús de Nazaret. En cierto modo, la creación es una primera «revelación» de Él.

2. El anuncio del Prólogo continúa así: «En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron» (*Jn* 1, 4-5). Para el evangelista la vida es la luz, y la muerte – lo opuesto a la vida – son las tinieblas. Por medio de la Palabra surgió toda vida en la tierra y en la Palabra encuentra su cumplimiento definitivo.

Identificando la vida con la luz, Juan también tiene en cuenta esa vida particular que no consiste simplemente en las funciones biológicas del organismo humano, sino que brota de la participación en la vida misma de Cristo. El evangelista dice: «La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (*Jn* 1, 9). Esa iluminación le fue concedida a la humanidad en la noche de Belén, cuando la Palabra eterna del Padre asumió un cuerpo de María Virgen, se hizo hombre y nació en este mundo. Desde entonces todos aquellos que mediante la fe participan en el misterio de ese acontecimiento experimentan de algún modo esa iluminación.

Cristo mismo, presentándose como luz del mundo, dirá un día: «Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz» (*Jn* 12, 36). Es una exhortación que los discípulos de Cristo se transmiten de generación en generación, tratando de aplicarla en la vida cotidiana. Refiriéndose a esta exhortación San Pablo escribirá: «Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad» (*Ef* 5, 8-9).

3. El centro del Prólogo de Juan es el anuncio de que «la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros» (*Jn* 1, 14). Poco antes el evangelista había dicho: «Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios» (*Jn* 1, 11- 12).



Queridos jóvenes, ¿estáis vosotros entre los que han recibido a Cristo? Vuestra presencia aquí ya es una respuesta. Habéis venido a Roma, en este Jubileo de los dos mil años del nacimiento de Cristo, para acoger dentro de vosotros su fuerza de vida. Habéis venido para volver a descubrir la verdad sobre la creación y para asombraros nuevamente por la belleza y la riqueza del mundo creado. Habéis venido para renovar en vosotros la conciencia de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

«Y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (*Jn 1, 14*). Un filósofo contemporáneo ha subrayado la importancia de la muerte en la vida humana, llegando a calificar al hombre como «un ser-para-la-muerte». El Evangelio, por el contrario, pone de relieve que el hombre es un ser para la vida. El hombre es llamado por Dios a participar de la vida divina. El hombre es un ser llamado a la gloria.

Estos días, que pasaréis juntos en Roma celebrando la Jornada Mundial de la Juventud, os tienen que ayudar, a cada uno de vosotros, a ver más claramente la gloria que es propia del Hijo de Dios y a la cual el Padre nos llama por medio del Hijo. Por eso es necesario que crezca y se consolide vuestra fe en Cristo.

4. Jóvenes amigos, esta fe es la que deseo profesar ante vosotros, ante la tumba del Apóstol Pedro, al cual el Señor ha querido que sucediera como Obispo de Roma. Hoy siento el deseo de ser el primero en deciros que creo firmemente en Jesucristo nuestro Señor. Sí, yo creo y hago más las palabras del Apóstol Pablo: «La vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gal 2, 20*).

Recuerdo cómo desde niño, en mi familia, aprendí a rezar y a fiarme de Dios. Recuerdo el ambiente de la parroquia, San Estanislao de Kostka, que yo frecuentaba en Debniki, Cracovia, dirigida por los padres Salesianos, de los cuales recibí la formación fundamental para la vida cristiana. Tampoco puedo olvidar la experiencia de la guerra y los años

de trabajo en una fábrica. La maduración definitiva de mi vocación sacerdotal surgió en el período de la segunda guerra mundial, durante la ocupación de Polonia. La tragedia de la guerra dio al proceso de maduración de mi opción de vida un matiz particular. En ese contexto se me manifestaba una luz cada vez más clara: el Señor quiere que yo sea sacerdote. Recuerdo conmovido ese momento de mi vida cuando, en la mañana del uno de noviembre de 1946, recibí la ordenación sacerdotal.

Mi *Credo* continúa con mi actual servicio a la Iglesia. Cuando, el 16 de octubre de 1978, después de ser elegido para la Sede de Pedro, se me preguntó: «¿Aceptas?», respondí: «Obedeciendo en la fe a Cristo, mi Señor, confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, a pesar de las grandes dificultades, acepto» (*Redemptor hominis*, 2). Desde entonces trato de desempeñar mi misión encontrando cada día la luz y fuerza en la fe que me une a Cristo.

Pero mi fe, como la de Pedro y como la de cada uno de vosotros, no es sólo obra mía, adhesión mía a la verdad de Cristo y de la Iglesia. La fe es esencialmente y ante todo obra del Espíritu Santo, don de su gracia. El Señor me concede, como también hace con vosotros, su Espíritu que nos hace decir «Creo», sirviéndose también de nosotros para dar testimonio de Él en todos los lugares de la tierra.

5. Queridos amigos, ¿por qué al comenzar vuestro Jubileo he querido ofreceros este testimonio personal? Lo he hecho para aclarar que el camino de la fe pasa a través de todo lo que vivimos. Dios actúa en las circunstancias concretas y personales de cada uno de nosotros: a través de ellas, a veces de manera verdaderamente misteriosa, se presenta a nosotros la Palabra «hecha carne», que vino a habitar entre nosotros.

Queridos jóvenes, no permitáis que el tiempo que el Señor os concede transcurra como si todo fuese casualidad. San Juan nos ha dicho que todo ha sido hecho en Cristo. Por tanto, creed intensamente en Él. Él guía la historia de cada persona y la de la humanidad. Ciertamente Cristo respeta nuestra libertad, pero en todas las circunstancias gozosas o amar-

gas de la vida, no cesa de pedirnos que creamos en Él, en su Palabra, en la realidad de la Iglesia, en la vida eterna.

Así pues, no penséis nunca que sois desconocidos a sus ojos, como simples números de una masa anónima. Cada uno de vosotros es precioso para Cristo, Él os conoce personalmente y os ama tiernamente, incluso cuando uno no se da cuenta de ello.

6. Queridos amigos, proyectados con todo el ardor de vuestra juventud hacia el tercer milenio, vivid intensamente la oportunidad que os ofrece la Jornada Mundial de la Juventud en esta Iglesia de Roma, que hoy más que nunca es vuestra Iglesia. Dejaos modelar por el Espíritu Santo. Haced la experiencia de la oración, dejando que el Espíritu hable a vuestro corazón. Orar significa dedicar un poco del propio tiempo a Cristo, confiarse a Él, permanecer en silenciosa escucha de su Palabra y hacerla resonar en el corazón.

En estos días, como si fuera una gran semana de Ejercicios Espirituales, buscad momentos de silencio, de oración, de recogimiento. Pedid al Espíritu Santo que ilumine vuestra mente, suplicadle el don de una fe viva que dé para siempre un sentido a vuestra vida, centrándola en Jesús, la Palabra hecha carne.

Que María Santísima, que engendró a Cristo por obra del Espíritu Santo, María Salus Populi Romani y Madre de todos los pueblos; que los santos Pedro y Pablo y todos los demás Santos y Mártires de esta Iglesia y de vuestras Iglesias os acompañen en vuestro camino.

### **3. MISA PARA LOS JÓVENES DEL VII FORUM INTERNACIONAL**

**Castelgandolfo, 17 de agosto de 2000**

*Un joven italiano, Pierluigi Vito, saluda al Papa en nombre de todos los delegados del VII Forum Internacional de Jóvenes*

#### **Su testimonio nos indica el camino para seguir las huellas de Cristo**

Santo Padre:

La primera palabra, la que cada uno de nosotros siente más profundamente, la que todos quisiéramos decirle es: ¡muchas gracias!, Grazie!, Thank you!, merci!

Podría escucharla en tantas otras lenguas porque nosotros venimos de todas las partes del mundo.

Gracias por habernos dado la posibilidad de estar junto a usted en los momentos más significativos de esta MJM.

Gracias por habernos recibido hoy aquí: la intensidad de la Eucaristía que estamos a punto de compartir sin duda será una fuente de la Gracia más profunda que cada uno de nosotros pueda recibir jamás.

Gracias por su testimonio que día tra día nos indica el camino para seguir las huellas de Cristo, también en el nuevo milenio.

Gracias, finalmente, por el amor que usted, digno heredero de Pedro, ha manifestado a los jóvenes en más de una ocasión a través de estos años.

Pida por nosotros, Santidad. Hoy y siempre.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

**¡Amad a Cristo como él os ama.  
Amad a la Iglesia como Cristo la ama!**

1. «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de las naciones te constituí» (*Jr 1, 5*). Las palabras que Dios dirigió al profeta Jeremías nos afectan personalmente. Evocan el designio que Dios tiene para cada uno de nosotros. Él nos conoce individualmente, porque desde la eternidad nos ha elegido y amado, confiando a cada uno una vocación específica dentro del plan general de la salvación.

Queridos jóvenes del Foro internacional, me alegra acogeros junto con el cardenal James Francis Stafford, presidente del Consejo pontificio para los laicos, y sus colaboradores. Os saludo con cariño.

Con razón os sentís interpelados personalmente por las palabras del profeta. En efecto, muchos de vosotros ya tienen una responsabilidad en su Iglesia particular, y a otros muchos se les pedirá alguna. Por tanto, es importante que llevéis con vosotros la riqueza de la experiencia humana, espiritual y eclesial de este foro. Sois enviados a anunciar a otros las palabras de vida que habéis recibido: obrarán y arraigarán en vosotros en la medida en que más las compartáis con los demás.

Queridos jóvenes, no dudéis del amor que Dios os tiene. Él os reserva un lugar en su corazón y una misión en el mundo. La primera reacción puede ser el miedo, la duda. Son sentimientos que experimentó antes que vosotros el mismo Jeremías: « ¡Ah, Señor mío! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho » (*Jr 1, 6*). La tarea parece inmensa, porque cobra las dimensiones de la sociedad y del mundo. Pero no olvidéis que, cuando el Señor llama, da también la fuerza y la gracia necesarias para responder a la llamada.

No tengáis miedo de asumir vuestras responsabilidades: la Iglesia os necesita; necesita vuestro compromiso y vuestra generosidad; el Papa os necesita y, al comienzo de este nuevo milenio, os pide que llevéis el Evangelio por los caminos del mundo.

2. En el Salmo responsorial hemos escuchado una pregunta que en el mundo contaminado de hoy resuena con particular actualidad: «¿Cómo podrá un joven andar honestamente?» (*Sal* 118, 9). También hemos escuchado la respuesta, sencilla e incisiva: «Cumpliendo tus palabras» (*Sal* 118, 9). Así pues, es preciso pedir el gusto por la palabra de Dios y la alegría de poder testimoniar algo que es más grande que nosotros: «Mi alegría es el camino de tus preceptos...» (*Sal* 118, 14).

La alegría nace también de la certeza de que muchas otras personas en el mundo acogen como nosotros los «preceptos del Señor» y hacen de ellos la razón de su vida. ¡Cuánta riqueza en la universalidad de la Iglesia, en su «catolicidad»! ¡Cuánta diversidad según los países, los ritos, las espiritualidades, las asociaciones, los movimientos y las comunidades! ¡Cuánta belleza y, al mismo tiempo, qué comunión tan profunda en los valores comunes y en la adhesión común a la persona de Jesús, el Señor!

Viviendo y rezando juntos, habéis comprobado que la diversidad de vuestros modos de acoger y expresar la fe no os separa ni os enfrenta los unos a los otros. Es sólo una manifestación de la riqueza de la Revelación, don único y extraordinario, que el mundo tanto necesita.

3. En el pasaje del evangelio que acabamos de escuchar, el Resucitado le dirige a Pedro la pregunta que determinará toda su existencia: «Simón de Juan, ¿me amas?» (*Jn* 21, 16). Jesús no le pregunta cuáles son sus talentos, sus dones, sus capacidades. Ni siquiera pregunta al que poco antes lo había negado si en adelante le será fiel, si ya no caerá. Le pregunta lo único que cuenta, lo único que puede sostener una llamada: ¿me amas?

Cristo os dirige hoy esa misma pregunta a cada uno de vosotros: ¿me amas? No os pide que sepáis hablar a las multitudes, dirigir una organización o administrar un patrimonio. Os pide que lo améis. Todo lo demás vendrá como consecuencia. En efecto, seguir las huellas de Jesús no se traduce inmediatamente en hacer o decir algo, sino ante todo en amarlo, en permanecer con él y en acogerlo completamente en la propia vida.

Responded hoy con sinceridad a la pregunta de Jesús. Algunos, como Pedro, podrán decir: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero» (Jn 21, 16). Otros dirán: «Señor, tú sabes cuánto quisiera amarte; enséñame a amarte para seguirte». Lo importante es estar en camino, avanzar sin perder de vista la meta, hasta el día en que podáis decir con todo el corazón: «Tú sabes que te amo».

4. Queridos jóvenes, amad a Cristo y amad a la Iglesia. Amad a Cristo como él os ama. Amad a la Iglesia como Cristo la ama.

No olvidéis que el amor verdadero no pone condiciones, ni hace cálculos, ni recrimina; sencillamente, ama. En efecto, ¿cómo podríais ser responsables de una herencia que sólo aceptáis parcialmente? ¿Cómo se puede participar en la construcción de algo que no se ama con todo el corazón?

Que la comunión en el cuerpo y la sangre del Señor os ayude a cada uno a crecer en el amor a Jesús y a su cuerpo, que es la Iglesia.

## 4. ENCUENTRO DE UNA DELEGACIÓN DE JÓVENES CON EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ITALIANA

Palacio del Quirinale, 19 de agosto de 2000

*Una joven italiana, Oronza Renna, lee un mensaje al Presidente de la República italiana en nombre de los 200 jóvenes presentes*

**Queremos la paz, no como un slogan que hay que gritar,  
sino como algo que tenemos que lograr**

Señor Presidente:

Queremos darle las gracias por habernos dado la posibilidad de este encuentro, al que venimos representando a tantos jóvenes que, procedentes de todos los continentes, se han reunido estos días en Roma para participar en la XV Jornada Mundial de la Juventud.

Miles y miles de jóvenes – esta tarde seremos más de un millón –, de más de 160 países, han acogido la invitación de Juan Pablo II, de tal forma que Roma, sede de Pedro y capital de Italia, en estos días, tal y como ha dicho el Cardenal Camillo Ruini, puede definirse «capital mundial de los jóvenes». Sentimos el deber de darle las gracias, a través de usted, a las autoridades nacionales y locales que no sólo nos han acogido, sino que han actuado con competencia y comprensión para que nuestra estancia pueda realizar el antiguo dicho de que nadie es extranjero en Roma y que Roma no es extranjera para nadie.

La Jornada Mundial de la Juventud es un encuentro religioso, que este año mira al recuerdo de los veinte siglos de la Encarnación de Jesucristo: «La Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros» (Jn 1,14). Guiados por el Santo Padre, con nuestros obispos y sacerdotes hemos meditado en este acontecimiento que tiene un significado decisivo para la historia de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos,



sean o no cristianos. Lo hemos hecho en las catequesis, en una ininterrumpida peregrinación a San Pedro, en el *Via Crucis*. Hoy y mañana, en el área de Tor Vergata, en presencia del Santo Padre, renovaremos nuestra opción de fe en Cristo Salvador comprometiéndonos a ser sus testigos en el tercer milenio, en todos nuestros países de origen. Nos honra saber que también usted con su esposa participarán en la Santa Misa de mañana por la mañana, en Tor Vergata, presidida por el Santo Padre.

Elegir ser discípulos de Jesús también es optar por un humanismo cristiano que ha plasmado las culturas de tantos pueblos y los valores más altos de la vida civil. Como jóvenes de hoy, somos conscientes de los recursos que el Señor nos ha dado, y el Evangelio es para nosotros conciencia crítica y responsabilidad constructiva hacia las grandes necesidades del mundo actual, donde los primeros que pagan son muchas veces los mismos jóvenes.

Por eso acogemos totalmente la tarea que Juan Pablo II nos ha confiado en su *Mensaje* para la XV Jornada Mundial de la Juventud: porque Cristo ha revelado el amor del Padre a toda criatura queremos esforzarnos «para contribuir a la construcción de un nuevo mundo, fundado sobre la fuerza del amor y del perdón, sobre la lucha contra la injusticia y toda miseria física, moral, espiritual, sobre la orientación de la política, de la economía, de la cultura y de la tecnología al servicio del hombre y de su desarrollo integral» (*Mensaje*, 3). Deseamos compartir este mensaje con todos los jóvenes del mundo y a través de usted queremos hacer-  
selo llegar a todos los jóvenes italianos que no estarán físicamente con nosotros, pero con los que compartimos los mismos deseos y esperanzas.

Nosotros creemos en la paz, queremos la paz, no como un slogan que hay que gritar, sino como algo que tenemos que lograr: en primer lugar respetando la vida de cada persona, sobre todo de los más débiles e indefensos, desde el momento de su concepción hasta el momento de su muerte natural. Después reconociendo los derechos de cada persona y de los pueblos, empezando por el acceso a la educación y a la cultura, el derecho a la libertad religiosa; la atención concreta hacia el inmenso mundo de los pobres y la construcción de una justicia más auténtica entre los

hombres y los pueblos, que en este año jubilar encuentra una expresión especial en la condonación de la deuda externa de los países más pobres; la confianza en la posibilidad de recuperación de cada hombre y mujer y por tanto el rechazo de la pena de muerte; el ofrecimiento de un trabajo digno para todos, contra toda forma de explotación, sobre todo de los niños y adolescentes; la salvaguardia de la creación, bien de Dios para todos y responsabilidad nuestra de cara al futuro; la superación de las tensiones entre los distintos países y etnias, una pacífica concordia de la que es un signo la presencia entre nosotros, en una fraternidad total, de jóvenes que viene de pueblos actualmente en conflicto.

Señor Presidente, conocemos su defensa clara y tenaz de los valores que hemos nombrado y también su predilección por los jóvenes, con los que habla con gusto orientándoles y animándoles. Le damos las gracias por esta particular atención y le aseguramos nuestra amistad y colaboración, en primer lugar la de los jóvenes italianos.

También deseamos expresarle nuestra gratitud por la hospitalidad que hemos recibido y por el esfuerzo que han hecho todas las autoridades para garantizar el éxito de este encuentro mundial en la ciudad y en el país que tienen el privilegio de ser el centro de la catolicidad y el corazón del Gran Jubileo del año 2000.

Como recuerdo de este encuentro le pedimos que acepte, Señor Presidente, dos dones que le hemos traído. Una antigua moneda romana, de la época imperial, procedente de Jerusalén. Nos lleva a los tiempos en los que Jesús vivió en esta tierra y anduvo por nuestros caminos.

Además, como mañana peregrinará con nosotros al lugar donde terminaremos juntos el jubileo de los jóvenes, también queremos entregarle el símbolo de los antiguos peregrinos que venían a Roma: las llaves cruzadas, signo del poder de unir y desatar los pecados que el Señor confió al apóstol Pedro, colocadas sobre el Rostro Santo del único que puede perdonar: nuestro Señor Jesucristo.

Acéptelos junto a nuestra simpatía y a nuestro deseo de hacer el bien. Gracias Señor Presidente.

*El Presidente de la República Italiana, Carlo Azeglio Ciampi, dirige un discurso a la delegación de 200 jóvenes participantes en la XV JMJ*

**No olvidéis el espíritu de amor que os une,  
haced que toda vuestra vida se inspire en él**

Eminencias,  
Monseñores,  
Señoras y señores,  
Queridos jóvenes:

Les doy mi más calurosa bienvenida al Quirinale, a esta casa que es la casa de todos los italianos.

Gracias, señorita Renna, por sus amables palabras, que expresan el sentir de todos los jóvenes que participan en esta XV Jornada Mundial de la Juventud, extraordinaria por el acontecimiento del Jubileo, extraordinaria por su forma de llevarse a cabo.

Gracias por vuestros regalos, tan llenos de significado.

Sois muchos en esta sala, pero sé bien que representáis a una multitud casi infinita que, acogiendo la invitación del Obispo de Roma, el Sumo Pontífice Juan Pablo II, ha venido a nuestra ciudad para celebrar y exaltar los valores de fraternidad entre todos los pueblos.

Con vuestros rostros serenos, abiertos, sois una ventana de esperanza y de confianza en el mañana. El pueblo italiano os acoge con alegría y con espíritu de amistad.

Habéis «conquistado» Roma con vuestro entusiasmo, con vuestro espíritu de fiesta y comportamiento educado, signo de profunda disciplina interior. Roma está contenta de haber sido «conquistada» por vosotros. De este extraordinario y sorprendente acontecimiento, la misma Roma, y toda Italia, encontrará un motivo de confianza, un estímulo para ir adelante en el camino de la paz entre los pueblos.

#### 4. Encuentro de una delegación de Jóvenes con el Presidente de la República Italiana

La joven que ha hablado, en nombre de todos vosotros, ha dicho cosas buenas, palabras que nacen de la fe y de un espíritu de amor que pertenece a la tradición cristiana, de la que vosotros sacáis tanta fuerza espiritual. En ellas se pueden reconocer todos los hombres de buena voluntad, sean laicos o creyentes de distintas tradiciones religiosas, siempre que los reúna un mismo deseo de fraternidad hacia todos los pueblos, cercanos o lejanos; siempre que los reúna un mismo sueño de paz, un mismo espíritu de amor hacia todos nuestros hermanos más débiles y más desafortunados.

Para Italia es un motivo de orgullo el haber sido el primer país que ha propuesto el llevar a cabo la condonación de todas las deudas, económicas y comerciales, de los países desheredados, con la única condición de que respeten los derechos humanos y no favorezcan la guerra con sus vecinos.

En este cambio de milenio os proponéis, con ardor joven, grandes y difíciles tareas. La humanidad deja a sus espaldas un siglo denso de conflictos, de masacres, de catástrofes que tal vez no tiene precedentes en la edad moderna.

En el mismo siglo han caído muchos imperios; han sido vencidas y suprimidas muchas ideologías del mal y del odio. Muchos pueblos han obtenido la independencia, han conocido la libertad. Muchas naciones, durante siglos enemigas entre sí, han hecho la paz y están construyendo juntas instituciones supra-nacionales de gobierno, que podrán, si queremos, asegurar esa « paz-duradera » que profetas y filósofos han anhelado como sueño común para todos los hombres.

No es fácil leer y definir los signos del tiempo que hemos vivido. No hay duda: en el curso de este siglo los hombres han hecho avances extraordinarios en la ciencia y en la técnica.

Pero los mismos progresos del saber que han puesto en nuestras manos la posibilidad de hacer el bien, más que en el pasado, también nos han hecho dueños de medios de destrucción de potencia ilimitada, capaces de terminar con la misma civilización, con la misma vida sobre la tierra.

Si miramos hacia el futuro, vemos que la humanidad tiene en sus manos, como nunca jamás, los destinos alternativos de paz y de guerra, de vida o de muerte. También ha sido así en la historia pasada, pero quizá los hombres nunca habían tenido como ahora la posibilidad de hacerse a sí mismos tanto bien o tanto mal. Nunca habían tenido que proponerse, entre sus objetivos, la «salvaguardia de la creación», como ha dicho, con palabras atentas y terribles, vuestra representante.

Sabemos que en el futuro, como en el pasado, la elección está en nuestras manos. Es más, queridos jóvenes, está sobre todo en vuestras manos, en vuestro corazón y en vuestra conciencia.

Los hombres de mi generación, que han sobrevivido a tantas destrucciones, a tantos peligros, y que a pesar de todo han sido capaces de proyectar y de poner en marcha nuevos sistemas de relaciones entre los pueblos, os transmiten, enriquecido con el fruto de su obra, un patrimonio no pequeño de valores, de conocimientos y de experiencias: a vosotros os toca usarlo bien.

Hemos tenido altas nuestras banderas, hemos combatido por nuestra fe en Dios y en el hombre. No hemos desesperado. Ahora os toca a vosotros dar un impulso fuerte a la construcción de ese mundo de paz del que ha hablado la joven que ha sido vuestra portavoz, afirmando, justamente, que este «no es un slogan que hay que gritar, sino algo que tenemos que lograr». Grabemos en la mente estas palabras («no es un slogan que hay que gritar, sino algo que tenemos que lograr»): que se conviertan en propuesta cotidiana de nuestra vida.

Aquellos de entre vosotros, y por desgracia los hay, que vienen de países en guerra, teatros tal vez de conflictos civiles atroces, motivados por el odio racial o religioso, volverán a sus países, después de este Jubileo –celebrado por jóvenes de todo el mundo con espíritu de fraternidad, rico de compromiso religioso y moral– con la resolución todavía mayor y convencida de actuar la paz, para la comprensión entre los pueblos, las etnias y las distintas religiones.

#### 4. Encuentro de una delegación de Jóvenes con el Presidente de la República Italiana

Las ocasiones como la de estos días son fuente inagotable de inspiración y de aprendizaje. Vosotros, jóvenes que representáis a cientos y cientos de pueblos distintos, os habéis podido mirar a los ojos y os habéis sentido hermanos: hermanos en la fe, en los valores, en los sueños.

Cuando os despedáis para volver a vuestra tierra os sentiréis, gracias a esta experiencia de vida, más fuertes; más ricos de la enseñanza de paz que el Romano Pontífice está predicando en sus incansables peregrinaciones de una punta a la otra de la tierra, y que en estos días intensos de emociones os propone con fuerza.

No olvidéis el espíritu de amor que os une, haced que toda vuestra vida se inspire en él. Confiamos en vosotros.

El haberos encontrado para mí ha sido un motivo de serenidad y de confianza en el futuro. Tenéis ante vosotros muchos problemas que resolver, tantos peligros que superar, pero vuestro ánimo vibra con tantas esperanzas, poseéis muchos valores y mucha fuerza, para avanzar en el camino de la paz y de la fraternidad.

Os acojo con espíritu de fuerte amistad, sabiendo que os hablo en nombre de un pueblo con una antiquísima civilización: un pueblo que, por naturaleza y por tradición, tiene un auténtico y profundo sentimiento de humanidad, de respeto hacia los derechos de los demás, no sólo jurídicos sino fundamentales; uno de los pueblos que ha construido, a través de siglos de pruebas y dificultades, de derrotas y de triunfos, las mismas bases de ese edificio de paz y de fraternidad que a vosotros, y a las generaciones que vendrán, os toca llevar adelante.

Bienvenidos a Roma, a la ciudad que nos gusta llamar la *Ciudad Eterna*.

Bienvenidos a la tierra de Italia, una tierra que ama y quiere la paz. Que vuestros sueños, también nuestros, puedan realizarse. Esto es lo que sinceramente os deseo.

## 5. VIGILIA DE ORACIÓN CON EL PAPA

Tor Vergata, 19 de agosto de 2000

PALABRAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

### **Veo en vosotros a los «centinelas de la mañana» en este amanecer del tercer milenio**

1. «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16, 15).

Queridos jóvenes, con gran alegría me reúno de nuevo con vosotros, con ocasión de esta vigilia de oración, durante la cual queremos ponernos juntos a la escucha de Cristo, que sentimos presente entre nosotros. Es Él quien nos habla.

«Y vosotros ¿quién decís que soy yo?». Jesús les hace esta pregunta a sus discípulos en la región de Cesarea de Filipo. Simón Pedro contesta: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16). A su vez el Maestro les dirige estas sorprendentes palabras: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17).

¿Cuál es el significado de este diálogo? ¿Por qué Jesús quiere escuchar lo que los hombres piensan de Él? ¿Por qué quiere saber lo que piensan sus discípulos de Él?

Jesús quiere que los discípulos *se den cuenta* de lo que está escondido en sus mentes y en sus corazones y que expresen su convicción. Sin embargo también sabe que el juicio que harán *no será sólo el de ellos*, porque en el mismo se revelará lo que Dios ha derramado en sus corazones por la gracia de la fe.

Este acontecimiento en la región de Cesarea de Filipo nos introduce, en cierto modo, en el «laboratorio de la fe». Ahí se desvela el *misterio*

*del inicio y de la maduración de la fe.* En primer lugar está la gracia de la revelación: un íntimo e inexpresable darse de Dios al hombre; después sigue la llamada a dar una respuesta y, finalmente, está la respuesta del hombre, respuesta que a partir de ese momento tendrá que dar sentido y forma a toda su vida.

Aquí tenemos lo que es la fe. Es la respuesta por parte del hombre racional y libre a la palabra del Dios vivo. Las cuestiones que Cristo plantea, las respuestas de los Apóstoles y la de Simón Pedro, son como una prueba de la madurez de la fe de los que están más cerca de Cristo.

2. El diálogo en Cesarea de Filipo tuvo lugar en el tiempo prepascual, es decir, antes de la pasión y resurrección de Cristo. Convendría recordar también otro acontecimiento durante el cual Cristo, ya resucitado, probó la madurez de la fe de sus Apóstoles. Se trata del *encuentro con el apóstol Tomás*. Era el único ausente cuando, después de la resurrección, Cristo se apareció por primera vez en el Cenáculo. Cuando los otros discípulos le dijeron que habían visto al Señor Tomás no se lo creyó. Decía: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20, 25). Ocho días después, estaban otra vez reunidos los discípulos y Tomás estaba con ellos. Entró Jesús estando la puerta cerrada, saludó a los Apóstoles con estas palabras: «La paz con vosotros» (Jn 20, 26) y acto seguido se dirigió a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y nos seas incrédulo sino creyente» (Jn 20, 27). Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20, 28).

*También el Cenáculo de Jerusalén fue para los Apóstoles una especie de «laboratorio de la fe».* Lo que allí sucedió con Tomás en cierto sentido va más allá de lo que ocurrió en la región de Cesarea de Filipo. En el Cenáculo nos encontramos ante una dialéctica de la fe y de la incredulidad más radical y, al mismo tiempo, ante *una confesión aún más profunda de la verdad sobre Cristo*. Ciertamente no era fácil creer que estuviese vivo Aquél que tres días antes había sido depositado en el sepulcro.



El divino Maestro había anunciado varias veces que iba a resucitar de entre los muertos, y realmente también había dado pruebas de ser el Señor de la vida. Sin embargo, la experiencia de su muerte había sido tan fuerte que todos tenían necesidad de *un encuentro directo con Él* para creer en su resurrección: los Apóstoles en el Cenáculo, los discípulos en el camino a Emaús, las piadosas mujeres junto al sepulcro... También Tomás lo necesitaba. Cuando su incredulidad se encontró con la experiencia directa de la presencia de Cristo, el Apóstol que había dudado pronunció esas palabras con las que se expresa el núcleo más íntimo de la fe: Si es así, si tú verdaderamente estás vivo aunque te mataron, quiere decir que eres «mi Señor y mi Dios».

Con Tomás el «laboratorio de la fe» *se ha enriquecido con un nuevo elemento*. La revelación divina, así como la pregunta de Cristo y la respuesta del hombre, se han completado *con el encuentro personal del discípulo con Cristo vivo*, con el Resucitado. Ese encuentro pasa a ser el inicio de una nueva relación entre el hombre y Cristo, una relación en la que el hombre reconoce existencialmente que Cristo es Señor y Dios; no sólo Señor y Dios del mundo y de la humanidad, sino Señor y Dios *de mi existencia humana concreta*. Un día San Pablo escribirá: «Cerca de ti está la palabra: en tu boca y en tu corazón, es decir, la palabra de la fe que nosotros proclamamos. Porque, si confiesas con tu boca que *Jesús es Señor* y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (*Rm 10, 8-9*).

3. En las lecturas de la Liturgia de hoy están descritos los elementos de los que se compone ese «laboratorio de la fe», del cual los Apóstoles salen como hombres plenamente conscientes de la verdad que Dios había revelado en Jesucristo, verdad que habría modelado su vida personal y la de la Iglesia en el curso de la historia. Este encuentro romano, queridos jóvenes, es también una especie de «laboratorio de la fe» para vosotros, discípulos de hoy, para quienes confiesan a Cristo en los umbrales del tercer milenio.

Cada uno de vosotros puede encontrar en sí mismo la dialéctica de preguntas y respuestas que hemos señalado anteriormente. Cada uno puede analizar sus propias dificultades para creer e incluso sentir la tentación de la incredulidad. Al mismo tiempo, sin embargo, puede también experimentar una progresiva maduración de la convicción consciente de la propia adhesión de fe. En efecto, siempre *en este admirable laboratorio del espíritu humano*, el laboratorio de la fe, *se encuentran mutuamente Dios y el hombre*. Cristo resucitado entra en el cenáculo de nuestra vida y permite que cada uno experimente su presencia y confiese: Tú, Cristo, eres «mi Señor y mi Dios».

Cristo le dijo a Tomás: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído» (Jn 20, 29). Todo ser humano tiene en su interior algo del Apóstol Tomás. Tiene la tentación de la incredulidad y se plantea las preguntas fundamentales: ¿Es verdad que Dios existe? ¿Es verdad que el mundo ha sido creado por Él? ¿Es verdad que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, ha muerto y ha resucitado? La respuesta surge junto con la experiencia que la persona hace de su divina presencia. *Es necesario abrir los ojos y el corazón a la luz del Espíritu Santo*. Entonces a cada uno le hablarán las heridas abiertas de Cristo resucitado: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído» (Jn 20, 29).

4. Queridos amigos, también hoy creer en Jesús, seguir a Jesús siguiendo las huellas de Pedro, de Tomás, de los primeros Apóstoles y testigos, conlleva una opción por Él que algunas veces es *como un nuevo martirio*: el martirio de quien, hoy como ayer, está llamado a ir contra corriente para seguir al divino Maestro, para seguir «al Cordero a dondequiera que vaya» (Ap 14, 4). Queridos jóvenes, no ha sido una casualidad que haya querido que durante el Año Santo fueran recordados en el Coliseo *los testigos de la fe del siglo XX*.

Quizás a vosotros no se os pedirá la sangre, pero sí ciertamente la fidelidad a Cristo. Una fidelidad que se ha de vivir en las situaciones de

cada día. Estoy pensando en los novios y su dificultad de vivir, en el mundo de hoy, la pureza antes del matrimonio. Pienso también en los matrimonios jóvenes y en las pruebas a las que se expone su compromiso de mutua fidelidad. Pienso, asimismo, en las relaciones entre amigos y en la tentación de deslealtad que puede darse entre ellos. Estoy pensando también en quien ha empezado un camino de especial consagración y en las dificultades que a veces tiene que afrontar para perseverar en su entrega a Dios y a los hermanos. Me refiero igualmente al que quiere vivir unas relaciones de solidaridad y de amor en un mundo donde únicamente parece valer la lógica del provecho y del interés personal o de grupo.

Así mismo, pienso en quien trabaja por la paz y ve nacer y estallar nuevos focos de guerra en diversas partes del mundo; también en quien actúa en favor de la libertad del hombre y lo ve aún esclavo de sí mismo y de los demás; pienso en el que lucha por el amor y el respeto a la vida humana y ha de asistir frecuentemente a atentados contra la misma y contra el respeto que se le debe.

5. Queridos jóvenes, ¿es difícil creer en un mundo así? En el año 2000, ¿es difícil creer? *Sí, es difícil. No hay que ocultarlo.* Es difícil, pero con la ayuda de la gracia es posible. Jesús se lo dijo a Pedro: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16, 17).

*Esta tarde os entregaré el Evangelio.* Es el regalo que el Papa os deja en esta vigilia inolvidable. La palabra que contiene es la palabra de Jesús. Si la escucháis en silencio, en oración, dejándoos ayudar por el sabio consejo de vuestros sacerdotes y educadores con el fin de comprenderla para vuestra vida, entonces encontraréis a Cristo y lo seguiréis, entregando día a día la vida por Él.

En realidad, es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien

os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejaros atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometeros con humildad y perseverancia para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna.

Queridos jóvenes, para estos nobles objetivos no estáis solos. Con vosotros tenéis a vuestras familias, a vuestras comunidades, a vuestros sacerdotes y educadores y a tantos de vosotros que, en lo oculto, no se cansan de amar a Cristo y de creer en Él. En la lucha contra el pecado no estáis solos: *¡muchos como vosotros luchan y con la gracia del Señor vencen!*

6. Queridos amigos, veo en vosotros a los «centinelas de la mañana» (cf. *Is* 21, 11-12) en este amanecer del tercer milenio. A lo largo del siglo que termina, jóvenes como vosotros fueron convocados en reuniones masivas para aprender a odiar, fueron enviados para combatir los unos contra los otros. *Los diversos mesianismos secularizados, que han intentado sustituir la esperanza cristiana, más tarde se han revelado como verdaderos y propios infiernos.* Hoy estáis aquí reunidos para afirmar que en el nuevo siglo no os prestaréis a ser instrumentos de violencia y destrucción; defenderéis la paz, incluso a costa de vuestra vida si fuera necesario. No os conformaréis con un mundo en el que otros seres humanos mueren de hambre, son analfabetos, no tienen trabajo. Defenderéis la vida en cada momento de su desarrollo terreno; os esforzaréis con todas vuestras energías en hacer que esta tierra sea cada vez más habitable para todos.

Queridos jóvenes del siglo que comienza, diciendo «sí» a Cristo decís «sí» a todos vuestros ideales más nobles. Le pido que reine en vuestros corazones y en la humanidad del nuevo siglo y milenio. No tengáis miedo de entregaros a Él. Él os guiará, os dará la fuerza para seguirlo todos los días y en cada situación.

Que María Santísima, la Virgen que dijo «sí» a Dios durante toda su vida, que los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y todos los Santos y Santas que han marcado el camino de la Iglesia a través de los siglos, os conserven siempre en este santo propósito.

A todos y a cada uno de vosotros os imparto con afecto mi Bendición.

Quiero concluir mi discurso, mi mensaje, diciendooos que he esperado mucho este momento para encontraros, para veros, primero durante la noche y después durante el día. Os doy las gracias por este diálogo, interrumpido por los gritos y los aplausos. Gracias a vuestra amistad, a vuestra inteligencia, no ha sido un monólogo, ha sido un auténtico diálogo.

*Al terminar la celebración el Papa ha saludado a los jóvenes con estas palabras:*

Hay un proverbio polaco que dice: «Kto z kim przestaje, takim się staje». Quiere decir: si vives con los jóvenes, tú también serás joven. Así que vuelvo rejuvenecido. Y os saludo una vez más a todos vosotros, sobre todo a los que están más lejos, escondidos, y no ven nada. Pero aunque no hayan visto, han podido oír este «jaleo». Este «jaleo» ha sacudido Roma y ¡Roma no lo olvidará!

*Durante la Vigilia cuatro jóvenes han presentado su testimonio personal sobre el impacto de la fe en su vida*

## **Oh Dios, perdona a los asesinos de mi hermano**

Santo Padre:

Vengo de un país de África donde existe uno de los más largos conflictos de la época contemporánea. Me llamo Domingos, y formo parte de una generación de jóvenes que desde que nacieron sólo han conocido la guerra y sus horribles consecuencias: destrucciones de familias enteras, persecuciones de personas de etnias distintas, matanzas de inocentes, desde ancianos hasta niños de tierna edad.

Casi todas las familias pobres de mi país, como lo es la mía, han sido marcadas por los efectos terribles de la guerra. Quien no ha perdido a parientes cercanos, al menos ha vivido el luto de algún miembro de su tradicional familia prolongada.

En los primeros años de la década de los años 90 perdí a mis padres, en condiciones que sólo Dios sabe. Entonces nos quedamos bajo la responsabilidad de mi hermano mayor, que desde hacia tiempo estaba comprometido socialmente en ambientes rurales.

Pero la mañana del 20 de mayo de 1999 nos llegó la trágica noticia: habían encontrado muerto a mi hermano en un rincón de la calle principal de la ciudad donde vivía; lo habían matado con seis disparos. Lo habían secuestrado la tarde del día anterior, en pleno centro.

La sangre de mi hermano se unió a la de tantas otras víctimas del conflicto interno angoleño, y todavía hoy se muere de forma parecida o incluso peor.

Para mí ha sido una prueba muy difícil: un sentimiento de revancha y de odio me invadía el espíritu. Pero el tiempo me ha hecho comprender que la sangre de mi hermano podía servir como sacrificio por la paz y la reconciliación entre el pueblo angoleño.

Como cristiano he sentido que también yo tenía la «la tarea de llamar al pueblo y a los hombres a la reconciliación y a la paz», como usted, Santo Padre, nos recordó en la homilía de su primera celebración eucarística en Angola, celebrada precisamente en la ciudad donde mataron a mi hermano.

Con este recuerdo en el corazón he perdonado a los asesinos de mi hermano, aunque no los conozco personalmente. En su recordatorio he escrito las siguientes palabras: «Oh Dios, perdona a sus asesinos. No tengas en cuenta este pecado. Haz que su sangre, junto a la de tantas víctimas del odio y la venganza, sea la semilla para la paz en Angola».

Santo Padre, estoy seguro de que será así.

*Domingos, Angola*

## **Me sentía libre: a Cristo no se le puede parar**

Santo Padre:

Me llamo María Aurora y vengo de Rumania. Pertenezco a la Iglesia greco-católica, una de las Iglesias católicas orientales de rito bizantino, ilegal desde 1948, a partir de una ley de Stalin. ¡Cuánto sufrimiento! ¡cuánto dolor! ¡cuántos años de prisión a partir de aquella orden!... De vez en cuando nuestros padres, a escondidas, nos lo contaban.

Mi madre me ha transmitido la fe cristiana católica desde que yo era pequeña. No podía entender porqué no íbamos a la iglesia, porqué no podíamos decir que pertenecíamos a una Iglesia y, por otro lado, porqué escuchábamos la Santa Misa que transmitía la Radio Vaticana con la oreja pegada a la radio para que nadie nos descubriese. Tenía siete años cuando participé por primera vez en una liturgia clandestina, celebrada por un sacerdote que acababa de salir de la cárcel, donde había estado por ser «enemigo del pueblo».

En la universidad conocí a unos veinte estudiantes que compartían mis ideas religiosas. Nos encontrábamos frecuentemente, en secreto, en un grupo de oración y fraternidad, olvidando que nuestras convicciones eran peligrosas para el régimen que quería dominar sobre toda la persona humana, alma y cuerpo. Un día la policía secreta nos descubrió, y poco nos faltó para que nos expulsasen de todos los cursos universitarios del país. Pero éramos demasiado jóvenes. Realmente nos sentimos libres en Cristo.

En aquella época participé en una ordenación sacerdotal clandestina, celebrada en la modestísima casa donde vivía nuestro obispo. Puertas cerradas, ventadas tapadas, cuatro personas presentes: el obispo, una monja clandestina, el nuevo sacerdote y yo. Fue algo que me impresionó mucho y que cambió la historia de mi vida: mi Iglesia existía, tenía sacerdotes y, aunque no abiertamente, era libre en sí misma, libre en Cristo.



Al terminar la universidad, cada miembro de aquel grupo de 20 estudiantes siguió su propio camino en la sociedad y otro camino «clandestino» de fe. También yo vivía mi fe, me encontraba con mis amigos todos los días nada más terminar el trabajo.

En cada celebración el miedo y la alegría estaban al mismo tiempo presentes en nuestro corazón. Todo en silencio, cantos murmurados, respuestas en voz baja, todos vestidos con sencillez, como para cualquier visita. Sin embargo, durante la Misa me sentía libre: a Cristo no se le puede parar, era él quien nos unía.

Hoy el régimen ha caído, pero nos damos cuenta con dolor que todavía queda mucho camino por andar para que cambien nuestros corazones y una vieja mentalidad a la que le cuesta morir. Pero, Santo Padre, estoy convencida de que los jóvenes siempre estarán dispuestos a abrir las puertas de su vida a Cristo y al prójimo, para crear también en nuestra Rumania un futuro de solidaridad, de verdad y de intercambio, dejando a un lado las diferencias y viviendo finalmente en una sociedad libre y reconciliada.

*María Aurora, Rumania*

## **En la espera desesperada de signos de salvación, se abre el diálogo misterioso con Dios**

Santo Padre, me llamo Stefania. Hace cuatro años, un joven de mi edad, pero encerrado en una celda de la muerte, escribió pidiendo amistad y ayuda. Desde hacía tiempo estaba interesada, con otros amigos, en la abolición de la pena capital. Pero esa carta pedía algo más: una visita. Acepté y de esa forma conocí a otros detenidos, cuyos nombres, Santo Padre, no le son desconocidos. Usted ha intervenido por algunos de ellos pidiendo clemencia.

Quisiera decir que todos ellos hacen una petición continúa: que alguien los ame, que alguien los acompañe: «Te necesito –me dijo Dominique, 26 años, en la cárcel desde que tenía 18–, lo más importante es la amistad».

A veces, en la espera desesperada de signos de salvación, se abre el diálogo misterioso con Dios. John Michael en sus cartas me pedía que rezase por él: «Sólo el saber que Dios me perdona –escribía– me hace ser el hombre más feliz de la tierra... Estoy en las manos de Dios, es lo mejor que me puede pasar». Fui a encontrarle, en una habitación llena de mujeres, la mayor parte ancianas, que hablaban con sus hijos. Es posible verse, pero no tocarse. John Michael me habló de la lucha por conservar su dignidad de persona, de las humillaciones sufridas. Me confesó que desde hacía diez años no hablaba con nadie durante tanto tiempo: «Dios me ha bendecido –me dijo– porque me ha dado amigos como tú y porque he podido vivir 17 años, aunque sea en un lugar como este».

Ésta es la última carta que me escribió otro condenado a muerte, Joe Mario Trevino, al que le quitaron la vida el 18 de agosto de 1999, hace un año, a los 37 años: «Mi querida amiga: cuando recibas esta carta yo ya no estaré entre los vivos, pero esto no importa porque estaré en un sitio mejor, como Dios me ha asegurado. Por eso no tienes que estar triste; alégrate porque estaré con nuestro Padre del cielo, donde no existen ni el dolor ni el sufrimiento... He tenido la gran suerte de haber vivido esta

amistad en mi viaje hacia el cielo... Has sido muy amable conmigo, has sido una buena amiga, nuestros caminos se tenían que encontrar para que yo pudiese crecer espiritualmente... Te he hablado de otros condenados a muerte como yo, con la esperanza de que tú puedas encontrar entre tus amigos alguno que les escriba. No se que más decirte, sólo que te veré pronto; bueno, espero que no tan pronto. Nos encontraremos cara a cara. Puedes contar conmigo. Adiós». Cuando uno está dentro de una celda de la muerte, la amistad no es una oportunidad entre otras: es fuerza, es vida.

Santo Padre, en estos diálogos me he encontrado buscando palabras capaces de consolar y de dar esperanza. Y en los condenados a muerte he encontrado preguntas de amistad, de reconciliación, de perdón para sí mismos y para los demás, confianza en la misericordia de Jesús, la convicción de que Dios conoce el corazón de cada uno. Santo Padre, nosotros, los jóvenes, estamos convencidos de que el mal no se vence con la muerte y que hay que dar a todas las personas la posibilidad de recuperarse. Le damos las gracias por su continuo apoyo para que el odio sea neutralizado y la pena de muerte sea suprimida en todas partes.

*Stefania, Italia*

## **El camino de esta santidad es el encuentro con Jesús**

Santo Padre:

Soy un joven de Roma. Me llamo Massimiliano. Pertenezco a una generación que no ha conocido la guerra. No sé que quiere decir ser prófugo o deportado. He nacido en una sociedad donde todo se puede comprar, donde todo está al alcance de la mano. Yo mismo he tenido muchas cosas: salud, familia, estudio, trabajo, posibilidad de viajar y de conocer, amistades y, sobre todo, la paz. ¿Qué me falta?

«Una cosa te falta –le dice Jesús al joven rico– ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres. Después, ven y sígueme». He tenido la suerte de haber oído esta llamada del Señor cuando era un muchacho, a los 15 años. No estaba solo, estaba con otros, en una comunidad, y pude responder.

Ha tenido la gracia de una compañía que me ha guiado en la búsqueda de Jesús y de los demás, cercanos y lejanos. Me di cuenta que aún estando en medio de mucha gente –en el colegio, en la universidad, en cualquier lugar– me sentía solo y tenía miedo. Y estando solos, aprendemos a escucharnos sólo a nosotros mismos, a responder solamente a nuestras sensaciones.

La llamada de Jesús me ha sacado de este aislamiento. Su palabra ha dado respuesta a mis ansiedades y a mis insatisfacciones. Me ha pedido que dé todo a los pobres y que le siga, en su comunidad. Desde entonces, Santo Padre, nunca más he estado solo y no he tenido miedo.

¿Pero quienes son los pobres? Y yo, joven todavía inexperto, ¿puedo hacer algo por ellos? ¿No es demasiado difícil? Pero Jesús insiste. Él mismo me da ejemplo: llama a los pobres a él, se dirige a ellos con amistad, vive en su compañía. De esta forma yo también he empezado a conocer a gente pobre. Por su nombre, personalmente. Cada rostro tiene una historia, una dignidad, una parte de vida. Soy amigo de algunos de ellos.

He empezado a leer una página del Evangelio cada día. Para seguir escuchando las preguntas de Jesús y sus respuestas. No ha sido fácil: la tentación de amar sólo las propias palabras es constante. Pero hoy lo entiendo mejor: recibir una «gota» de Evangelio cada día hace crecer mi amor hacia los demás.

He descubierto que el Evangelio no es viejo, no es una historia del pasado. Y no es imposible vivirlo. Me enseña a ser amigo de todos, a amar incluso a los enemigos. Quizás sea ésta la santidad a la que hemos sido llamados.

La Escritura desarma los corazones del rencor, de la ira, de la defensa de uno mismo. Abre a una visión amplia y misericordiosa del mundo, derriba el muro de separación entre los hombres, entre sano y enfermo, entre joven y anciano, entre ciudadano y extranjero, entre pobre y rico. Abre los ojos sobre el rostro de Dios, que es la única razón de nuestro amor.

El camino de esta santidad es el encuentro con Jesús y su buena noticia. Santo Padre, ayúdenos a renovar cada día este encuentro y a darle el peso de la verdad.

*Massimiliano, Italia*

## 6. MISA DE CLAUSURA DE LA XV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Tor Vergata, 20 de agosto de 2000

*El Cardenal Camillo Ruini, Vicario general de Su Santidad para la diócesis de Roma, le dirige un discurso al Santo Padre*

### **Todos juntos, miembros y cuerpo del único Señor**

Padre Santo:

La Eucaristía que está a punto de comenzar es el acto solemne de acción de gracias a Dios por todo lo que hemos vivido en esta extraordinaria XV Jornada Mundial de la Juventud.

Me permita, Santo Padre, dar voz a cada uno de los jóvenes que llenan este maravilloso espectáculo, a los Obispos y sacerdotes que los acompañan, y también a toda la comunidad cristiana de Roma, para dirigirle un filial y especial agradecimiento a Su Santidad. Porque si estos jóvenes, y nosotros con ellos, han podido sentir inmediatamente que Roma era la «patria común» y, sobre todo, en estos días han sentido a la Iglesia como madre realmente cercana, capaz de comprender en lo profundo y casi de entrar en ellos, en gran parte es debido a usted, a sus palabras, a su actitud hacia ellos, a la posibilidad que les ha dado de leer dentro de su corazón.

Padre santo, aquí realmente todos nos hemos sentido hermanos, todos juntos miembros y cuerpo del único Señor, en virtud de la misma fe que hemos recibido en don y que todos estamos llamados a transmitir a nuestros hermanos.

En esta Eucaristía, que es el culmen de la Jornada Mundial, deseamos pedirle a Dios que los jóvenes de todo el mundo, la humanidad nueva que construirá el futuro, puedan con nosotros, experimentar la alegría de pertenecer a la única familia de los hijos de Dios.

Los jóvenes aquí presentes, Padre santo, acogen con ánimo sincero la invitación que usted les ha hecho en estos días de ser, en cualquier lugar del mundo, testigos valientes del Evangelio. Ellos mismos le dirán a Su Santidad lo que para ellos ha significado esta Jornada Mundial y le pedirán que los confirme en la fe.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

**Si sois lo que tenéis que ser,  
¡prenderéis fuego al mundo entero!**

1. «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn* 6, 68).

Queridos jóvenes de la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud, estas palabras de Pedro, en el diálogo con Cristo al final del discurso del «pan de vida», *nos tocan personalmente*. Estos días hemos meditado sobre la afirmación de Juan: «La palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros» (*Jn* 1, 14). El evangelista nos ha llevado al gran misterio de la encarnación del Hijo de Dios, el Hijo que se nos ha dado a través de María «al llegar la plenitud de los tiempos» (*Gal* 4, 4).

En su nombre os vuelvo a saludar a todos con un gran cariño. Saludo y le doy las gracias al Cardenal Camillo Ruini, mi Vicario General para la diócesis de Roma y Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, por las palabras que me ha dirigido al comienzo de esta Santa Misa; saludo también al Cardenal James Francis Stafford, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos y a tantos Cardenales, Obispos y sacerdotes aquí reunidos; así mismo, saludo con gran deferencia al Señor Presidente de la República, al Jefe del Gobierno Italiano y a todas las autoridades civiles y religiosas que nos honran con su presencia.

2. Hemos llegado al *culmen de la Jornada Mundial de la Juventud*. Ayer por la noche, queridos jóvenes, hemos reafirmado nuestra fe en Jesucristo, en el Hijo de Dios que, como dice la primera lectura de hoy, el Padre ha enviado «a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad... para consolar a todos los que lloran» (*Is* 61, 1-2).



En esta celebración eucarística Jesús nos introduce en el conocimiento de un *aspecto particular de su misterio*. Hemos escuchado en el Evangelio un pasaje de su discurso en la sinagoga de Cafarnaúm, después del milagro de la multiplicación de los panes, en el cual se revela como *el verdadero pan de vida*, el pan bajado del cielo para dar la vida al mundo (cf. *Jn 6, 51*). Es un discurso que no entienden los que le escuchan. La perspectiva en que se mueven es demasiado material para poder *captar la auténtica intención de Cristo*. Ellos razonan según la carne, que «no sirve para nada» (*Jn 6, 63*). Jesús, en cambio, orienta su discurso hacia el horizonte inabarcable del espíritu: «Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida» (*ibíd.*).

Sin embargo el auditorio es reactivo: «Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?» (*Jn 6, 60*). Se consideran personas con sentido común, con los pies en la tierra, por eso sacuden la cabeza y, refunfuñando, se marchan uno detrás de otro. *El número de la muchedumbre se reduce progresivamente*. Al final sólo queda un pequeño grupo con los discípulos más fieles. Pero respecto al «pan de vida» Jesús *no está dispuesto a contemporizar*. Está preparado más bien para afrontar el alejamiento incluso de los más cercanos: «¿También vosotros queréis marcharos?» (*Jn 6, 67*).

3. «¿También vosotros?» La pregunta de Cristo *sobrepasa los siglos* y llega hasta nosotros, nos interpela personalmente y nos pide una decisión. ¿Cuál es nuestra respuesta? Queridos jóvenes, si estamos aquí hoy es porque nos vemos reflejados en la afirmación del apóstol Pedro: «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6, 68*).

Muchas palabras resuenan en vosotros, pero sólo Cristo tiene palabras que resisten al paso del tiempo y permanecen para la eternidad. El momento que estáis viviendo os impone algunas opciones decisivas: la especialización en el estudio, la orientación en el trabajo, el compromiso que debéis asumir en la sociedad y en la Iglesia. Es im-

portante darse cuenta de que, entre todas las preguntas que surgen en vuestro interior, las decisivas no se refieren al « qué ». *La pregunta de fondo es « quién »*: hacia « quién » ir, a « quién » seguir, a « quién » confiar la propia vida.

Pensáis en vuestra elección afectiva e imagino que estaréis de acuerdo: lo que verdaderamente cuenta en la vida es la persona con la que uno decide compartirla. Pero, ¡atención! *Toda persona es inevitablemente limitada*, incluso en el matrimonio más encajado se ha de tener en cuenta una cierta medida de desilusión. Pues bien, queridos amigos: ¿no hay en esto algo que confirma lo que hemos escuchado al apóstol Pedro? Todo ser humano, antes o después, se encuentra exclamando con él: « ¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna ». Sólo Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios y de María, la Palabra eterna del Padre, que nació hace dos mil años en Belén de Judá, puede satisfacer las aspiraciones más profundas del corazón humano.

En la pregunta de Pedro: « ¿donde quién vamos a ir? » *está ya la respuesta sobre el camino que se debe recorrer*. Es el camino que lleva a Cristo. Y el divino Maestro es accesible personalmente; en efecto, está presente sobre el altar en la realidad de su cuerpo y de su sangre. En el sacrificio eucarístico podemos *entrar en contacto, de un modo misterioso pero real, con su persona*, acudiendo a la fuente inagotable de su vida de Resucitado.

4. Ésta es la maravillosa verdad, queridos amigos: la Palabra, que se hizo carne hace dos mil años, *está presente hoy en la Eucaristía*. Por eso, el año del Gran Jubileo, en el que estamos celebrando el misterio de la encarnación, no podía dejar de ser también un año « intensamente eucarístico » (cf. *Tertio millennio adveniente*, 55).

La Eucaristía es el sacramento de la presencia de Cristo que se nos da porque nos ama. *Él nos ama a cada uno de nosotros de un modo personal y único* en la vida concreta de cada día: en la familia, entre los amigos, en el estudio y en el trabajo, en el descanso y en la diversión. Nos ama cuando llena de frescura los días de nuestra existencia y también cuando, en el mo-

mento del dolor, permite que la prueba se cierna sobre nosotros; también a través de las pruebas más duras, Él nos hace escuchar su voz.

Sí, queridos amigos, ¡Cristo nos ama y nos ama siempre! *Nos ama incluso cuando lo decepcionamos*, cuando no correspondemos a lo que espera de nosotros. Él no nos cierra nunca los brazos de su misericordia. ¿Cómo no estar agradecidos a este Dios que nos ha redimido llegando incluso a la locura de la Cruz? ¿A este Dios que se ha puesto de nuestra parte y está ahí hasta al final?

5. Celebrar la Eucaristía «comiendo su carne y bebiendo su sangre» significa *aceptar la lógica de la cruz y del servicio*. Es decir, significa ofrecer la propia disponibilidad para sacrificarse por los otros, como hizo Él.

De este testimonio tiene necesidad urgente nuestra sociedad, de él necesitan más que nunca los jóvenes, tentados a menudo por los espejismos de una vida fácil y cómoda, por la droga y el hedonismo, que llevan después a la espiral de la desesperación, del sin-sentido, de la violencia. *Es urgente cambiar de rumbo y dirigirse a Cristo*, que es también el camino de la justicia, de la solidaridad, del compromiso por una sociedad y un futuro dignos del hombre.

Ésta es nuestra Eucaristía, ésta es la respuesta que Cristo espera de nosotros, de vosotros, jóvenes, al final de vuestro Jubileo. A Jesús no le gustan las medias tintas y no duda en apremiarnos con la pregunta: «¿También vosotros queréis marcharos?» Con Pedro, ante Cristo, Pan de vida, también hoy nosotros queremos repetir: «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68).

6. Queridos jóvenes, al volver a vuestra tierra poned la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria: amadla, adoradla y celebradla, sobre todo el domingo, día del Señor. *Vivid la Eucaristía dando testimonio del amor de Dios a los hombres*.

Queridos amigos, os confío este don de Dios, el más grande dado a nosotros, peregrinos por los caminos del tiempo, pero que llevamos en el

corazón la sed de eternidad. ¡Ojalá que pueda haber siempre en cada comunidad un sacerdote que celebre la Eucaristía! Por eso pido al Señor *que broten entre vosotros numerosas y santas vocaciones al sacerdocio*. La Iglesia tiene necesidad de alguien que celebre también hoy, con corazón puro, el sacrificio eucarístico. ¡El mundo no puede verse privado de la dulce y liberadora presencia de Jesús vivo en la Eucaristía!

Sed vosotros mismos *testigos fervorosos de la presencia de Cristo en nuestros altares*. Que la Eucaristía modele vuestra vida, la vida de las familias que formaréis; que oriente todas vuestras opciones de vida. Que la Eucaristía, presencia viva y real del amor trinitario de Dios, os inspire ideales de solidaridad y os haga vivir en comunión con vuestros hermanos dispersos por todos los rincones del planeta.

Que la participación en la Eucaristía fructifique, en especial, en un *nuevo florecer de vocaciones a la vida religiosa*, que asegure la presencia de fuerzas nuevas y generosas en la Iglesia para la gran tarea de la nueva evangelización. Si alguno de vosotros, queridos jóvenes, siente en sí la llamada del Señor a darse totalmente a Él para amarlo «con corazón indiviso» (cf. *1 Co 7, 34*), que no se deje paralizar por la duda o el miedo. Que pronuncie con valentía su propio «sí» sin reservas, fiándose de Él que es fiel en todas sus promesas. ¿No ha prometido, al que lo ha dejado todo por Él, aquí el ciento por uno y después la vida eterna? (cf. *Mc 10, 29-30*).

7. Al final de esta Jornada Mundial, mirándoos a vosotros, a vuestros rostros jóvenes, a vuestro entusiasmo sincero, quiero expresar, desde lo hondo de mi corazón, *mi agradecimiento a Dios por el don de la juventud*, que a través de vosotros permanece en la Iglesia y en el mundo.

¡Gracias por el camino de las Jornadas Mundiales de la Juventud!  
¡Gracias por tantos jóvenes que han participado en ellas durante estos dieciséis años! Son jóvenes que ahora, ya adultos, siguen viviendo en la fe allí donde residen y trabajan. *Estoy seguro de que también vosotros, queridos amigos, estaréis a la altura de los que os han precedido*. Llevaréis el anuncio de Cristo en el nuevo milenio. Al volver a casa, no os disper-

séis. Confirmad y profundidad en vuestra adhesión a la comunidad cristiana a la que pertenecéis. Desde Roma, la ciudad de Pedro y Pablo, el Papa os acompaña con su cariño y, parafraseando una expresión de Santa Catalina de Siena, os dice: «*Si sois lo que tenéis que ser, ¡prenderéis fuego al mundo entero!*» (cf. *Cart.* 368).

Miro con confianza a esta nueva humanidad que se prepara también por medio de vosotros; miro a esta Iglesia constantemente rejuvenecida por el Espíritu de Cristo y que hoy se alegra por vuestros propósitos y de vuestro compromiso. Miro hacia el futuro y hago mías las palabras de una antigua oración, que canta a la vez al don de Jesús, de la Eucaristía y de la Iglesia:

«Te damos gracias, Padre nuestro,  
por la vida y el conocimiento  
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo.  
A ti la gloria por los siglos.  
Así como este trozo de pan estaba disperso por los montes  
y reunido se ha hecho uno,  
así también reúne a tu Iglesia desde los confines de la tierra  
en tu reino [...]  
Tú, Señor omnipotente,  
has creado el universo a causa de tu Nombre,  
has dado a los hombres alimento y bebida para su disfrute,  
a fin de que te den gracias  
y, además, a nosotros nos has concedido la gracia  
de un alimento y bebida espirituales y de vida eterna por medio de  
tu siervo [...]  
A ti la gloria por los siglos» (*Didaché* 9, 3-4; 10, 3-4).  
Amén.

*El Cardenal James Francis Stafford, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, saluda al Santo Padre*

## **El poder de la cruz**

Santo Padre:

Una de las manifestaciones sublimes de su ministerio apostólico es el carisma de reunir personas. En este mes de agosto del 2000, con sus brisas estivas, la luna llena y también el sol romano, su forma de ejercer el ministerio petrino reuniéndonos aquí una vez más ha enseñado a los jóvenes el significado de las palabras de Jesús: «Quien no está conmigo, desparrama».

Durante dieciséis años, usted ha conducido a sus queridos jóvenes por innumerables itinerarios de peregrinación, pasando por las autopistas modernas y por el «camino de las estrellas» hacia Santiago de Compostela, por los antiguos caminos hacia los santuarios y por el camino romeo.

Siempre surge una pregunta, que un peregrino romeo formuló así: ¿Por qué en 1984 el Santo Padre les dio a los jóvenes del mundo la Cruz peregrina para que la llevaran por todos los caminos del mundo? Otro respondió, hablando de la muerte de miles de católicos en manos de su gobierno y del efecto que esto produjo en él: «Porque he sufrido mucho, he muerto». A través de su sufrimiento descubrió la profundidad del misterio de haber sido bautizado a semejanza de la muerte de Jesús.

Opuestas a las reuniones promovidas por el ministerio petrino está la idolatría del «vía libre». Cada día está más extendida la convicción de tener siempre «vía libre». La gente se ha abandonado a vivir sin ascética. Usted nos lo ha advertido, Santo Padre.

La Cruz peregrina ofrece otros signos. Dice que la disciplina, el desprendimiento y el desasimiento son los medios para reunir a la Iglesia peregrina. La Cruz nos recuerda la sangre preciosísima de Jesús. Dice que Dios revela su modo de amar iluminando todo desde la impotencia. Y la forma de amar de los jóvenes no puede ser otra distinta.

A los pies de la cruz romana miles de personas se han dado cuenta que pensar que siempre se tiene «vía libre» lleva a odiarse a sí mismos y a los demás. Es el odio quien crea el infierno. Pero la condición en la que viven no es irreversible, puede ser transitoria. La gloria de Dios revelada en el cuerpo traspasado de Cristo es como un péndulo: hipnotiza a quien lo mira. En Roma los peregrinos aprenden que la vida es «una tragedia en estado de gracia».

Muchos han descubierto que el bien supremo se encuentra en el perdón. Esto explica porqué en el Circo Máximo, bajo la Cruz, miles de jóvenes peregrinos han encontrado a Cristo y han derramado lagrimas de arrepentimiento en el Sacramento de la Penitencia.

Vivir la realidad de la Cruz ha confirmado la autenticidad de todo esto. Santo Padre, usted ha sido el primero en mostrarnos el camino. Su vida y su ministerio han confirmado el poder de la Cruz. Desde el inicio de su pontificado usted ha exhortado a los jóvenes a no tener miedo, porque en la vida de Jesús y en la de sus discípulos hay una dramática convergencia de libertad y obediencia.

Santo Padre, estos miles de jóvenes peregrinos le dan las gracias por su testimonio personal, por haberlos reunido aquí, y por su ejercicio del ministerio petrino.

SALUDO DEL SANTO PADRE ANTES DE LA ORACIÓN DEL «ANGELUS DOMINI»

## Jóvenes del mundo, « mi gloria y mi corona »

Al final de esta celebración eucarística, nuestro pensamiento se dirige a la «Mujer», de la que nos habla San Pablo en la segunda lectura de la Misa (*Gal 4, 4*), es decir, la Virgen María, en cuya fiesta de la Asunción se ha iniciado esta decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud. Con su presencia solícita y materna, María ha presidido estas jornadas romanas de intensa experiencia de fe. A ella queremos manifestar todo nuestro agradecimiento por aquel «sí» que dio al inicio de la «aventura» de la Redención.

Mientras pido a la Santísima Virgen que vele sobre los jóvenes y las jóvenes del mundo, os doy las gracias cordialmente a todos vosotros que habéis tomado parte en la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud.

Saludo y doy las gracias ante todo a quienes han organizado este evento: al Consejo Pontificio para los Laicos, presidido por el Cardenal James Francis Stafford; al Vicariato de Roma y la Conferencia Episcopal Italiana, presidida por el Cardenal Camillo Ruini; al Presidente y los miembros del Comité Italiano para la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud, así como también a las comunidades parroquiales de Roma y de las diócesis limítrofes, sus asociaciones, movimientos y grupos que, desde hace tres años, han rezado y trabajado con entusiasmo para preparar este evento. Pido a todos que no se deje desperdiciar el rico patrimonio de bien que el trabajo común ha producido.

Mi agradecimiento se dirige también a las Autoridades públicas, que con gran esfuerzo se han ocupado de que la compleja organización de la Jornada Mundial de la Juventud se desarrollase lo mejor posible.

Saludo, finalmente, a tantos Cardenales y Obispos presentes, a los sacerdotes, a las religiosas y religiosos, a los educadores y a vosotros, jóvenes del mundo, «mi gozo y mi corona» (*Flp 4, 1*).



Antes de concluir esta grande y bella asamblea, deseo anunciar que el próximo Encuentro Mundial de los Jóvenes tendrá lugar en Toronto, Canadá, en el verano de 2002. Al invitar ya desde ahora a los jóvenes del mundo a encaminarse hacia aquella meta, dirijo un saludo especial a la Delegación canadiense, que ha estado presente en esta celebración para recoger el «testigo» de su futuro compromiso. Sobre ellos y el encargo que hoy asumen invoco la protección de la Santísima Virgen.

Quiero saludar ahora a los presentes en las diversas lenguas.

*En inglés:*

Queridos jóvenes, debemos despedirnos hasta la próxima vez. Vuestra peregrinación tras las huellas de Jesús debe proseguir dondequiera que vayáis. Llevad con vosotros las palabras de vida de Jesús y difundidlas por doquier. ¡Dios esté con vosotros!

*En francés:*

Queridos jóvenes, ¡feliz regreso a vuestros países! Sed entre vuestros hermanos y hermanas testigos cada vez más audaces del amor que os impulsa en vuestra vida. ¡Que Dios os bendiga!

*En español:*

Saludo ahora a los jóvenes de América Latina y de España presentes en la Jornada Mundial de la Juventud. Al regresar a los lugares de origen, contad a vuestros coetáneos la experiencia vivida y dadles un abrazo del Papa.

*En alemán:*

Queridos jóvenes, sed en vuestro ambiente la carta viva de Cristo, la tarjeta de visita de Jesús. El Señor os necesita, heraldos de esperanza. Volved a vuestra patria. Sois enviados. Con una bendición especial.

*En portugués:*

A los jóvenes de lengua portuguesa y a los guías que los acompañan y ayudan, les digo: ¡gracias por vuestra peregrinación, con mi bendición para el camino de vida que os espera! Sed la tienda del divino Emmanuel en medio de vuestra gente y permitid que entren los que tienen hambre de Dios.

*En polaco:*

Os saludo a vosotros, jóvenes peregrinos procedentes de Polonia y otros países del mundo. Pido a Dios que este encuentro jubilar dé frutos en vuestra vida diaria. Permaneced en unión con Cristo y con vuestros hermanos. Llevad a vuestros coetáneos la paz y la alegría de estos días.

*En ruso:*

Queridos jóvenes, ¡feliz regreso a vuestros países! Sed en medio de vuestros coetáneos testigos valientes del Evangelio. ¡Que Dios os bendiga!

*En suahili:*

Queridos jóvenes africanos, llevad la alegría de Cristo a vuestros países. El Papa os acompaña con su oración.

*En tagalo:*

Queridos amigos de Filipinas y de Asia, conservad en el corazón la alegría de estos días y dad testimonio de Cristo, salvación del mundo.

*Juan Pablo II después ha añadido en italiano:*

Saludo a todos con afecto y gratitud. Invocamos ahora todos juntos la protección de la Virgen sobre el camino de cada uno de nosotros.

\* \* \*

*Al terminar el Ángelus el Santo Padre ha concluido diciendo:*

Una vez más quisiera dar gracias al Señor, nuestro Dios, por esta excepcional y espléndida asamblea que ha superado todas nuestras expectativas. Roma no sólo ha sido conquistada por vosotros; ahora ha llegado a ser vuestra, porque aquí está Pedro. Vosotros sois el corazón joven de la Iglesia. ¡Id por todo el mundo y llevad la paz! El Señor ha resucitado y camina con vosotros. Sed sus testigos entre vuestros coetáneos en el amanecer del nuevo milenio.

# APÉNDICE

## AUDIENCIA GENERAL

Aula Pablo VI - 23 de agosto de 2000

PALABRAS DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

### **Nunca podré olvidar el entusiasmo de esos jóvenes**

1. Roma vivió, la semana pasada, un acontecimiento inolvidable: la Jornada Mundial de la Juventud, que en todos ha suscitado una impresión intensa y profunda. Ha sido una peregrinación caracterizada por la alegría, la oración y la reflexión.

El primer sentimiento que surge del corazón es el de un sincero agradecimiento al Señor por este don, realmente grande, no sólo para nuestra ciudad y para la Iglesia que está en Italia, sino para todo el mundo. Quiero dar las gracias también a todos aquellos que de distintas formas han cooperado en la realización concreta de este encuentro, que se ha llevado a cabo con serenidad y con orden. A todos dirijo mi recuerdo, al Consejo Pontificio para los Laicos, al Comité Central del Jubileo, a la Conferencia Episcopal Italiana, a la Diócesis de Roma, a las Autoridades civiles y administrativas, a las Fuerzas de seguridad, a los Servicios Sanitarios, a la Universidad de Tor Vergata, a las distintas Organizaciones de Voluntariado.

2. Como es normal me vuelve a la mente este encuentro realmente extraordinario, que ha superado todas las expectativas y, me atrevo a decir, toda humana expectativa. Siento un fuerte deseo de manifestar una vez

más a estos jóvenes mi alegría por haberles podido acoger, la tarde de la fiesta de la Asunción, en la Plaza de San Juan de Letrán y en la Plaza de San Pedro.

Siento todavía la profunda emoción con la que participé en Tor Vergata en la vigilia del sábado por la noche y con la que presidí, al día siguiente, la solemne celebración conclusiva.

Al sobrevolar aquella área en helicóptero, pude admirar desde lo alto un espectáculo único e impresionante: una enorme alfombra humana de gente en fiesta, felices de estar juntos. Nunca podré olvidar el entusiasmo de esos jóvenes. Hubiera querido abrazarles a todos y expresarles a cada uno el cariño que me une a la juventud de este nuestro tiempo, a la que el Señor confía una gran misión al servicio de la civilización del Amor.

¿Qué es lo que han venido a buscar estos jóvenes si no a Jesucristo? ¿Qué es la Jornada Mundial de la Juventud si no es un encuentro personal y comunitario con el Señor, que da verdadero sentido a la existencia humana? En realidad, ha sido él mismo el primero que los ha buscado y llamado, como busca y llama a todo ser humano para conducirlo a la salvación y a la felicidad plena. Y al final del encuentro, fue él quien confió a los jóvenes la singular misión de ser sus testigos en cada rincón del mundo. Han sido días marcados por el descubrimiento de una presencia amiga y fiel, la de Jesucristo, de quien celebramos los dos mil años de su nacimiento.

3. Los jóvenes, con el entusiasmo típico de su edad, han respondido que quieren seguir a Jesús. Quieren hacerlo, pues se sienten parte viva de la Iglesia. Lo quieren hacer caminando juntos, porque se sienten Pueblo de Dios en camino.

No tienen miedo de su fragilidad, pues cuentan con el amor y la misericordia del Padre celeste, que les sostiene en la vida de cada día. Más allá de toda raza y cultura, se sienten hermanos unidos por una misma fe, por una misma esperanza, y por una misma misión: encender el mundo

con el amor de Dios. Los jóvenes han puesto de manifiesto que sienten exigencia de buscar un sentido. Buscan razones para esperar y tienen hambre de auténticas experiencias espirituales.

¡Que el mensaje de la Jornada Mundial de la Juventud pueda ser acogido y profundizado por quienes han participado, así como por todos sus coetáneos, que han seguido las diferentes fases y encuentros a través de los periódicos, la radio y la televisión!

Es necesario que el clima evangélico, respirado en estos días, no se disperse, sino, al contrario, que continúe siendo el clima de las comunidades juveniles y de las asociaciones, de las parroquias y de las diócesis, especialmente en el curso de este año jubilar que invita a todos los creyentes a encontrarse con Cristo, muerto y resucitado por nosotros.

A todos los jóvenes les quiero repetir: ¡sentíos orgullosos de la misión que el Señor os ha confiado y llevadla adelante con humilde y generosa perseverancia! Que os sostenga la ayuda maternal de María, quien vigiló por vosotros durante los días de vuestro Jubileo. ¡Cristo y su Iglesia cuentan con vosotros!

## II

# VII FORUM INTERNACIONAL DE JÓVENES

*« ¡Vayamos tras las huellas de Cristo! »*

*(JPII, Carta sobre la peregrinación a los santos lugares, 29-6-1999)*

Roma, 25-20 de agosto 2000





# PROGRAMA

**Sábado 12 de agosto**

***Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? (Mc 8, 29)***

## ASAMBLEA PLENARIA

- Celebración inicial
- Intervención de apertura: *El Jubileo: tiempo de gracia y de misión*
  - Card. James Francis Stafford,  
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos
- Presentación de los delegados

## *Pausa*

## ASAMBLEA PLENARIA

- Conferencia: *Cristo, respuesta a la esperanza del hombre*
  - Mons. André-Mutien Léonard, Obispo de Namur (Bélgica)
- Conferencia: *¿Por qué creer? Los desafíos de la fe hoy*
  - Mons. Rino Fisichella, Obispo Auxiliar de Roma

## *Almuerzo*

## GRUPOS DE TRABAJO

*Los desafíos de la fe hoy*

## *Pausa*

## ASAMBLEA PLENARIA

- Intervenciones libres sobre los temas de la jornada

## CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

**Domingo 13 de agosto**  
***Con mis obras te mostraré mi fe (St 2, 18)***

CELEBRACIÓN DE LAUDES Y DE LA EUCARISTÍA

ASAMBLEA PLENARIA

- Conferencia: *Una fe que incida sobre la vida*
  - Ernesto Olivero, fundador del SERMIG (Servizio Missionario Giovani), Turín
- Conferencia: *La santidad, llamada y respuesta*
  - P. Jesús Castellano Cervera, Rector del Pontificio Instituto Teresianum, Roma
- Diálogo con los ponentes

*Pausa*

ASAMBLEA PLENARIA

- Testimonios: *¿Qué impacto tiene la fe en tu vida?*
  - Michel Remery, Holanda
  - Matteo y Agnese Renzi, Italia
  - Hnz. Regina Marie Donohue, USA
- Diálogo con los testimonios

*Almuerzo*

GRUPOS DE TRABAJO

*El impacto de la fe en la vida*

*Pausa*

ASAMBLEA PLENARIA

- Intervenciones libres sobre temas del día

*Cena*

LITURGIA PENITENTIAL

## Lunes 14 de agosto

***Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra*** (cf. Hech 1, 8)

CELEBRACIÓN DE LAUDES Y DE LA EUCARISTÍA

ASAMBLEA PLENARIA

- Conferencia: *La fe, don para compartir*
  - Timothy O'Donnell, Director del Christendom College, USA
- Conferencia: *Los caminos que conducen a la fe*
  - P. Dominique Sentucq, Responsable del Servicio Nacional para el Catecumenado, Francia

*Pausa*

ASAMBLEA PLENARIA

- Mesa redonda: *Llevar el Evangelio al nuevo milenio*
  - familia
  - educación
  - compromiso eclesial
  - mundo del trabajo
  - cultura y medios de comunicación
  - voluntariado

*Almuerzo*

GRUPOS DE TRABAJO

*La fe, don para compartir*

*Pausa*

ASAMBLEA PLENARIA

- Intervenciones libres

*Cena*

ORACIÓN MARIANA

**Martes 15 de agosto**

***Vosotros sois la sal de la tierra; sois la luz del mundo (Mt 5, 13.14)***

ASAMBLEA PLENARIA

- Celebración de Laudes
- Presentación del «Memorándum» del Forum
- Intervenciones libres

*Pausa*

ASAMBLEA PLENARIA

- Intervenciones libres (continuación)
- Discurso conclusivo: *El amor de Cristo nos impulsa*
  - Card. James Francis Stafford,  
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA CONCLUSIVA

## LÍNEAS GUÍA PARA LOS GRUPOS DE TRABAJO

### SÁBADO 12 - *Los desafíos de la fe hoy*

- ¿Qué fuerza da a tu vida hoy ser discípulo de Cristo?
- ¿Qué obstáculos encuentras en tu vida de relación profesional, afectiva o social?
- ¿En qué manera crees que el desafío siempre actual del Evangelio pueda mejorar el mundo y la vida de los seres humanos de nuestro tiempo?

### DOMINGO 13 - *El impacto de la fe sobre la vida*

- ¿Cómo describes a un «santo»? ¿Has encontrado alguno? ¿Crees que la santidad sea posible para todos? ¿Qué significa en concreto ser santos hoy para un joven de tu edad en tu País?
- ¿Podrías contar un acontecimiento que te haya sucedido a ti o a alguien que conoces en el que la fe vivida ha transformado la vida cotidiana?
- ¿Cómo pueden hoy los jóvenes cristianos dejar una huella de la bondad de Dios en un mundo que parece desinteresado de Dios y de la fe?

### LUNES 14 - *La fe, don para compartir*

- ¿Cómo puede ser hoy la comunión de Dios Trinitario la respuesta a tantos individualismos y divisiones presentes en tu país de procedencia?
- ¿Cuándo y cómo has tenido la experiencia de la belleza de compartir el don de la fe con tus hermanas y con tus hermanos?
- ¿Cómo imaginas contar el Evangelio de Jesús hoy, con el lenguaje joven de tu mundo, andando por caminos de comunión?



## SESIÓN DE APERTURA

### Las antiguas piedras de Roma os llevarán a un descubrimiento espiritual

JAMES FRANCIS Card. STAFFORD

*Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos*

**A**ntes que nada quiero daros la bienvenida a este séptimo Forum Internacional de Jóvenes. Vuestra experiencia de fe en estos días estará alimentada por lo que es esencial para el cristiano: la Palabra de Dios que tendremos la posibilidad de escuchar, la oración y la contemplación como levadura de la existencia humana, los sacramentos como alimento de vida eterna, y el amor y la amistad universal como ley de la vida y de la misión de la Iglesia.

Cada ciudad tiene sus características peculiares. New York es conocida como «la Gran Manzana», París como «la ciudad de las luces», Denver como la «la Ciudad de una milla de altura». Pero sólo a Roma se le llama «la Ciudad Eterna». Este título ha distinguido a Roma durante milenios. Ya en el primer siglo después de Cristo fue usado por Tibullus, poeta legendario latino.

Sin embargo, aunque el título lo adoptaron los cristianos, el origen resala a la era pagana. Nathaniel Hawthorne, un puritano del siglo XIX, repitió el mismo concepto con palabras distintas. Escribió que Roma es «la ciudad de todos los tiempos y de todo el mundo». Sus antepasados del New England pensaron que hacía un juego de palabras. En 1901, un joven católico inglés, Hilaire Belloc, que hizo una peregrinación a Roma atravesando Europa a pie, describió así su determinación: «No volveré a casa, sin saciar mi deseo profundo de llegar a Roma».

¿Cómo ha nacido esta imagen de Roma como Ciudad Eterna? Tengo dos teorías. La primera es muy concreta: a Roma se le llama Ciudad Eterna porque en sus calles hay una gran cantidad de piedras antiguas sobre las que caminar. La segunda teoría está relacionada con el teatro. La ciudad de Roma es un gran teatro urbano en el que el drama universal se representa sin descanso. Este drama divino está presente en todas las partes del mundo, pero sólo aparece claramente en Roma. La misma ciudad es el apogeo de un drama divino. El drama está relacionado con acontecimientos eternos; por eso el nombre de «Ciudad Eterna» lo mantienen los cristianos.

Por eso en vuestras mochilas de peregrinos deberíais llevar a casa dos recuerdos: las antiguas piedras de las calles de Roma y Roma como único teatro de un drama universal. El primer recuerdo habla de la peregrinación a Roma como tiempo de gracia o, como yo prefiero decir, tiempo de la llamada de Dios, porque la misión, si es de Dios, exige la gracia. El segundo recuerdo habla de vuestra participación libre en el contexto del drama divino de la creación y de la redención. Estos aspectos del Año del Gran Jubileo 2000 hay que profundizarlos.

I. En las calles de Roma hay una gran cantidad de piedras antiguas. ¿Esto es suficiente para explicar el uso cristiano del título de «Roma eterna»? Parece una conexión forzada, sobre todo cuando se recuerda que el libro del Apocalipsis llama a Roma «Babilonia».

Os digo cual es mi respuesta: vuestros pies ya han conocido las antiguas piedras de las calles de Roma. Son indestructibles. Desde hace unos tres milenios los pies humanos dejan sus huellas sobre estas piedras. Por eso la gracia de vuestra peregrinación romana brotará desde abajo. La memoria cristiana de Roma empieza a través de las plantas de los pies de los peregrinos. A cada paso encontraréis señales de la gracia.

¿Qué dicen los pies de los peregrinos de Roma Eterna? Primero harán una pregunta que es al mismo tiempo lógica e histórica: ¿Quién ha caminado sobre estas piedras antes que nosotros?



La respuesta es evidente. La comunidad cristiana hizo su primera aparición en Roma en los años 40 del primer siglo después de Cristo, hace más de 1960 años. Por eso unas 60 generaciones de cristianos han caminado por las calles de Roma.

Sabemos que el emperador Claudio expulsó a los cristianos de Roma en el año 49 después de Cristo. Entre los expulsados había un matrimonio, Prisca y Áquila, mencionados en la Carta de Pablo a los Romanos (16, 3), en los Hechos de los Apóstoles y en la primera Carta a los Corintios (16, 19). Estos dos prófugos romanos siempre estaban en movimiento. Más tarde se establecieron en Corinto, cuando Pablo llegó en el 50 d.c.; un año y medio después salieron hacia Efeso con Pablo (*Hc* 18, 11.18-19). Según los Hechos de los Apóstoles (18, 26) y la primera Carta a los Corintios (16, 19), el matrimonio estaba todavía en Efeso en el año 54, cuando Pablo regresó de su visita a Jerusalén y Antioquía, y al inicio del 57 cuando escribió la primera carta a los Corintios. Como en el 57 d.c. en Efeso se desencadenaron tumultos contra los cristianos, Pablo se fue (*Hc* 19, 2-20, 1).

Seguramente Prisca y Áquila se fueron en el mismo período, haciendo lo mismo que habían hecho en Corinto. Volvieron a Roma porque el emperador Claudio había muerto en el 54 y los primeros años del imperio de Nerón fueron populares y no hubo hostilidad contra los cristianos. Prisca y Áquila fueron misioneros extraordinarios, que caminaron sobre las piedras de las calles de Roma.

Los escritos sagrados del Nuevo Testamento tienen en Roma su origen y destinación. La carta a los hebreos fue enviada a la Iglesia de Roma. La primera carta de Pedro fue escrita en Roma y enviada desde allí. En el 58 d.c. San Pablo mandó a Roma su carta más larga y más importante. Es muy probable que los primeros en leer su carta fuesen esa primera generación cristiana de judíos y gentiles que vivía en la zona del Trastevere, donde estaba situado el puerto de Roma. San Marcos escribió su Evangelio en Roma, bajo la influencia de San Pedro. Durante la Jornada Mundial de la Juventud se os entregará el Evangelio de Marcos, para recordaros vuestro bautismo.

Pedro vivió en Roma y recorrió sus calles. Fue crucificado en el circo de Nerón en el año 67 d.c., al sur de la colina Vaticana, y fue enterrado en un lugar cercano. La basílica de San Pedro indica el lugar de su martirio y de su sepultura.

También Pablo caminó sobre las piedras de las calles de Roma en dos ocasiones. Según los Hechos de los Apóstoles (28), vino a Roma por primera vez como prisionero en el año 61 d.c. y se quedó aquí hasta el año 63. Después de largos viajes misioneros, de nuevo lo hicieron prisionero en Roma donde en el año 67 d.c. lo decapitaron, en Tre Fontane. Su cuerpo fue enterrado a unos dos kilómetros de distancia sobre la via Ostiense. Su tumba está bajo el altar mayor de la Basílica de San Pablo extramuros.

En el curso de los siglos muchos jóvenes peregrinos han caminado sobre las viejas piedras de Roma y han atravesado el umbral de los *martyria* de los apóstoles Pedro y Pablo. Entre ellos encontramos en el siglo IV d.c., a un estudiante, San Jerónimo; en el siglo VII un joven rey inglés, San Caedwalla; en el siglo XIII el joven San Francisco de Asís; en el siglo XIV la joven Santa Catalina de Siena; en el siglo XVIII el joven S. Benito José Labre; en el siglo XIX la joven Santa Teresa del Niño Jesús y del santo Rostro; y en el siglo XX el joven beato Pier Giorgio Frassati.

Ahora os preguntaré qué efecto tuvo la peregrinación romana sobre estos jóvenes *romei*. Cada uno de ellos descubrió o profundizó en la llamada de Dios a la gracia en su propia vida.

Jerónimo, estudiante jovencísimo, los domingos visitaba las catacumbas romanas con dos amigos; en el 366 d.c. pidió recibir «la vestidura de Cristo», refiriéndose al hábito blanco con el que se revestía a las personas que salían del baño bautismal.

Durante la pascua del 689, poco antes de cumplir 30 años, S. Caedwalla fue bautizado por el Papa S. Sergio I en la basílica de San Pedro. El Rey Caedwalla, o Pedro, su nombre de bautismo, enfermó poco después. Deseaba morir endosando la vestidura blanca de su bautismo. Murió a la edad de 30 años y fue enterrado en San Pedro. Su mag-

nífico epitafio en verso se conserva sobre la piedra original de la antigua basílica de San Pedro. Fue el primero de al menos otros 10 reyes ingleses que caminó sobre las antiguas piedras de Roma.

En Asís, cuando tenía 25 años, Francisco demostró tener un corazón generoso. En 1206 vino a la tumba de Pedro. Cogió un puñado de monedas de su bolsillo y las dejó en el sepulcro de Pedro, introduciéndolas por una pequeña ventana. Las antiguas piedras de Roma le habían reafirmado en su convicción de que la pobreza y la peregrinación van juntas. Dos años más tarde, San Francisco le expresó a fray Masseo su deseo de peregrinar otra vez a Roma. Le dijo: «Mi querido compañero, vayamos a san Pedro y a san Pablo, y pidámosles que nos enseñen y ayuden a poseer el tesoro infinito de la santísima pobreza» (*Floreccillas*, XIII).

Antes de su muerte a los 33 años de edad, y durante casi dos años desde 1378, Catalina de Siena atravesaba el antiguo Puente de S. Angelo cada día para ir a misa a San Pedro. Hoy una hermosa estatua de mármol indica el camino que ella recorría. Su figura de mármol, que mira intensamente hacia uno de los puentes del Tiber, parece que camina con prisa hacia él. Es fácil imaginar el motivo. En su *Diálogo*, Catalina escribió que Jesús es el puente de piedra entre Dios y el hombre.

Desde 1780, después de una larga peregrinación desde Francia, donde había nacido, Benito José Labre pasó toda su vida en Roma como mendicante. Todas las noches dormía debajo de un arco del Coliseo.

Acercándose a la edad adulta, Santa Teresa escribió que cuando tenía 14 años había descubierto en Roma el espíritu del juego divino, que más tarde constituyó su doctrina de la infancia espiritual. Sobre las piedras de la Ciudad eterna encontró que el universo del amor es también un universo de juego. Escribió: «Desde hacía algún tiempo, yo me había ofrecido al Niño Jesús para ser su juguete, y Le había dicho que no se sirviera de mí como de un juguete caro que los niños se contentan con mirar sin atreverse a tocarlo, sino como una pelotita sin ningún valor... Él había escuchado mi oración. En Roma, Jesús agujereó a su juguete, quería ver lo que había dentro; y después, una vez visto, feliz con su des-

cubrimiento, dejó caer al suelo su pelotita, y se durmió» (*Historia de un alma*, 177).

Pier Giorgio Frassati estando de peregrinación en Roma en 1921, cuando tenía 20 años, cerca de la iglesia del Gesù, en Via del Plebiscito, fue agredido violentamente por las guardias reales anticatólicas. En el patio del cercano Palacio Altieri, Pier Giorgio se arrodilló junto a un sacerdote herido, levantó su rosario e invitó a todos los jóvenes compañeros que estaban con él a rezar «por nosotros y por todos los que nos han agredido».

Como he dicho antes, cada uno de estos jóvenes peregrinos era un *romeo*. En la Edad Media, «*romeo*» significaba una persona «que ha hecho una visita a los sepulcros de Pedro y Pablo». Junto a Jerónimo, Caedwalla, Francisco, Catalina, Benito José, Teresa y Pier Giorgio, los ángeles y los santos están orando para que vuestra aventura sobre las antiguas piedras de Roma os lleve a un descubrimiento espiritual. Naturalmente, un *romeo* sabe que todas las aventuras espirituales son un Calvario.

Pero las piedras romanas no son simplemente piedras. Son cantores silenciosos de los héroes y de las heroínas de Dios, espejos de santos y mártires. Sus estatuas están coronando la columnata que forma la plaza de San Pedro, representando el gran abrazo de Pedro. Transmiten su fuerza a los peregrinos, son ocasión de gracia. Los pies de los peregrinos se convierten en canales a través de los cuales las memorias vivas se depositan en el corazón humano.

Nunca han venido a Roma tantos jóvenes peregrinos como los que esperamos la próxima semana. La única comparación con el pasado es el de los batallones de guerra formados por jóvenes que llenaron los caminos de Europa en dirección a Roma.

Estas piedras romanas recuerdan la Roca, Pedro, el Vicario de Cristo. La forma definitiva de San Pedro ha sido construida cerca del circo de Nerón. Esta roca de la Ciudad eterna no puede ser destruida. Sobre esta roca los pies de Francisco han pasado con mucha confianza, igual que los

de Catalina, los de Benito José Labre, los de Teresa y los de Pier Giorgio. Y los pies de los jóvenes peregrinos de hoy pueden aprender de las mismas piedras el por qué los cristianos han llamado a Roma «Ciudad Eterna». Descubriréis o profundizaréis la gracia de vuestra llamada si cantáis vuestros himnos de alabanza al Señor por las calles de Roma, junto a ellos y a todos los demás que forman parte de la comunión de los santos.

II. Roma misma es el culmen, el apogeo del drama divino. Es un gran teatro divino. Nuestros antepasados cristianos de Roma sabían bien que los misterios de la Revelación sólo pueden ser comprendidos a través de la parábola del mundo como un teatro dirigido por Dios. Roma reclama la atención de los peregrinos sobre el magnífico teatro mundial de la creación, y de la historia de la salvación y de los dramas conmovedores de nuestros mártires. Sobre el escenario interior y exterior de la ciudad, los peregrinos encuentran puntos para reflexionar sobre el «teo-drama» de Cristo.

En Roma, Cristo es la recapitulación y final de cada tragedia. Se reafirma que vuestras vidas no son teatro del absurdo, teatro de la evasión o teatro ilusorio. En el drama de Cristo, los peregrinos descubren con libertad su misión única, su parte personal. La muerte y la resurrección de Cristo son el drama normativo de cada tiempo y de cada lugar; todas las libertades humanas participan en el drama de su libertad. En este drama divino vosotros descubriréis vuestra misión única y personal.

La Ciudad Eterna revela que vuestra vida es parte de un drama divino con consecuencias que duran en eterno. Se trata de un drama de dos libertades, la humana y la divina. El Santo Padre pone ante vosotros la increíble proclamación del «teo-drama» y de la acción de Dios en el mundo. «La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros»: estas palabras describen el inicio del drama eterno. Es la realidad gloriosa que celebramos en el año del Gran Jubileo, al empezar el tercer milenio. Es el único motivo por el que habéis venido en peregrinación a Roma. Aquí se

pondrá en evidencia vuestra misión de actores que actúan libremente en el drama divino.

Roma Eterna os llama a un diálogo entre Dios y vosotros. Esta *sacra conversatio* será sobre vuestra misión en este drama divino, la misión que Dios os ha confiado. Como laicos bautizados vuestra misión es clara: ser testigos de la Palabra encarnada, ser testigos de Jesucristo. Gracias a los estudios litúrgicos y bíblicos, el drama de la Palabra encarnada es más evidente – y más hermoso – en nuestros días que en los siglos anteriores. Vuestra misión es la de reflexionar sobre el drama de esta Palabra; y la Sagrada Escritura, que es la Palabra de Dios escrita, es el testimonio preeminente de este drama. En el escenario del mundo vuestro papel en la vida se convierte en vuestra misión cristiana, recibida como don gratuito de Dios en Cristo y libremente acogida por vosotros.

Para concluir, os invito a reflexionar conmigo sobre el testimonio de dos laicos bautizados que descubrieron en el Evangelio el drama de Cristo. La prueba de su descubrimiento se encuentra en la Roma Eterna. Estos dos laicos son testigos concretos de la misión que se os ha confiado: buscar en la Palabra escrita el drama de la Palabra encarnada y, a partir de esto, descubrir como participar activamente en ese drama. En este proceso podréis convenceros de la belleza, de la bondad y de la verdad de la Palabra encarnada y, de acuerdo con ella, actuaréis en el mundo.

1. El primer testimonio laico del drama de Cristo en Roma es Gian Lorenzo Bernini. En los altares laterales de la basílica de San Pedro hay dos representaciones de la crucifixión. Frecuentemente pasan desapercibidos debido a la penumbra y a los particulares del interior. Es evidente que Bernini reflexionó profundamente sobre el drama del Verbo encarnado que aparece en la Sagrada Escritura. Su arte representa este drama del amor y de la libertad divinas.

Las dos crucifixiones representan la Palabra encarnada en dos momentos diferentes de su atormentada muerte en la cruz. En los otros sitios cada artista representa a Cristo crucificado en una sola fase de su agonía. Pero en

estos altares Gian Lorenzo Bernini nos ofrece dos meditaciones separadas de dos fases sucesivas del sufrimiento de Jesús. Cada una de ellas es bella en el sentido cristiano de «gloriosa», porque reflejan la gloria divina. Las dos pinturas, en sus formas contrastantes, juntas expresan algo que, separadamente, se echa de menos. Juntas manifiestan un género distinto de belleza, la paradoja del amor que Dios nos tiene revelado en el sufrimiento.

La primera pintura cronológica representa al «Cristo vivo». Jesús aparece lanzando su grito de desesperación: «Padre, ¿por qué me has abandonado?». Su cuerpo herido se retuerce formando una curva en forma de «s» e inclinado ligeramente hacia la derecha. Su cabeza, dirigida hacia el cielo, le hace a su Padre la desgarradora pregunta.

La otra pintura representa al «Cristo muerto». Su cabeza está ligeramente inclinada. Bernini captura la imagen de Jesús en las palabras del Evangelio: «Todo está cumplido. E inclinando la cabeza entregó el espíritu» (Jn 19, 30). Los brazos sin vida están tensos como un arco, las piernas inertes, el cuerpo desplomado. Su costado traspasado muestra una herida abierta.

Yendo de un altar al otro, las dos perspectivas de Cristo sufriente expresan el horror de su tortura. En «Cristo muerto» es evidente que su cuerpo está marcado por la agonía de la crucifixión durante seis horas, como narra el Evangelio: había sido herido, torturado y golpeado. El peso muerto de su cuerpo está sostenido por los brazos firmes. Todavía se reconocen signos de calor y de vida, porque son pocos los minutos que separan a «Cristo vivo» del «Cristo muerto».

2. Hay otro laico que también ha dejado en san Pedro sus reflexiones personales sobre el sufrimiento y la muerte del Verbo de Dios. Giacomo Manzú fue un escultor italiano del siglo XX, que puso en evidencia el carácter dramático de Roma Eterna. Una de las cinco puertas de la basílica recibe el nombre de «Puerta de la Muerte»: originariamente era la puerta por la que entraban el cuerpo de los difuntos. La actual puerta de bronce se terminó en 1964.

La parte superior derecha representa gráficamente el desprendimiento del cuerpo de Cristo de la Cruz. José de Arimatea, con el pecho descubierto, ha pasado una larga cuerda por debajo de los brazos y de los hombros del cadáver. A la izquierda de la cruz, José se esfuerza para bajar el peso muerto. Agarrando la cuerda con las dos manos, baja lentamente el cuerpo de la cruz. Una mujer solitaria, María de Mágdala, está allí. Esconde su cabeza entre el brazo izquierdo, y apoya su lado derecho en la cruz de leño.

El cuerpo del Hijo de Dios todavía no está rígido. Tiene la expresión sufriente sobre el rostro inmóvil, como si todavía estuviese sufriendo. Sin embargo el rostro no ha corrido mejor suerte, está herido. Es evidente que el cuerpo de Jesús ha sido terriblemente dañado con los latigazos y los golpes. La cuerda juega un papel esencial desde el punto de vista interpretativo. Manzú se debió inspirar en los textos de la Escritura. Sugiere el salmo 18, de carácter cristológico: «las olas de la muerte me envolvían, me espantaban las trombas de Belial, los lazos del seol me rodeaban, me aguardaban los cepos de la Muerte» (5-6). La escena muestra algo inconcebible: Dios está cayendo en el infierno. La Escritura narra que Dios ha explorado todo posible camino, incluso hasta descender a las horribles tinieblas de los infiernos, sólo para rescatar a la persona de la que ha asumido sus pecados, incluso cuando esta persona lo rechaza. Ezequiel había percibido algo de este sufrimiento en forma humana representado por Manzú: «Hijo de hombre, he aquí que se te van a echar cuerdas con las que serás atado» (*Ez* 3, 25).

Los discípulos y las mujeres que estaban junto a la cruz en aquellas horas interminables, tuvieron que tener una ligera experiencia de todo eso. Pero frente a la meditación de Manzú y a su contemplación de las Escrituras, surge una pregunta obligada: ¿Cómo han podido creer que este mártir herido y golpeado, atado, sería resucitado y llegaría a ser para ellos la fuente de su esperanza?

En efecto, esta pregunta surge de las dos imágenes de la agonía de Cristo dibujadas por Bernini y por el descendimiento de la cruz de



Manzú: si la muerte es tan terrible y las leyes de la naturaleza tan potentes, ¿cómo pueden ser vencidas? En los dos casos el Hijo de Dios ha estado totalmente sepultado en el bautismo del pecado.

Pero Jesús ha vuelto al Padre, llevando consigo a los que ha salvado de las aguas del pecado, que son «predestinados a ser sus hijos» (cf. *Ef* 1, 5). Con el sacramento del Bautismo, en sustancia habéis sido «bautizados en la muerte de Cristo, con el sepultados» (cf. *Rm* 6, 4) bajo las aguas que lo han cubierto.

Renaciendo en el Bautismo, habéis sido salvados y os habéis convertido en una nueva creación. Habéis sido bañados o sumergidos en el agua bendita tres veces, significando los tres días de la sepultura de Cristo. Mediante este gesto, habéis muerto y habéis renacido. Para vosotros el agua salvífica ha sido al mismo tiempo una tumba y un seno materno. El agua bautismal ha marcado vuestra primera conversión. La segunda conversión se encuentra en las lagrimas del arrepentimiento del sacramento de la penitencia.

Durante la Jornada Mundial de la Juventud podéis meditar especialmente en el drama divino de la Eucaristía. Cada día comeréis el pan de la vida y de la muerte: esto pone en evidencia la dinámica interna de la secuela cristiana, la dinámica de morir y resucitar con Cristo. El Espíritu de Cristo, enviado sobre una humanidad redimida por la Pasión cuando el Hijo muriendo entrega el Espíritu al Padre, es al mismo tiempo el Espíritu de la Cruz y de la Resurrección. Es el Espíritu del Padre que ofrece a su Hijo en el sufrimiento para la misión en el mundo, pero también el Espíritu del Hijo que se ofrece por el sacrificio y la glorificación. Por eso el Espíritu lleva consigo el movimiento hacia la Cruz (la Encarnación y el ministerio histórico) y el movimiento de la Cruz hacia la Resurrección.

Roma es el apogeo del drama humano y divino de Cristo. Este drama os lleva a confrontaros con vuestra misión en la vida, en el matrimonio, en el trabajo. Roma, la ciudad del drama, os hace dos preguntas a cada uno de vosotros. Primera: ¿estáis dispuestos a creer que el drama del

amor infinito que Dios os tiene se revela en el sufrimiento de Cristo?  
Segunda: ¿estáis dispuestos a creer y a aceptar que vuestra misión en la vida se refleja en la misión del amor gratuito de la Palabra eterna de Dios hecha carne? La realización de la imagen divina en vosotros depende de vuestra respuesta. Porque vuestra misión se caracteriza por el hecho de que la imagen de Dios se encuentra en el reflejo creado por la libertad in-creada, en vuestra imitación en el mundo del amor que Cristo os tiene que os lleva a consumirnos en amor hacia vuestro prójimo.

## En camino con la Cruz

*Saludo de los jóvenes italianos  
en el momento de la entrega de la Cruz  
de las Jornadas Mundiales de la Juventud*

Queridos amigos de todo el mundo: ¡Bienvenidos! Con alegría y cariño en nombre de todos los italianos os saludamos y os acogemos en Roma, donde habéis venido para participar en la XV Jornada Mundial de la Juventud.

¡Hola! Me llamo Mateo y tengo veinticinco años. Yo, junto a un grupo de doscientos cincuenta jóvenes mantovianos, estamos aquí porque hemos recorrido a pie media Italia para traeros esta Cruz.

Nuestra peregrinación empezó el 14 de julio en Castiglione delle Stiviere, el pueblo donde nació San Luis Gonzaga, Patrón de los Jóvenes, que murió en Roma.

Ahora, por fin, después de cuatro semanas de camino intenso y fatigoso, hemos llegado hasta aquí para entregaros esta Cruz a vosotros, jóvenes de todo el mundo.

Hemos querido vivir este año jubilar de la forma más concreta, es decir, peregrinando.

Hemos experimentado paso tras paso que el esfuerzo de renunciar a las comodidades de la vida de todos los días se transforma en alegría cuando se comparte con otros un proyecto.

Este proyecto era y es Jesucristo, que siempre ha estado entre nosotros; una presencia constante, viva y visible en todas las situaciones: durante nuestros encuentros de catequesis, en los momentos de fiesta, cuando el cansancio aumentaba a lo largo del camino, cuando todo iba por un camino equivocado.

El asombro y la emoción que nos manifestaban las personas que encontrábamos, para nosotros eran un testimonio fuerte que nos ha ayudado a entender la importancia de la Cruz que estábamos llevando a nuestras espaldas.

Estas personas nos han pedido que recemos por sus situaciones difíciles, por sus enfermedades, porque ellos ya no son capaces de rezar.

Le queremos dar las gracias a las diócesis, a las parroquias que nos han acogido, porque nos han dado hospitalidad con generosidad, amor y paciencia.

Nos hemos dado cuenta que bajo el leño de la Cruz todos somos iguales, no hay diferencias de ningún tipo.

Sobre todo, cargando con ella a pie hemos entendido que las cosas realmente importantes son aquellas más simples y auténticas.

Durante el camino nos hemos enamorado locamente de esta Cruz. Pienso que para vosotros será fácil imaginaros que, después de un mes de camino, estemos un poco tristes al tenérsela que entregar, pero al mismo tiempo estamos de verdad felices de entregársela a vosotros, porque esta Cruz no es nuestra, sino que es la Cruz de todos y para todos.

Es más, entendemos que este gesto para nosotros es el último acto de nuestra peregrinación, pero el inicio de una nueva vida, donde la Cruz ya no es de leño, sino que es una Cruz que tendremos que cargar sobre nuestros hombros todos los días.

La Cruz en la que creemos no es signo de muerte y de desesperación, sino de vida, de esperanza y de gozo. Tomadla con vosotros y llevadla al mundo con alegría, confianza y valentía.

*Matteo Pedrazzani*  
*Italia, Diócesis de Mantova*

## CONFERENCIAS

### 1. Cristo, respuesta a las aspiraciones del hombre

Mons. ANDRÉ-MUTIEN LÉONARD  
*Obispo de Namur (Bélgica)*

Quisiera afrontar este tema ilustrando dos aspectos y contrastándolos a partir de dos series de citas evangélicas. Empezamos por la primera serie que muestra como Jesús responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano:

«Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (*Mt* 11, 28).

«Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba» (*Jn* 7, 37).

«En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido delante de mí son ladrones y salteadores; pero las ovejas no les escucharon. Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (*Jn* 10, 7-10).

Veamos la otra serie que hace ver como, por el contrario, Jesús transorna las aspiraciones del corazón humano:

«Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna del fuego» (*Mt* 18, 8-9).

«Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48).

«Si alguno viene donde mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío» (Lc 14, 26-27).

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lc 9, 23).

«No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10, 34-39).

¿Cómo entender un tal contraste? ¿Cómo ver la contradicción entre la dulzura con la que Jesús responde a las aspiraciones del corazón humano y las violencia con que las demuele?

Mis queridos amigos, ¿vosotros amáis al papa Juan Pablo II? Si es así, puedo pensar que también amaréis lo que él hace. Bien, antes de ser Papa era profesor de filosofía, materia por la que todavía se sigue interesado mucho. Por eso, hagamos juntos un poco de filosofía...

Pensad en un gato. ¿Qué hay que hacer para asegurarle la felicidad? Hace falta bien poco. Dadle una gata y gatitos, una escudilla con leche, algún ratón, un ovillo de lana para jugar, una cesta para dormir junto al fuego y un jardín donde poder pasear, y dará saltos de felicidad.

Para el hombre, es distinto. El corazón del hombre está habitado por una apertura infinita. Su inteligencia está infinitamente abierta a la totalidad de lo real, impulsada por una curiosidad insaciable que ningún número limitado de conocimientos puede satisfacer. Lo mismo puede de-

cirse de su voluntad. Estamos habitados por un deseo ilimitado de forma que nada limitado, por valioso que sea, nos podrá saciar. Por eso, como decía San Agustín, el corazón humano es un «corazón inquieto» (*cor inquietum*), un corazón que no tendrá paz hasta que no encuentre la plenitud del ser o, mejor todavía, la plenitud de Aquel que es el ser en persona: «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».<sup>1</sup>

A diferencia de un gato, el hombre no puede realizarse plenamente sino saliendo de sí mismo. Como decía Pascal: «el hombre supera infinitamente al hombre». Los griegos habían anhelado la posibilidad de realización y de felicidad del hombre dentro de los límites armoniosos de su naturaleza mortal, de la otra parte del mundo de los dióses. Gracias a Cristo, nosotros hemos descubierto la verdad inscrita en nuestra naturaleza metafísica, es decir, que el hombre sólo puede realizarse plenamente en Dios. Esta aspiración está tan profundamente radicada en nosotros que se puede hablar de un «deseo natural» de ver a Dios.

Jesús, proponiéndonos la comunión real del hombre con Dios, ofreciéndonosla en su persona – él, que es verdadero hombre y verdadero Dio –, realiza nuestras aspiraciones más profundas, escucha nuestras últimas aspiraciones, pero al mismo tiempo cambia nuestras aspiraciones inmediatas, porque nosotros tenemos que encontrar la felicidad más allá de nosotros mismos. Jesús nos propone la paz del corazón como meta final, pero no nos garantiza la tranquilidad inmediata.

Este cambio radical de nuestras aspiraciones inmediatas nos molesta todavía más dado que, desde el pecado original, vivimos en un mundo esclavizado por la vanidad, sometido a la caducidad, como dice Pablo (cf. *Rm* 8, 20). En este mundo creado bueno por Dios, pero deformado por el pecado, también el corazón humano está marcado por el pecado original. Siempre hemos dicho que «no» antes de decir que «sí». El rechazo de Dios siempre ha precedido a la acogida de su gracia. Siempre

<sup>1</sup> S. AGUSTÍN, *Confesiones*, 1.

seguimos, de forma espontánea, inclinaciones equivocadas. ¡Y esto es peligroso! En términos familiares, la naturaleza humana herida, dejada a su aire, es una «mina vagante» metafísica.

Proponiéndonos la única felicidad capaz de responder profundamente a nuestras aspiraciones, Jesús necesariamente tiene que llevarnos a una doble superación de nosotros mismos: 1) la superación de nuestra naturaleza humana creada, finita, limitada, porque se trata de realizarse en Dios; 2) la superación del egoísmo innato en nuestro corazón pecador, siempre necesitado de conversión. De esta forma, Cristo nos llama inevitablemente a una doble mortificación de nuestras aspiraciones inmediatas.

Como ningún otro, Jesús resuelve, si se puede decir así, la ecuación de la existencia humana. Porque para salvarnos del mal y de la infelicidad y para colmar definitivamente nuestro corazón, nosotros necesitamos: 1) de un Dios capaz de sacarnos de nuestra miseria y de saciar nuestro corazón; 2) de un hombre capaz de comprendernos desde dentro; 3) de un Dios-hombre que nos alcance en nuestros callejones sin salida mortales; 4) de un hombre-Dios que atraviese nuestros callejones sin salida y nos abra el acceso a una vida inmortal. Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, crucificado y resucitado, resuelve – sólo él – esta ecuación de la existencia humana. Haciendo esto, responde a nuestras aspiraciones más profundas. Pero la única forma de saciarnos en profundidad es al precio de una exigencia absoluta que modifica nuestras aspiraciones inmediatas, exigencia de la que Juan Pablo II frecuentemente se hace eco ante vosotros, con fuerza y dulzura.

Por eso la enseñanza moral del Nuevo Testamento, sobre todo de San Pablo, se resume en la invitación a morir a sí mismos con Cristo para vivir con él en la plenitud de Dios.

«Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él» (*Col 3, 1-4*).



## 2. ¿Por qué creer? Los retos de la fe hoy

Mons. RINO FISICHELLA  
*Obispo auxiliar de Roma*

### UNA PREMISA NECESARIA

«**Q**ue se puede estar igualmente cegados por el sol y que sin embargo se puede combatir, los romanos lo demostraron en Zama – escribe Kierkegaard en su *Post Scriptum* – que se puede combatir ciegamente y a pesar de todo conseguir una victoria, los romanos lo demostraron en Zama. Pero, nuestra batalla por la fe, ¿tal vez es una bufonería o una burla galante? Así es esta batalla que dura más que la guerra de los Treinta años, porque aquí no se lucha sólo para conquistar, sino que se lucha con más fuerza para conservar. Consciente de que el intelecto se desespera, la fe empuja victoriosamente cada vez más adelante la pasión de la interioridad... El estar sentados tranquilamente en una nave durante el buen tiempo, no es una imagen de la fe; pero cuando hay un agujero en el casco, el saber controlar la nave con eficacia con la ayuda de pompas, conservando el entusiasmo, y no tratando de entrar en el puerto: ésta es la imagen de la fe... Mientras el intelecto, como un pasajero desesperado, tiene inútilmente sus brazos hacia la tierra firme, la fe trabaja con todas sus energías en profundidad: gozosamente y triunfalmente, esa salva al alma sin tener en cuenta la inteligencia...».<sup>1</sup>

El texto de Kierkegaard está marcado por la radicalidad característica de este filósofo y, según se mire, por su propia concepción de la fe que fácilmente se resiente de fideísmo; y sin embargo, la imagen que ofrece de la nave es sugestiva y está llena de enseñanza. Es más, ésta evoca en la mente la condición actual cuando hay que reflexionar sobre la fe. Este fi-

<sup>1</sup> S. KIERKEGAARD, *Post scriptum aux Miettes philosophiques*, Paris 1948, 148.

lósofo danés también narra una anécdota que vale la pena recordar aquí: una vez, en un circo ambulante de Dinamarca, se desató un incendio. El director mando rápidamente a la aldea a un payaso, que ya estaba preparado para su actuación, para pedir ayuda y para poner a las personas a salvo. El payaso fue corriendo y empezó a gritar pidiendo ayuda para que la gente fuera al circo a apagar las llamas. Pero desgraciadamente los aldeanos, viéndolo así, en seguida pensaron que se trataba de una estrategia para que atraerlos al espectáculo y a sus gritos pidiendo ayuda respondieron con carcajadas. Todos reconocían que el payaso lo hacía muy bien y, cuando él, con lagrimas en los ojos les suplicaba que se pusieran a salvo, reían todavía más y se divertían como nunca. Pero el fuego destruyó el circo, las llamas llegaron hasta la aldea, nadie estaba preparado y el desastre fue tremendo.<sup>2</sup>

A veces, la situación de quien quiere provocar la reflexión sobre algunas problemáticas fundamentales de la vida cristiana, es comparable a la del payaso. Entre estas situaciones hay que colocar la que se refiere a la teología de la fe.

Para reflexionar sobre la fe es necesario que se tengan en cuenta algunas dificultades objetivas que impiden su inmediata adquisición.

## 1. EL CONTEXTO

No se puede negar que hoy estamos frente a formas culturales que dependen de una visión parcial de la «modernidad», la cual ha adquirido formas extremas de subjetivismo perdiendo una lectura unitaria del saber. El primado del subjetivismo también ha entrado entre los cristianos, no sólo en las formas del pensamiento, sino que cada vez están más presentes en el comportamiento, hasta llegar a convertirse en un estilo de vida. Es decir, cada vez es más difícil mostrar los límites y las contradicciones de estas formas, porque cada vez es más difícil darse cuenta de su

<sup>2</sup> Citado por H. COX, *La ciudad secular*, Barcelona 1968, 269.

peligrosidad. Esta situación ha llevado a distintas formas de soledad, de cuya presencia nos lamentamos hoy, y ha llevado a concebir la misma fe como algo privado. Nada más peligroso para la fe cristiana que por su esencia es *comunitaria*. Una vez suprimida la Iglesia como referencia, la fe ya no tiene razón de ser, porque falta el sujeto que anuncia y propone el mismo objeto a creer: Jesucristo revelador del misterio del Dios Trino.

Por paradójico que pueda parecer, en algunos países se ha llegado a aceptar, incluso a nivel lingüístico, lo que en una contradicción semántica: «un-churched Christian», ¡un cristiano sin Iglesia! Absurdo. Sin la Iglesia no hay fe cristiana y sin abandono obediencial a la Iglesia que se ve, no se comprende por qué habría que abandonarse a quien no se ve.

El reclamo a la propia conciencia es uno de los elementos más sagrados que la doctrina cristiana defiende. Sin embargo esta referencia está expuesta a una serie de ambigüedades que confunden el juicio. De hecho, cuando la conciencia sólo está alimentada por la fe marginalmente y no incluye sus elementos esenciales exponiéndola continuamente al bombardeo de distintas instancias ideológicas, vive en situaciones de confusión y no es libre para poder discernir.

La acentuación de la subjetividad ha llegado a tocar el tema de la verdad.<sup>3</sup> No es posible en esta sede tratar con detenimiento las distintas manifestaciones de la problemática; lo que está claro es que se vive en una situación en la que la opinión tiene más valor que la verdad. El intento cultural que tiene raíces más profundas, porque deriva de una desconfianza de que la razón pueda alcanzar la verdad, se hace fuerte con el tema de la tolerancia. En fuerza de una falsa concepción de la verdad, cada uno se mantiene en sus ideas; su verdad está al mismo nivel que la de los otros y a nadie le está permitida la pretensión de una verdad última y definitiva.

Esta situación ha provocado, en algunos aspectos, un impacto más directo con el mundo de la fe relegándola a una experiencia privada sin

<sup>3</sup> Cf. A este proposito: JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio*, 45-48.

posibilidad de acceder a su verdad normativa. La herencia del iluminismo que, sin ser molestada, ha continuado a iludir hasta hoy sobre el saber del sujeto como última fuente de todo saber, ha encerrado debajo de la escalera las cuestiones, no menos fundamentales para el saber personal, sobre la verdad del conocimiento dado por la fe.

Si no existe una verdad absoluta, entonces está justificado el comportamiento hoy mayormente individuado: la *indiferencia religiosa*.<sup>4</sup> Ésta es la verdadera plaga del occidente, e indica el preludeo más seguro para llegar al ateísmo. Empieza con el abandono de la práctica religiosa, porque se considera inútil o incomprensible, y continúa con los comportamientos éticos. Las causas de la indiferencia son múltiples; lo que se puede observar, desgraciadamente, es que cada vez con más frecuencia el hecho religioso pasa a ser un sucedáneo y la misma educación a la fe, momento absolutamente necesario para una elección auténtica y genuina, viene relegada entre las cosas menos importantes de la vida. Todo, de alguna forma, parece ser conocido y todo pasa a ser «obvio». Con frecuencia se esconden situaciones que manifiestan cómo el conocimiento de los contenidos de la fe se reduce al mínimo indispensable. La vida de muchos creyentes está separada de la fe: en el trabajo, en la sociedad, en la política y en el privado viven como si Dios no existiese; es decir, la fe permanece para ellos un hecho privado.

A esta situación hay que añadir otra dificultad que nace del cansancio hacia cualquier forma de reflexión que toque las cuestiones de fe. Una mentalidad pragmática ha ocupado el lugar de las grandes especulaciones de los años pasados. Parece que nos encontramos ante la imposibilidad de formular nuevas formas del saber, hasta el punto que el pensamiento especulativo va a la deriva con la formulación de un «pensamiento débil». El paso de esta dimensión cultural a las formas de com-

<sup>4</sup> Sobre algunas líneas generales del problema, cf. A. CHARRON, «Indiferencia: Causas de la indiferencia religiosa e intentos de solución» en *Diccionario de Teología Fundamental*, editado por R. LATOURELLE-R. FISICHELLA-S. PIE-NINOT, Madrid 1992, 710-720.

portamiento que se derivan de ella es obvio. El sujeto, dejando de lado toda forma de relación con su vida interior, con los problemas que están relacionados con ella, como son la propia identidad y la capacidad de vivir un proyecto, se pierde en la fragmentación de soluciones que lo accontentan por un instante dejando después el vacío fundamental en las cuestiones sobre el sentido de la propia existencia.<sup>5</sup>

Por último, también hay que considerar otra característica: la incapacidad de realizar opciones definitivas. Acontentándose con lo particular, que parece satisfacer sólo en un primer momento, se han creado formas culturales que, identificándose con lo momentáneo, esconden lo definitivo e lo indican como improductivo. La crisis del matrimonio y de la opción vocacional, en último término, tiene aquí su origen. La incapacidad de descubrir los fundamentos reales de la fe y la imposibilidad de colocarse en un seguimiento total, han cedido el paso a una vuelta a formas de magia que se esconden bajo el nombre de religiosidad. Nunca como ahora, en un tiempo tan determinado por la técnica, las generaciones se han alimentado de todo tipo de horóscopos, de magias y de formas sectarias y reductivas de religión.

Este panorama no quiere quitar nada a las formas reales de compromiso concreto y de concienciación que se pueden ver por todas partes; sólo quiere mostrar que el joven de hoy vive una situación contradictoria, independientemente del hecho de que ésta dependa de él o no. El contexto cultural que se vive es lo que impide tener una clara recepción de la enseñanza de la teología de la fe, porque falta un substrato cultural que tendría que permitir una comunicación coherente de los datos y su adquisición.

## 2. PARA CONSTRUIR EL EDIFICIO DE LA FE

Una vez verificadas las dificultades que impiden recibir con plenitud los contenidos de la fe, es necesario hacer una breve síntesis de los elemen-

<sup>5</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio*, 6.

tos constitutivos de la fe. «La fe es fundamento de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven» (*Hb* 11, 1). Esta definición que ofrece el autor de la *Carta a los Hebreos* aparece como la síntesis más coherente y significativa de la fe. Con máxima brevedad se presenta la esencia de los que constituye el creer cristiano. Cada palabra de este versículo está cargada de sentido y, en sí misma, podría ser objeto de largos tratados. En primer lugar se dice que la fe es fundamento. Esto indica el origen y la constitución que está a la base de toda experiencia. Sin un fundamento, la existencia no tendría ningún referente y no podría crecer ni constituirse como identidad personal. El autor de la *Carta* añade a continuación «de lo que se espera». El objeto de la esperanza cristiana es la certeza de la *salvación* ofrecida por Jesucristo. La relación fe-esperanza ayuda a verificar el movimiento dinámico del creer; esto no se refiere sólo al presente, sino que orienta todo hacia la plenitud del movimiento último y definitivo del encuentro con el Señor glorioso. También se dice que es «prueba» de lo que no se ve, para indicar el hecho de que la fe tiene en sí misma signos que garantizan la realización de la promesa.

A partir de esta expresión introductiva, el capítulo 11 de la *Carta a los Hebreos* evoca una larga serie de hombres y mujeres que con su vida han dado testimonio de la fe, hasta llegar a Jesucristo «el que inicia y consume la fe» (*Hb* 12, 2); en esta fila del pueblo creyente estamos también nosotros, que desde hace dos mil años confesamos en el mundo la fe en la resurrección. Es decir, la fe reúne a las generaciones de personas que en todo lugar y tiempo, en los distintos estados de vida, proclaman que su existencia se funda en la Palabra del Maestro de Nazaret.

¿Se puede describir la naturaleza de la fe? La categoría por antonomasia que la Escritura nos pone delante es la de *obediencia*. La expresión más significativa se encuentra en el texto del apóstol Pablo: «Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? Como dice la Escritura: ¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien! Pero no todos obedecieron a la Buena

Nueva. Porque Isaías dice: ¡Señor!, ¿quién ha creído a nuestra predicación? Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo» (Rm 10, 14-17). El apóstol en este texto juega con el doble sentido del término *shema* que al griego se traduce con «escuchar» y con «obedecer»; pero el sentido de su pensamiento se expresa en totalidad teniendo en cuenta la relación que se establece entre los dos significados: la fe consiste en *escuchar* la palabra de la predicación y, a partir de la escucha, llegar a la *obediencia* a Dios; o bien al contrario, la obediencia a Dios conduce a la escucha de su palabra.

La riqueza escondida en el acto de fe se percibe fácilmente a partir del valor semántico expresado en la Escritura. El hebreo, de hecho, posee un abanico de términos con los que describir el creer. La expresión más coherente hace referencia a la raíz '*aman* que indica «permanecer firme», «estable», «seguro», a partir de este centro se pueden encontrar otros vocablos que integran y explican la misma realidad, como por ejemplo «refugiarse», «confiar», «encontrar reparo», que sobre todo en los salmos indican la actitud del hombre piadoso y religioso; a estos hay que añadir el sentido de «esperar» y «confiar» que no son menos importantes. Los matices que estos términos expresan, se confirman en la actitud concreta del hombre bíblico que, poco a poco, se transforma en la del «temor» o de la «maravilla», en el «abandono confiado» o en la «veneración». Si en el uso común «creer» equivale a apoyarse en alguien que ofrece garantías (Gn 45, 26), cuando se refiere a Yahweh expresa el acto de abandono total y confiado en él, porque se descubre que es un Dios fiel, pero celoso.

En la tradición bíblica el ejemplo clásico de la fe será el comportamiento de *Abraham*, donde confluyen las notas peculiares de la fe bíblica. En Gn 15, 1-21 – sobre todo en la interpretación que ofrece Pablo en Rm 4, 18-25 – se encuentran condensadas las tres características que forman la comprensión de la fe en el Antiguo Testamento: la *confianza* llena y total en las promesas que Jahweh cumple, la *obediencia* de Abraham a la palabra y al mandato recibido, el *conocimiento* de Dios en los aconte-

cimientos de su vida. Por tanto, Abraham cree en Dios que le promete una descendencia, a pesar de la edad avanzada de Sara; creyendo confía en él y se abandona a su palabra, pero al mismo tiempo tiene la certeza de que la promesa que le ha sido hecha se realizará.

Creer, en el Antiguo Testamento, es un acto con el que se conoce a Dios en su acción histórica concreta; de esta forma se reconoce la verdad de su palabra y de su promesa abandonándose a él con una obediencia indestructible, sabiendo que el Dios de Israel es un Dios fiel en el tiempo. Por lo tanto, creer no es un acto aislado del resto de la vida ni relegado a una teoría de la existencia, al contrario, constituye una actitud fundamental de confianza y certeza que compromete toda la existencia de quien lo realiza. La expresión culminante de este comportamiento se encuentra en un texto muy controvertido desde un punto de vista exegético, el de *Is* 7, 9: «Si no os afirmáis en mí no seréis firmes». El profeta, con dos palabras, indica la esencia de la fe: estar «firmes» en el Señor de una forma total. No es una casualidad que la versión griega de los LXX<sup>6</sup> traduzca este paso así: «Si no creéis, no comprenderéis»; es decir, la vida no podrá tener sentido sin la fe.

El *Nuevo Testamento* profundiza ulteriormente los datos expresados hasta ahora y les da mayor concreción, dirigiendo la mirada hacia el acontecimiento de la Encarnación de la Palabra. Simplemente el número de veces que aparece «fe» o «creer» (unas 240 veces) indica el gran valor que tiene en la teología del Nuevo Testamento. La llamada a estar «preparados», a ser «pacientes», «vigilantes» en la fe y a tener esperanza, expresa la actitud religiosa unitaria que da a la vida su orientación decisiva. En la pluralidad de las fórmulas, que se encuentran en los distintos autores sacros, el acto de creer se expresa de forma privilegiada como un *acoger la predicación de Jesús de Nazaret*. Los distintos textos que se en-

<sup>6</sup> Versión griega del texto hebreo, hecha para las comunidades hebreas de la diáspora que no hablaban hebreo. Ya existía en el siglo III a.c. y es la versión usada y citada en el NT. También ha sido la biblia usada por los Padres de la Iglesia de lengua griega (N.d.t.).



cuentran, por ejemplo, en los Hechos de los Apóstoles (Hc 2, 14-36; 3, 12-26 4, 8-12; 5, 29-32; 8, 5-35; 9, 20-22; 10, 34-43; 13, 16-41; 17, 1-3; 18, 5...) que cuentan la predicación de Pedro, de Felipe y de Pablo, muestran con clarividencia que creer comporta un acto mediante el cual, después de haber escuchado la predicación del apóstol que anuncia el cumplimiento de la promesa, se acepta vivir en conformidad con ese mensaje.

Como se puede constatar después de este rápido recorrido, en la Escritura «creer» indica una actitud concreta; de hecho implica «reconocer», «acoger», «ver», «oír» y «escuchar». En una palabra, es una forma concreta de conocimiento que se relaciona con el misterio y lo asume por lo que es en sí mismo, se hace visible en un encuentro personal con el Señor en el que toda la persona está implicada: inteligencia, voluntad, comprensión de sí mismo y decisión.

### 3. UN FUTURO LLENO DE SENTIDO

¿Podemos intentar ahora presentar algunas perspectivas sobre las se puede trabajar para que la catequesis y la formación en general puedan recuperar la riqueza de la reflexión teológica? Existen algunas pistas sobre las que, a mi parecer, vale la pena detenerse.

1. La primera quiere recuperar *las razones para creer*. Sin esta dimensión se construirá sobre arena, porque se vendrá abajo toda forma de certeza sobre la opción hecha. Sobre todo en un contexto como el que apenas hemos descrito, es necesario que cada uno esté en condiciones de saber responder a la pregunta de «¿por qué creo?» sin dudas ni ambigüedades, sino con la certeza de haber hecho una opción que ha dado sentido a la existencia y sin la cual no se tendría ningún horizonte.

Por eso es necesario ir adelante para pensar de nuevo en los *motivos de credibilidad* de la fe cristiana. En este contexto, el problema del *sentido*, desde mi punto de vista, es el primero que hay que afrontar. Nuestro

contemporáneo, sea de donde sea, está en una búsqueda casi espasmódica para dar sentido a la existencia; difícilmente lo encuentra. Sucede que en esta búsqueda se encuentra con expresiones estéticas que le impresionan y lo preparan positivamente, pero la incapacidad de saber conjugar la belleza con la inteligencia de la explicación le impiden ir adelante en el camino, que se abandona en cuanto pasa el momento emotivo. El camino más fácil de seguir hoy parece ser el de entrar en movimientos exotéricos o el de caer en los brazos de nuevos magos poco escrupulosos, que lo único que saben es engañar sin poder ofrecer una respuesta llena de sentido. Es necesario reconocer, con sinceridad, que de esta situación también nosotros somos en parte responsables «por no haber manifestado el genuino rostro de Dios»,<sup>7</sup> desde el momento en el que el contemporáneo no logra percibir la novedad de sentido presente en el Evangelio y el ofrecimiento que le hace la Iglesia.

El sentido a las preguntas fundamentales que la vida plantea, no encuentra respuesta en la inmanencia de nuestra historia; ésta sólo se podrá alcanzar si se tiene el valor de dirigir la mirada más en profundidad y ver la presencia de Dios en nuestro tiempo. La fe cristiana, desde el momento en que ofrece su respuesta a la búsqueda de sentido, presenta la acción del Padre que sale al encuentro de cada uno. Uno de los párrafos más significativos de la *Carta apostólica* de Juan Pablo II lo expresa claramente: «En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo *busca*. La encarnación del Hijo de Dios testimonia que Dios *busca* al hombre... Si Dios va en *busca* del hombre... lo hace porque lo ama».<sup>8</sup>

Esta perspectiva favorece la comprensión de uno de los datos fundamentales para una teología de la fe: *el primado de la gracia*. La búsqueda de Dios del hombre está marcada, desde el principio, por su libertad y por su amor. Sin embargo ésa se encuentra con la posibilidad de rechazo por parte del hombre. No hay ninguna posibilidad de comprender de forma

<sup>7</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 36.

<sup>8</sup> *Ibidem*, 7.

adecuada la fe sin el reclamo a la acción primera de Dios con el hombre. El tema de la acción interna de la gracia aparece por primera vez en los profetas Jeremías y Ezequiel y encuentra un desarrollo más maduro en la teología paulina y joánica. La acción de la gracia en nosotros es lo que nos permite reconocer el don de un «corazón nuevo» o, usando la expresión de Jeremías, «un corazón capaz de conocer a Dios» y poder, de esta forma, volver a él (*Jer* 24, 7; *Ez* 16, 60; 37, 26). El mismo pensamiento se encuentra en los textos del Nuevo Testamento; para todos es paradigmática la expresión usada en la narración de la conversión de Lidia: «El Señor le abrió el corazón para que se adhirió a las palabras de Pablo» (*Hc* 16, 14). «Abrir el corazón» indica la iluminación del Espíritu que permite comprender, en un único acto, la revelación de Dios.

2. Una segunda pista que hay que seguir es la de descubrir de nuevo la *centralidad de Jesucristo*. Como ha escrito el Papa en la *Carta sobre la peregrinación a los santos lugares*, 29.6.1999): « ¡Vayamos tras las huellas de Cristo! ». La fe cristiana no se funda en una idea, sino en una persona. Esto es decisivo, porque significa la adhesión a un proyecto de vida que no se separa de él, sino que en él encuentra plena solución. Éste es el momento de la fe que sabe reconocer el corazón de su contenido. La fe que profesamos, de hecho, es *cristiana*. Este adjetivo la diferencia de las otras religiones y la coloca ante ellas con su pretensión de unicidad y de cumplimiento. La centralidad de la persona de Jesús emerge como la dimensión más cualificante de la fe, porque es creer que Jesucristo revela de forma definitiva al Padre y su misterio de vida trinitaria, fin último del camino de la fe y alabanza definitiva que se eleva desde la liturgia.

Las primeras confesiones de fe que encontramos en el Nuevo Testamento se resumen fácilmente en ésta: «Jesús es el Cristo»; indica que Jesús es el cumplimiento de las promesas antiguas; en él Dios mismo ha hablado. El mismo concepto viene expresado en la Constitución sobre la Revelación del Concilio Vaticano II: «Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la reve-

lación en Cristo... Jesucristo – ver al cual es ver al Padre –, con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación».<sup>9</sup>

En este mismo horizonte, hay que ver como la fe en Jesucristo lleva a comprender el enigma que cada uno de nosotros representa en el momento en que se hace las preguntas fundamentales de la existencia. Una relectura de la historia de la redacción del número 22 de la *Gaudium et spes* es interesante para ver el importante papel que jugó el mismo Juan Pablo II – entonces joven obispo auxiliar de Cracovia y nombrado arzobispo de la misma Iglesia poco antes de la comisión de Ariccia – poniendo en relación los dos contenidos. Si no queremos ir tan atrás en el tiempo, es suficiente darse cuenta de su visión del hombre que emerge en sus repetidas intervenciones y, sobre todo en sus encíclicas, para comprender que no hay ninguna posibilidad de extrañarse ante este proyecto inicial: «Sólo en el misterio del Verbo encarnado encuentra verdadera luz el misterio del hombre». A la luz de la encarnación del Verbo, la perspectiva de la antropología cristiana se abre a una comprensión total, porque Dios muestra que ha creado en el Hijo y que en él todo vuelve al proyecto originario de donde hemos nacido.

3. Una tercera pista que considero hoy más que nunca importante para responder al primado del subjetivismo es la recuperación de la conciencia de *eclesialidad*. Sin la Iglesia no existimos, porque no es posible pensar en un cristiano fuera del Cuerpo de Cristo; sería algo amorfo y sin vida. La supremacía del subjetivismo, del que ya hemos hablado, puede ser redimensionada en la medida en que se forme una cultura que sepa recuperar el sentido de pertenencia a la Iglesia.

<sup>9</sup> CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática sobre la divina revelación *Dei Verbum*, 2.4.

La comunidad cristiana no es un paliativo emotivo, sino una dimensión constitutiva de la fe. El acto de creer no se expresa sólo con un «yo creo», al mismo tiempo es un «nosotros creemos». Lo que se confiesa no es una propiedad privada, sino contenido de existencia de una comunidad. Junto a ella se hace la opción definitiva de adhesión a Cristo, porque en el bautismo se pasa a ser a pleno título sujeto eclesial. El Apóstol Pablo enseña con profunda eficacia esta verdad cuando escribe: «con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Gal 2, 19b-20*). La fe hace entrar en este horizonte de vida, el «yo» se convierte en un «nosotros» y ya no encuentra sentido y significado fuera de él. Para el creyente, llegar a ser «persona» se realiza cuando, con una opción de vida, entra en relación con Dios y se decide por él, acogiéndolo como fin último.<sup>10</sup>

De cualquier forma estas palabras son el eco de un mensaje todavía más lejano que Juan ha querido expresar subrayando constantemente el «nosotros eclesial» de la fe: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, – pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó – lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo» (*1 Jn 1, 1-4*).

PARA CONCLUIR: LA MEMORIA DE LA TRANSMISIÓN CONTRA EL OLVIDO

El sentido de pertenencia a la Iglesia conlleva la conciencia de que la fe vive por transmisión dentro de una tradición que resale a Cristo. A la luz

<sup>10</sup> Para una exposición más amplia del tema, cf. R. FISICHELLA, «Ecclesialità dell'atto di fede» en *Noi crediamo. Per una teologia dell'atto di fede*, editado por *Idem*, Roma 1993, 59-97.

de esto se comprende el motivo que se repite en varios Padres de la Iglesia cuando obligaban a los creyentes a aprender de memoria el símbolo de fe. Rufino cuenta que esta obligación derivaba directamente de los Apóstoles: «Los doce establecieron que estas normas no fuesen escritas sobre ningún papel, sino que fuesen retenidas en la memoria, para que sea verdad que nadie las recibe de un texto escrito».<sup>11</sup>

El significado, más allá de la narración, está claro: el contenido de la fe tiene que estar escrito en el corazón, además de en la mente de los cristianos; de esta forma, permanece como memoria perenne del ser que ha venido a la fe y como canto de alabanza al Padre por los beneficios de su gracia. Las palabras de S. Agustín son, en este contexto, más significativas que nunca: «Las palabras del símbolo no las tenéis que escribir bajo ningún motivo para aprenderlas de memoria, sino que os las tenéis que meter en la cabeza sólo escuchándolas; tampoco tenéis que escribirlas después de haberlas aprendido, pero siempre tendréis que conservarlas en la memoria y así traerlas a la mente».<sup>12</sup>

La fe, por tanto, procede de una transmisión perenne que viene escuchada, que no puede ni debe pararse nunca. Es una transmisión que se hace fuerte en la misionariedad de la Iglesia, destinada por el Señor a llevar el Evangelio a todo el mundo y a toda criatura (Mt 28, 19-20). La Iglesia nunca podrá cansarse de recorrer los caminos del mundo para compartir, con quien todavía no lo posee, este anuncio de verdad que lleva al hombre a su verdadera identidad personal. La fe no es un vago sentimiento que se encuentra en lo más profundo, ni un compromiso genérico que a veces se hace ver para sentirnos gratificados; al contrario, es la respuesta plena, total, sin reticencias, que se da a Cristo que nos llama a ser sus discípulos para ser perfectos. Por esta confesión de fe, los mártires han dado su testimonio indicándonos también a cada uno de nosotros el camino fundamental que cada verdadero discípulo tiene que recorrer.

<sup>11</sup> RUFINO, *Explicación del Credo*, 2.

<sup>12</sup> AGUSTÍN, *Discurso*, 212.

No encontramos mejor conclusión a nuestra reflexión que las palabras de san Ambrosio en su tratado sobre *Exposición del Símbolo*. Nos hacen comprender por qué también hoy el cristiano tiene que fundar su existencia sobre lo que es esencial, y no sobre lo que es efímero: «Este símbolo es un sello espiritual, es la meditación en nuestro corazón y es como su defensa siempre presente: sin duda es el tesoro que conservamos en nuestro corazón».<sup>13</sup>

El acto de fe que estamos llamados a hacer y con el que nos abandonamos en Dios totalmente, con un asentimiento que no admite dudas, siempre es una apuesta que pide valor ante el riesgo. Pascal lo recuerda con fuerza: «Sí, es necesario apostar; esto no es facultativo... ¿Os podrá suceder algo malo? Seréis fieles, honestos, humilde, agradecidos, buenos, amigos sinceros, verdaderos... Yo os digo que saldréis ganando en esta vida; y que, en cada paso que deis en este camino, veréis tanta certeza para ganar y tanta insignificancia en lo que arriesgáis que al final os daréis cuenta que habéis apostado por algo cierto, infinito, por lo que no habéis dado nada a cambio».<sup>14</sup> Nosotros, hoy, también tenemos que acoger este reto.

Es raro descubrir como las realidades más importantes de la vida se pueden encerrar en una sola palabra. Estamos acostumbrados a sufrir un continuo bombardeo de noticias, la multiplicación de las palabras parece la condición necesaria para hacernos entender. Sin embargo, lo esencial, se encuentra en una única palabra. Creer, amar, perdonar... permiten coger en un instante toda la vida y su significado.

«Creo, Señor» (*Jn* 9, 38). Esta sencilla expresión sintetiza toda la realidad de la fe cristiana. Significa en primer lugar *invocación*, lo que hace percibir el acto de abandono en Jesucristo; al mismo tiempo indica *amor* hacia él, *esperanza* que se nutre en su acción salvífica y *confianza* total en su palabra. «Creo, Señor» indica el fundamento sobre

<sup>13</sup> S. AMBROSIO, *Exposición del Símbolo*, 1.

<sup>14</sup> B. PASCAL, *Pensamientos*, 233.

el que se construye la existencia y la orientación que se le quiere dar. Todo se encierra en un «Amén», que en la raíz semántica expresa tanto el abandono de la fe cuanto la firmeza de la roca. También en este caso, una sola palabra condensa en sí misma todo el sentido de la realidad que expresa: construir la vida sobre la roca, de donde nadie ni nada podrá moverla. La parábola de Jesús cuando cuenta que «no se construye una casa sobre la arena, sino sobre la roca» (cf. *Mt* 7, 24-27) indica con exactitud la imagen de la fe; ésta se funda sobre la certeza del amor de Dios que no defrauda.



### 3. Una fe que incide en la vida

ERNESTO OLIVERO

*Fundador del Sermig (Servicio Misionero Juvenil) - Turín, Italia*

Para esta mañana había preparado una conferencia, pero no la leeré porque, participando con vosotros en la Eucaristía, una vez más he sentido que el momento más bonito es el del silencio. En el silencio no se puede mentir: por eso durante la Eucaristía me he acordado de algunos momentos que para mi han sido fundamentales.

Por ejemplo, una vez, en un país de Latinoamérica, un grupo de niños de la calle querían robarme. Y me dije: ¡si me dejo robar por los niños de la calle estoy perdido, ya no seré creíble! El Papa me había dicho que tenía que ser amigo fiel de todos los niños abandonados del mundo: ¿Cómo comportarme?

Ellos se habían dado cuenta de que yo tenía el dinero en el bolsillo de la derecha. Entonces, con un truco, me puse a correr, logré sacarme el dinero del bolsillo y me lo metí en un zapato. Cuando volví atrás me dijeron: «De acuerdo, ¡tú eres uno de los nuestros!». Y me han querido mucho. Habíamos dialogado.

Recuerdo otra vez a una niña que no hablaba con nadie porque no se fiaba de las personas. Sólo hablaba con los animales. Entonces le hablé de mi perro Tobías. Seguramente ella pensó: Si es amigo de un perro, se podrá hablar con él.

Si vosotros vinieseis al Arsenal de Turín<sup>1</sup> creo que, si tenéis un poco de corazón, no os resultará extraño que por ahí hayan pasado millones de personas; no os resultará extraño el que seamos el grupo más grande del

<sup>1</sup> Sede del Servicio Misionero de Jóvenes.

mundo que ha hecho 1400 proyectos de desarrollo sin una peseta de los «poderosos», gracias a más de cuatro millones de pobres, de jóvenes como vosotros; no os resultaría extraño que tengamos una grandísima academia musical; quizás os resulte extraño el ver que los pájaros y las palomas están entre nosotros, sin miedo. Quien encuentra a Jesús no puede provocar miedo, ni siquiera a los animales.

Por eso cuando, siempre en un país lejano, un niño no quería dejarse abrazar por nadie, entendí que tenía miedo de los hombres, de los varones, porque habían abusado de él muchas veces. ¿Sabéis cómo pude dialogar con él? Jugando a la pelota, «saltándole encima», como se hace jugando a la pelota. Y él entendió que esa piel era buena. Después pudimos dialogar.

Hace algunos años conocí a uno de los filósofos más importantes de la historia contemporánea, no creyente. ¿Cómo se puede dialogar con un no creyente? ¡Imposible!

Él me preguntó: ¿Qué has hecho para conocer a Jesús? ¿Hay algún escritor, autor, santo que te ha inspirado? Le contesté: «Nunca he leído nada sobre Jesús. Leo la Biblia cinco o seis veces al año – ésta es mi verdadera oración –, pero en la Biblia no se dice mucho de Jesús».

«¿Y qué has hecho para conocerlo?».

«En un momento de mi vida dije: Jesús, si existes, tómame. ¿Y sabes que desde aquel momento la palabra “odio” no ha entrado más en mi corazón? La palabra «racismo» ha desaparecido, y también ha desaparecido la palabra “enemigo”. ¿Sabes que en aquel momento descubrí que tengo 24 horas al día para vivirlas así? ¿Sabes que desde aquel momento mi dinero ya no ha sido mío? ¡Oh, este Jesús me ha complicado la vida!».

Y desde ese momento él empezó a mirarme de forma distinta. Tengo la sensación de que también a él Jesús le está complicando la vida. Porque todos los hombres son hijos de Dios.

Entonces, ¿cómo incide la fe en la vida de una persona?

Si me hubieseis encontrado cuando era pequeño seguramente me hubierais preguntado: «¿qué quieres ser de mayor?» Y yo hubiese contes-

tado: «Mira, en el colegio me han suspendido trece veces – de verdad, soy un fenómeno – por tanto nunca seré escritor; soy tímido – os lo aseguro –, nunca hablaré en público; tengo miedo de los aviones, por tanto nunca viajaré en avión; nunca iré al extranjero; a los pobres no me los quiero encontrar, porque soy tímido».

¿Qué ha pasado para que mi vida cambie tanto? Sólo desde el primero del año he cogido el avión más de ochenta y cinco veces... Creo que he dado miles de conferencias durante mis viajes por todo el mundo, y nunca he leído el texto que tenía preparado... ¿qué ha pasado?

Que Jesús te toma como eres y, si eres disponible, te hará como tú quieres ser.

Era tímido, por tanto nunca hubiera ido a hablar con los encarcelados, y todavía menos con las prostitutas. ¿Cómo he sido capaz de hacerlo? Al principio me dije: ayudaré a los pobres en sus casas, sin encontrarme con ellos; daré mi dinero a los misioneros y a las asociaciones, que ellos se las apañen; no quiero ver a los pobres, porque tengo miedo.

Y así empecé mi camino. ¿Cuándo se verificó el cambio? Fue en Turín, una vez que organizamos un encuentro y vinieron treinta mil personas que querían oírme... Bueno, hablé, no me silbaron, creo que logre decir algo. Pero cuando llegué a mi casa me dije a mí mismo que mi vida estaba cambiando y que, para no traicionar el don que Jesús me había dado, tenía que cambiar carácter, tenía que rodearme de jóvenes que me pudieran dominar, y tenía que rezar muchas horas al día. ¡Madre mía, estoy loco!, me decía... No sé si después lo he hecho, pero creo que sí.

Cuando alguien recibe un don, o se le sube a la cabeza o se asusta y se dirige a Jesús.

Yo soy fundador de una Comunidad que ha logrado hacer muchas cosas. ¿Habéis oído alguna vez a un fundador que en plena vida le diga a sus jóvenes: «Imaginad que me he muerto, sed responsables»? Una joven de mi Fraternidad es como Madre Teresa de Calcuta. Un joven que era de uno de los grupo más extremista de Italia ha llegado a ser un grandísimo

biblista. Porque cuando hay fe en el corazón, se contagia. Pero para que la fe pueda contagiarse, pobre de ti si dices «soy un hombre de fe».

Yo soy un hombre de miedo. Soy una persona tímida, soy un hombre que no sabe que decir. Por eso esta noche no he dormido mucho – como otras tantas noches – y continuamente preguntaba: «Señor, ¿qué les diré a esos amigos que tú me harás encontrar mañana?». Y él esta mañana me ha dicho: «No leas lo que has preparado».

La fe, cuando existe, se manifiesta en las obras. En un diálogo muy profundo con ese amigo mío no creyente, él me decía: «Si tú tienes fe y yo no, no podemos dialogar». Yo le dije: «Quizás la fe es un don, quizás. Pero la buena fe es un a opción de todos los hombres, de los creyentes y de los no creyentes o que piensan que no creen. Recuerda que Jesús, al final de su vida, no te juzgará por la fe, porque si no estarías condenado al infierno. Te juzgará como dice Mateo: al final de la vida seremos juzgados por las veces que hemos dado de comer a los hambrientos – y esto lo pueden hacer todos –, por las veces que hemos dado hospitalidad a los extranjeros».

Nosotros, los del Sermig, seguramente hemos hecho uno de los centros de acogida nocturna más grandes para extranjeros, emigrantes, pobre gente: pero ¿cómo es que se nos ha ocurrido hacer esta obra?

Estábamos celebrando un gran encuentro sobre la paz, en unidad con el Santo Padre, pero habíamos tenido la mala suerte de escribir un cartel con estas palabras: «Señor, si quieres, envíame...». ¡Quién nos mandaría hacerlo! Un emigrante se levanto y, sin venir a cuento, me miró a los ojos y me dijo: «Tú, esta noche, ¿dónde vas a dormir?». Yo me dije a mí mismo: «¿Quién es este que molesta?». Después me dijo: «¿Sabes que yo no sé dónde ir? ¿Sabes que en Turín muchas personas no tienen un lugar para dormir?».

Yo le podía haber contestado: Amigo, no puedo hacer todas las cosas que se me ponen por delante; ya trabajamos para los encarcelados, para los alcohólicos, para los enfermos de SIDA; trabajamos especialmente para que los jóvenes tengan ganas de conquistar el mundo, de lle-

gar a ser santos, de convertirse en hombres de ciencia, de llegar a ser grandes músicos; no podemos hacer todo.

Pero en lugar de eso me callé. No le contesté. Pero esa noche me fui a dormir por las calles de Turín. Es terrible dormir por las calles de Turín, o de Calcuta, o de San Paolo en Brasil, o de Roma. No se puede dormir, porque se siente miedo. Dormí por las calles durante muchos días. Así entendí lo que eso significa. Y a continuación empezamos la acogida: no teníamos sitio, y ahora sólo en Turín cada noche 220 personas, hombres y mujeres, duermen en paz, bajo techo.

El bien se puede hacer sólo si la fe ocupa el primer lugar. Nunca me definiré como «hombre de fe». Creo que he rezado miles y miles de horas, pero cada día tengo que leer de nuevo 20 o 30 páginas de la Biblia, tengo que dedicar algunas horas a rezar. Porque cuánto mayor es el compromiso, más se debe orar: si hay oración, la fe te lleva donde el Señor quiere. El Señor no tendrá en cuenta que seas tímido, que seas débil, que seas pecador, al contrario: si le doy mi corazón al Señor, él cada día puede hacer maravillas.

Después, ese grupo de jóvenes que eramos, hemos podido dar de comer de verdad a millones de personas. En la última parte del siglo pasado ha habido muchas guerras cruentas en muchos países, desde el Líbano hasta Iraq: nosotros siempre hemos estado entre su gente, sin dudar.

Cuando en Polonia parecía que todo terminaba, fui a ver al Santo Padre y le dije: «Santidad, ¿a usted le gustaría que fuese a encontrar a Walesa, a llevarle ayudas?». Él me dijo: «¡Es imposible!». «No, dígame sólo si usted lo desea». Porque a veces la amistad, el hecho de querer a una persona, venerarla, respetarla, refuerza nuestra fe. Él me dijo que sí. Fui al Cardenal Balestrero, nuestro arzobispo de Turín, y él me indicó un camino. Yo casi no sabía polaco, pero fui a Polonia con un gran Tir cargado de ayudas. Encontré a un sacerdote santo que me acompañó a través de aventuras increíbles, y fui a ver a Walesa, a llevarle los saludos del Santo Padre y a entregarle una gran cantidad de ayudas.

Veis, a veces la fe puede ser reforzada cuando encuentras a un amigo y, para no traicionarlo, superas todo temor. Nosotros habíamos hecho una opción: nunca traicionaremos a los jóvenes. Para tener su amistad dejaremos que nos destrocen, pero nunca los traicionaremos.

De esta forma la fe continuamente se renueva, se deja interpelar por los signos de los tiempos. Pero la clave de todo es la oración.

## 4. La santidad: llamada y respuesta \*

P. JESÚS CASTELLANO CERVERA, OCD  
*Rector del Instituto Pontificio Teresianum, Roma*

Queridísimos jóvenes: Después de haber escuchado el testimonio de Ernesto Olivero, vemos que es verdad que la santidad corre por los caminos de este mundo, que la santidad se hace vida, experiencia, comunión, ayuda, y que es evidente que el Espíritu Santo nos regala con abundancia en estos tiempos personas como Ernesto y sus jóvenes y su gente que nos hacen percibir claramente cómo de veras el Espíritu Santo está renovando la Iglesia para el tercer milenio.

Os propongo que lancemos tres miradas sobre Jesús, que es el santo, el maestro, el modelo, y no sólo el modelo, sino el que nos hace santos. Y quisiera que estas miradas fuesen como una respuesta de Jesús a vosotros, para que vosotros podáis responderle. ¿Cómo es o cómo tiene que ser la santidad en este tercer milenio que vamos a empezar? ¿Qué es lo que yo puedo deciros, a todos vosotros, jóvenes de todo el mundo? No quisiera deciros mi palabra. Quisiera presentaros el rostro mismo de Jesús. Que lo podáis contemplar así como lo tenemos en el icono de La Virgen de Vladimir, como un niño en brazos de su madre, pero que ya es santo. Él es la fuente de toda santidad. Estas tres miradas pertenecen un poco al hoy de la Iglesia, al jubileo que estamos celebrando, a las palabras que tantas veces nos ha dicho el Santo Padre.

### LA SANTIDAD DE LA ENCARNACIÓN

Primera mirada: «El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros [...] lleno de gracia y de verdad». Esto no es sólo un *kerigma*, un anuncio.

\* Texto transcrito de una grabación.

Esto es una certeza, una experiencia de santidad. Quieren decir estas palabras que la santidad se ha hecho carne. Para los hebreos la santidad estaba lejos, en el cielo. Isaías quedó como trasfigurado ante el Dios tres veces santo: «santo, santo, santo». Pero con la encarnación, el Verbo hecho carne, la santidad se ha hecho nuestra, cercana. Se ha hecho carnal, sensible, experimental, de nuestra tierra, de nuestra carne, porque el Verbo se ha revestido de nuestra carne para hacerla santa, y para que nosotros con nuestra carne, que es también nuestra cultura, nuestros sentimientos, nuestro corazón, quedemos revestidos de la santidad de Dios. Nadie queda excluido de la santidad. Tendremos santos indígenas, como nuestro hermano ecuatoriano que nos habló ayer. Espero que en el tercer milenio tendremos muchos santos jóvenes de todas las culturas y de todas las naciones. Porque Cristo nos dice hoy que la santidad es revestir nuestra experiencia de la palabra del Evangelio y de los sentimientos de Jesús.

«El Verbo se hizo carne y puso su morada entre nosotros». ¡Qué hermoso poder decir, como decís algunos de vosotros, que, desde hace dos mil años, Jesucristo es compañía del hombre y compañero del hombre! Santa Teresa de Jesús decía que Jesús en la eucaristía es compañero nuestro en el Santísimo Sacramento. Antes de que los comunistas dijeran eso de compañero ya Jesús era nuestro compañero. ¡Qué hermoso poder decir: Jesús, compañero nuestro! Desde hace dos mil años, no vivimos, como diría el escritor colombiano, «cien años de soledad», sino dos mil años de compañía. Se ve como realmente esta compañía de Cristo en medio de nosotros ha hecho florecer la santidad en los veinte siglos de la vida de la Iglesia hasta este momento. Esto quiere decir que no podemos ser santos si no somos compañeros en la santidad; si no nos damos la mano, si no caminamos juntos, si no nos miramos a los ojos, si no nos animamos mutuamente, porque hoy la santidad ya no puede ser la santidad de uno solo. Tiene que ser una santidad de pueblo, de grupo, de gente, de movimientos. Necesitamos estar juntos los unos a los otros para animarnos y estimularnos en este camino a la santidad. Por eso Jesús vino a habitar en medio de nosotros. Se hizo peregrino, plantó su tienda y nos



acompañó durante los años de su existencia, y no nos ha dejado solos, porque Cristo está todavía en medio de nosotros para animarnos a seguir sus huellas y que seamos santos como él es santo. Y de hecho, podemos decir con las palabras de Juan, que está y sigue estando en medio de nosotros lleno de verdad, de gracia y de santidad. Jesús ha irradiado la santidad. La ha hecho cercana. La ha vestido de todos los colores de la piel de este mundo. La ha hecho bella en todas las vocaciones, santos mártires, santos que han hecho la teología, santos sencillos, santos labradores, santos de todas las épocas de todos los tiempos. Es la compañía de Cristo lleno de gracia y de verdad que nos acerca a esta santidad. Si Cristo empastó y amasó su divinidad con nuestra humanidad, ahora Él empasta y amasa nuestra humanidad con su divinidad, con el evangelio, con la vida y con la eucaristía.

Una primera mirada que nos dice que la santidad es posible, porque es una santidad en la carne, en la vida, porque es la santidad de la compañía de Cristo con nosotros, y porque Él está ahí irradiando gracia y verdad para todos. Nadie queda excluido.

#### LA SANTIDAD DEL CRISTO JUBILAR

La segunda mirada para mí es muy importante. Estamos celebrando un jubileo. Y celebramos este jubileo recordando los jubileos del Antiguo Testamento que se celebraban cada cincuenta años. Era un momento comunitario extraordinario de santidad comunitaria y social, donde hasta la tierra participaba del descanso y de la santidad de Dios. Pero Dios no podía esperar cada cincuenta años a que la gente se decidiera a ser santa. Entonces nos envió a Jesús, y Jesús vino a hacer el jubileo cotidiano, a hacer una santidad total, a vivir, día tras día, esa santidad que de una manera especial se vivía cada cincuenta años. Si tuviéramos que vivir los años santos cada cincuenta años, algunos nos pasaríamos la vida en el pecado, y estaríamos esperando a que llegara el año santo para santificarnos. Jesús dijo que esto no podía ser así, y empezó a hacer de su vida un

jubileo, desde que nació, desde que estaba en el vientre de su madre. Y cuando empezó a predicar esto, y es muy importante, Jesús vino a anunciar el jubileo definitivo y cotidiano. Lo hizo en la sinagoga de Nazaret, su tierra. Y lo hizo con esas palabras que se leyeron delante de la puerta santa de San Pedro cuando el Santo Padre la abrió en este año jubilar del año 2000. A mí me gusta mucho presentar ante los ojos de los cristianos lo que yo llamo el Cristo jubilar. El Cristo del jubileo. Es el Cristo que dice *«El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor»* (Lc 4, 18-19).

Me gusta ver la vida de Jesús como esta santidad jubilar. En todo lo que él es, en todo lo que él hace, en todo lo que él dice. ¿Habéis pensado alguna vez en esta hermosura del Cristo jubilar, del Cristo que hace jubileo cada día, porque cada día vive la plenitud de la vida de hijo de Dios? Y da todo lo que tiene sin reservarse nada. Es un hombre libre, es un hombre que da todo, y que pasa por el mundo llenando de sus dones a todos. Hace comunión total de todos sus bienes. Nos da su Padre, nos da su Espíritu, nos da su Madre, nos da su evangelio. Y es que este Cristo jubilar es quien nos da la remisión de los pecados. Y nos envía el Espíritu Santo, y nos hace felices, y proclama bienaventuranzas, y da a todos el sentido de la alegría. Jesús ha venido a inaugurar el jubileo definitivo y cotidiano y ha llevado este don de sí hasta la cruz. Se nos ha dado totalmente para llenaros de todo, y no se ha quedado nada. Nos ha dado todo. Este es el Cristo jubilar, alegre, libre, que nos hace regalo de todo su ser y de toda su vida y que va llamando a su alrededor discípulos para que le sigan, para que vivan como él. Y lo siguen, y el grupito de los apóstoles es un grupo que vive el jubileo cotidiano con Jesús y como Jesús, no cada cincuenta años. No se puede esperar tanto. Nos hacemos viejos. Y gastaríamos nuestra juventud sin vivir cada día como Jesús.

Lo entendió muy bien la comunidad de Jerusalén cuando, al día siguiente del Pentecostés, cuando ya llevaban en el corazón el Espíritu

Santo, empezó a vivir según el estilo de Jesús, viviendo el evangelio del amor, dando todo, comunicando todo. Y nos dicen los Hechos de los Apóstoles que entre los discípulos de Jesús no había ningún pobre. Como Ernesto nos ha dicho, que no hay pobres allí donde todo se comparte. No hay extranjeros allí donde todos somos amigos. No hay pecadores y santos allí donde todos nos sentimos de Jesús. Y esto es lo que aprendió la comunidad de Jerusalén a hacer cada día.

Nosotros que nos hemos reunido para celebrar el año santo, este cumpleaños de Jesús, tendríamos que salir con esta idea firme: Jesús, su vida jubilar, la alegría, la libertad, el don de sí, es lo que nos enseña a vivir cada día, santidad de lo cotidiano, santidad compartida. Y por eso, para que cada uno no vaya dando largas y diciendo: seré santo dentro de siete días, o cada mes, o los primeros viernes del mes. No, necesitamos estar juntos y decirnos cada día: hoy. En este final de los tiempos, decía Ernesto, en esta tarde de la vida, decía San Juan de la Cruz, seremos examinados en el amor, pero no es la tarde final, es el hoy, es cada tarde, es cada día. Y por eso necesitamos ayudarnos los unos a los otros para vivir la vida jubilar de Jesús que es vida de santidad.

#### LA SANTIDAD COMO VIDA TRINITARIA

Una tercera mirada, breve, pero importante. El papa Juan Pablo II nos ha ayudado en estos últimos años a empaparnos de la vida trinitaria: de Cristo, del Espíritu, del Padre. Ha sido un gozo para toda la Iglesia descubrir el misterio original de nuestra fe y vivirlo. Sentir que tenemos un Padre, sentir que el Espíritu Santo está presente. Recordáis Pentecostés del 98, la Plaza de San Pedro, el Espíritu Santo que llena de fervor toda la Iglesia. El Espíritu Santo que rejuvenece a la Iglesia, dijeron proféticamente los Padres del Concilio Vaticano II.

Yo pienso, y lo digo así de corazón, que quizá el segundo milenio ha sido un milenio en el que ha prevalecido el «Dios uno», pero tan *uno* que nos hemos olvidado que Dios es amor, es comunión; que es una lla-

ma viva y ardiente; que es Padre, Hijo y Espíritu Santo en comunión. A mucha gente esto del «Dios uno» le ha venido muy bien. ¡Cuántos absolutismos, cuántas dictaduras, cuántos autoritarismos se han plasmado en una idea de un Dios altísimo y lejano! Y estos señores de este mundo se han divinizado en su propio humanismo absoluto.

El Dios del siglo venidero no será el Dios uno. Será el Dios trino, el Dios del amor, el Padre débil en su amor con sus hijos porque nos va a perdonar a todos. El hijo débil en su encarnación y en la muerte de la cruz que nos ayuda a no despreciar a nadie, sino a amar a todos. Porque, si el Concilio Vaticano II dijo que Cristo, el Verbo de Dios, con su encarnación se había unido a cada hombre y cada mujer, con todo persona humana, tenemos que añadir ahora que el Cristo que murió en la cruz se ha unido con cada persona humana en sus límites, en el pobre, en el desgraciado, en el emigrante, en la prostituta, en el homosexual, en todos, para que nadie quede sin esperanza, para que todos puedan encontrarse en Cristo. Ésta es la debilidad y ésta es la santidad del hijo de Dios.

El santo por excelencia es Cristo en la Cruz: que asume todos nuestros límites, que se vacía totalmente de sí para llenarnos de santidad. En Él empezamos a ver cómo será la santidad de los jóvenes de este mundo que se hacen amor, acogida, compañía, comunión, sin despreciar a nadie, acogiendo a todos.

Esta inmensa debilidad del Espíritu Santo está en nuestra libertad y la mueve. La solicita, pero no la suplente. Por eso la historia es lenta porque el Espíritu Santo está esperando nuestra libertad y nuestra respuesta. ¿Qué es lo que podemos dar a Dios que Dios no tiene? Nuestra libertad. Dios se ha hecho débil. Dios, que es omnipotente, no es del todo omnipotente con nosotros si no le hacemos omnipotente dándole nuestra libertad.

La santidad del siglo venidero será una santidad de la comunión trinitaria, de la ayuda que damos los unos a los otros, del diálogo entre las culturas, entre los jóvenes, del diálogo entre las religiones, del diálogo con todos los hombres de buena voluntad porque todos han nacido de este seno trinitario de amor y todos tienen que volver a esta trinidad.

Por eso, nosotros tenemos que cultivar una santidad de comunión, de pueblo, de ayuda. Una santidad donde todos quepan y nadie quede excluido. Una santidad del diálogo, de la compañía, una santidad de la simpatía. Una santidad donde la unidad de Dios está en la unidad de nuestra naturaleza humana. Aquí todos somos uno, y la trinidad de Dios nos habla de la diversidad. Que no se oponen, que no se eleva como un muro, sino que es la capacidad de acogernos los unos a los otros para enriquecernos con todas las riquezas que tienen los otros y que nosotros no tenemos.

Yo veo que la santidad del siglo venidero es la santidad trinitaria, de comunión, del amor, una santidad de jóvenes que participan, como en estas jornadas mundiales de la juventud, en esta especie de riqueza trinitaria de Dios en su unidad y en su trinidad. La unidad del amor, la variedad inmensa de lenguas, de cantos, de gestos, de rostros. ¡Qué hermosa es esta Iglesia santa que plasmada por el Dios trino será cada vez más una en el amor y cada vez más católica, más universal en la belleza de todas las culturas! Ésta es la mirada sobre Jesús, una santidad trinitaria.

#### UNA RESPUESTA Y UN COMPROMISO

¿Y cuál es nuestra respuesta? brevemente. Jesús nos hace santos si dejamos que Él esté dentro de nosotros. Por usar una imagen plástica que se os puede quedar en la cabeza, Miguel Angel decía que el arte de hacer una escultura es liberar ese pedazo de mármol de todo lo que es superfluo. La santidad en nosotros es dejar que Jesús libere de nosotros todo lo que es superfluo. No seremos fotocopias. No hay clonación en la santidad. Seremos personas irrepetibles, y cada uno dará a Dios la gloria inmensa de su propia santidad, que es la santidad de Dios en nosotros. Por eso Jesús nos pide la mente para que pensemos como Él: evangelio puro. Creamos que el evangelio es la mejor filosofía, la más profunda psicología, la verdadera sociología.

Jesús nos pide el corazón, el centro de los afectos. Todo funciona o no funciona según como esté el corazón, y a quién pertenezca. Y Jesús nos pide la vida, y con la vida nos pide las obras, lo cotidiano, lo que podemos hacer. Tres centros vitales de nuestro ser que Jesús nos pide y tiene el derecho de pedirlos porque ha dado todo por nosotros.

Si queremos ser sabios, tenemos la sabiduría del evangelio. Si queremos ser personas maduras, afectivamente, amemos a Cristo y amemos todo lo que es de Cristo, y el corazón no se puede empequeñecer cuando hay tantos hermanos que podemos amar. Demos a Cristo nuestra vida y todo lo que hagamos, lo poquito y lo mucho, lo que estamos haciendo en la vida, el que es profesor, el que está estudiando, el que está trabajando, esa vida es la que Cristo nos pide. Te doy mi vida, dame tu vida. Es la respuesta que nos pide Jesús. Da tu vida para que Cristo viva en ti.

Entonces os diría, ¿por qué no hacemos un pacto entre todos nosotros? Si queremos ser los santos del siglo venidero, vivamos unidos en esa misma palabra que todos los días escuchamos en la Eucaristía. Revistámonos del evangelio de Jesús. Estemos unidos en ese mismo pan de vida que nutre toda la familia de los hijos de Dios, y es Cristo que nos hace uno y nos hace a cada uno expresión irreplicable de su santidad. Vivamos unidos en el amor los unos con los otros para que el mundo esté como emborrachado del testimonio de los hijos de Dios que se aman con un pacto de amor y de misericordia, los unos con los otros, en un mundo donde no existen las naciones porque existe sólo la familia de Dios.

Y oremos también intensamente los unos por los otros porque en la oración tenemos el mejor *internet* que hayan inventado los hombres. Nos comunicamos con todo el mundo y podemos ser realmente con este *internet* de la oración un cuerpo solo, una familia sola, los discípulos de Jesús y el esplendor de su santidad en la Iglesia de hoy.

## 5. La fe, don para compartir

TIMOTHY O'DONNELL

*Rector del Christendom College (U.S.A.)*

**H**oy tengo el gran honor de estar aquí, con vosotros, para compartir algunas reflexiones sobre la fe que nos une y, más exactamente para hablar de la evangelización en el nuevo milenio. Es muy importante para todos saber leer los signos de los tiempos. En 1930 T.S. Eliot, el gran poeta anglicano, escribió en su obra «Thoughts after Lambeth»:

El mundo está intentando formar una mentalidad civil, pero no cristiana. El experimento no saldrá bien, pero tenemos que esperar el resultado con mucha paciencia y, mientras tanto, redimir nuestro tiempo, para que la fe se pueda mantener viva durante los años de oscuridad que nos esperan, para renovar y reconstruir la civilización y para salvar al mundo del suicidio.

Como sabemos, Dios ha creado cada cosa con sabiduría y amor. El mundo creado por Dios «estaba muy bien», como dice el libro del Génesis.

A través de los siglos las grandes obras del arte y de la arquitectura católica han tratado de captar y comunicar esta profunda verdad.

Basta pensar en el grandioso palacio y en la Iglesia de Felipe II en El Escorial (España), en la Basílica de San Pedro en Roma, en el Hagia Sophia de Estambul o en la catedral de Chartres en Francia. La catedral de Chartres comunica esta verdad no sólo con la piedra, sino con toda la magnificencia de las vidrieras por las que penetra la luz del cielo. Esta luz fue el primer don del acto creador de Dios, como se recuerda en el libro del Génesis. El rosetón sur de la catedral de Chartres, que representa a Cristo sentado en un trono de esmeralda en el centro, rodeado por ángeles, por los evangelistas y por los 24 ancianos, es una visión del orden

celeste que se refleja en el cosmos. Recuerdo que la primera vez que la vi me quede maravillado de su belleza. Debajo del rosetón, en las ventanas ojivales vemos a María que sostiene a Cristo y a los cuatro profetas mayores que llevan sobre sus espaldas a los cuatro evangelistas. ¡Con cuánta belleza estas vidrieras capturaron los sentimientos de S. Ireneo:

Porque gloria de Dios es el hombre dotado de Vida; y vida del hombre es la visión de Dios: si la revelación de Dios a través de la creación ya ha procurado la vida de todos los seres que habitan en la tierra, en una medida todavía mayor la manifestación del Padre a través del Verbo procurará la vida de aquellos que ven a Dios (*Adversus Haereses* IV, 20, 7).

Durante la primera y la segunda guerra mundial, por motivos de seguridad, las vidrieras de Chartres fueron cuidadosamente quitadas y después de cada una de las guerras, con el mismo cuidado se volvieron a poner en su sitio.

Según nuestra fe, antes de la expulsión del Paraíso, Adán y Eva poseían la gloria deslumbrante de la imagen y la semejanza de Dios. El rabino Simon solía enseñar que antes de la expulsión, «los talones de Adán brillaban como el sol». El buen rabino después retaba a sus estudiantes a «imaginar como sería su rostro...», dado que él y su mujer estaban revestidos de gloria.

El pecado original fue horrible, como si una bomba hubiese caído sobre la catedral de Chartres rompiendo esas vidrieras maravillosas en millones de fragmentos. Adán cambió la luz radiosa de la gloria por hojas de higuera.

La fe nos enseña que vivimos en un mundo bueno, pero en pecado. Hemos perdido la gloria y la armonía de nuestra vida y nos hemos convertido en fragmentos de vidrio desparramados. Hemos perdido la integridad y aquel sentido de tranquilidad, paz y armonía que se tiene cuando cada cosa está en su sitio. Esto se debe al hecho de que, como nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica «el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios» (398). Los fragmentos



esparcidos de nuestras vidas desordenadas pueden causar heridas muy profundas si no se vuelven a colocar en su sitio con cuidado.

Muchas cosas buenas de la creación pueden sufrir las consecuencias de nuestro desorden. Por ejemplo, la tecnología puede producir un gran bien, puede facilitar la unión entre las personas, mejorar la calidad de vida, ayudar a la ciencia médica a progresar en las curas y a aliviar el dolor y el sufrimiento; pero también se puede usar para fabricar armas destructivas, para manipular al ser humano y para destruir vidas inocentes. Otro ejemplo es el amor sexual, que es bueno y puede ser santo; puede ser una gran bendición, expresión del dono de sí mismo en la unión del matrimonio que conduce a una fructuosa cooperación con Dios en el dar a luz nuevas vidas. ¡Qué alegría ver el fruto de esta unión encarnado en un hijo! Es triste que muchas parejas estén convencidas de que es mejor esperar para poder cimentar su unión de esta forma. También tenemos que recordar que la atracción sexual puede ser desordenada, una obsesión tiránica e irrefrenable, que desemboca en un comportamiento maniaco e incontrolado hasta llegar a la pornografía, que envenena toda relación humana y puede destruir la inocencia de los niños.

En Cristo tenemos a alguien que nos puede ayudar a poner de nuevo los fragmentos en su justo lugar. Cada ser humano está llamado personalmente al destino glorioso de llegar a ser hijo de Dios. Nuestra fe nos enseña que si seguimos este destino un día veremos al Señor así como es, en la gloria de una visión real.

En muchos aspectos el mundo moderno es como el joven del Evangelio, que quería seguir a Jesús pero que «se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (*Mc* 10, 17-22). Se fue entristecido porque en él la palabra de Cristo no tenía espacio para echar raíces. Más que ser dueño de sus posesiones, estaba poseído por ellas. El esfuerzo por construir una civilización sin Cristo ha llevado a la falta de finalidad, a la desesperación, al miedo de la separación familiar, a una sensación de laceración y de ruptura que trata – sobre todo en occidente – de esconder el miedo y el vacío con la droga, con el sexo, con el ruido, con la diversión

desenfrenada que busca no pensar o con el consumismo. Pero nosotros tenemos que recordar que, como fieles cristianos, tenemos a Cristo.

Un buen amigo una vez me contó lo que un rabino había dicho: «Cada estudiante tendría que recubrirse con el polvo de su maestro». Todos y cada uno de nosotros estamos llamados a tener el corazón de un discípulo y a llegar a ser «embajadores de Cristo» (cf. 2 Cor 5, 20). Todos nosotros tenemos que tener un corazón como el de Cristo, porque sólo nuestro Señor responde a los interrogantes más profundos del corazón humano.

La fe que nos ha sido donada es un don precioso, pero por desgracia normalmente no reflexionamos suficientemente sobre sus verdades fundamentales. La fe puede entenderse simplemente como «el consentimiento del intelecto a lo que Dios ha revelado». Como enseña Santo Tomás, la fe sobrenatural necesita de la gracia santificante, o actual, o de las dos, porque la inteligencia da su consentimiento con la ayuda de la voluntad, que exige la intervención de la gracia para que el individuo esté preparado para creer. Esta concepción escolástica de la fe nos muestra que nadamos en un mar de gracia, rodeados de los dones de Su amor.

¡Cómo es importante hoy, en esta época agnóstica y secularizada, manifestar explícitamente la fe! Cada uno de nosotros tendría que rezar de este modo todos los días: «Dios mío, creo en ti y en todo lo que tu Iglesia me enseña, porque tú lo has dicho, y tu Palabra es Verdad». Vosotros, como jóvenes católicos, tenéis que confesar ante el mundo vuestra fe en Jesucristo y en su cruz, que es nuestra *spes unica*, nuestra única esperanza. Mis queridos jóvenes, en este año jubilar, vosotros miráis en dos direcciones, como Giano «dos frentes» que vigilaba el antiguo Foro romano. Miráis hacia atrás, al siglo pasado, en el que habéis nacido, y miráis hacia el nuevo siglo.

Miramos hacia atrás, al siglo pasado, un siglo de guerras, calamidades y tumultos. G. K. Chesterton, el famoso autor inglés convertido, en su «Christendom en Dublin» escribió:

Lenin lo ha dicho de forma equivocada. En realidad el opio del pueblo es la falta de religión. Cada vez que un pueblo no cree en algo más allá del mundo, termina venerando al mundo. Pero sobre todo termina por venerar a quien es más fuerte que el mundo.

Por la misma naturaleza de los modernos sistemas de gobierno, así como por el funcionamiento práctico de casi todos los sistemas, lo que es más fuerte que el mundo es el Estado.

Mirando hacia atrás, al siglo pasado, podemos ver con gran claridad lo que el hombre puede llegar a hacer si trata de estructurar su vida sin Dios. Lo hemos visto alejarse de Aquel que es fuente de todo bien y, en muchos casos, endurecer su corazón como una piedra contra Él.

Es interesante notar cómo se dice que en nuestra época hay más ternura, más sensibilidad y más compasión que en el pasado. Ha tratado periódicamente de usar el sufrimiento en el mundo haciendo todo lo posible para desacreditar la bondad de Dios, y por tanto de negarlo o al menos de hacerlo irrelevante, escondiendo la verdad. Pero es su eterna bondad la que nos atrae hacia él. Con el engaño de nuestra gran ternura y compasión, hacemos lo que el célebre autor hace decir a su Ivan Karamazov: «No puedo creer en Dios mientras haya un niño que sufra». Este tipo de compasión está ciega ante la masacre oculta de cada criatura inocente en el seno materno, de los que se libran como simples «productos del placer».

Ahora estamos tratando de gobernar y de construir una nueva civilización (como observaba Eliot), basada sobre la vaga teoría de la ternura y de la compasión meramente humana, separada y no fundada en nuestro Señor y Salvador Jesucristo, fuente del único amor verdadero y de la única verdadera ternura. Nuestra ternura y compasión humana, hija del iluminismo, en este siglo ha terminado en el terror y en el desastre. Ha desembocado en Auschwitz, en Dachau, en los Gulag, en los campos de exterminio en Camboya o, a veces, en mi país, cuando un minúsculo miembro de un inocente se asoma en una bolsa de basura rota, en un verdedero del ayuntamiento. Este pequeño miembro revela a quien lo ve,

momentáneamente turbado, lo que de verdad significa el «derecho de elección de la mujer».

Como les digo a mis estudiantes del Christendom College, dad gracias a Dios cada día con humildad por la auténtica educación católica que estáis recibiendo, basada sobre la verdad de la fe y de la razón, y porque se os ha enseñado el orden justo de las cosas, tanto naturales como sobrenaturales, según la enseñanza católica. Como católicos, por encima de otra cosa, sabed cómo es importante creer en Dios, esperar en Dios, amarlo con todo el corazón y amarlo también en el prójimo. En el siglo pasado todos hemos visto los resultados de la sustitución de la fe en Dios con una vaga fe mundana en la humanidad, esperanza en la humanidad, y compasión por la humanidad. Lo hemos visto todos. Nuestra civilización le ha dado la espalda a Dios de muchas formas, renegando su ley. Una vez más se han demostrado verdaderas las palabras de Cristo: «separados de mí no podéis hacer nada» (*Jn 15, 5*).

Todos nosotros vivimos inmersos en este miasma de desconfianza y escepticismo, del que la Hna. Regina habló de forma tan conmovedora contando su experiencia en Francia. Y a pesar de esta dificultad, el mundo, aunque esté en tal decadencia, todavía tiene sed de verdad y de paz. Por eso ante todo tenemos que ser hombres y mujeres de oración, radicados y alimentados en Jesucristo. Tenemos que ser hombres y mujeres fuertes en la fe, porque ciertamente no puede haber paz exterior sin una auténtica paz interior. Y esta paz interior es imposible sin Cristo. Las primeras palabras de Cristo en su ministerio fueron: «¡Venid! ¡Venid y veréis... aprended de mí...». Las últimas fueron: «Id, id a todo el mundo». En otras palabras, primero tenemos que ser santos y estar radicados en él, sólo después podemos ir al mundo a llevar su Palabra de salvación.

Mirando hacia el futuro, no puedo pensar en un ejemplo mejor que el de alguien que nos ha bendecido de una forma especial, un hombre que ha vivido en primera persona en medio de los tumultos de este siglo infernal. Este hombre, cuando después la Providencia lo puso en la silla de Pedro hace veintidós años, grito al mundo asombrado sus primeras

palabras (las recuerdo bien porque yo estaba allí): « ¡No tengáis miedo! ¡No tengáis miedo! ».

Este siglo también ha sido de heroísmo y martirio, semilla de vida nueva para la Iglesia y para nuestra fe. En el fuego infernal de este siglo, en los misteriosos designios de la Providencia se ha formado a través de la experiencia del sufrimiento una comunidad de personas que aman a Dios y a su prójimo. Sólo el año pasado, cuando el Santo Padre volvió a su amado país, beatificó a 108 de sus connacionales martirizados durante el horror nazista. Estos mártires, con su heroico ejemplo de fidelidad a Cristo, han hecho de puente hacia un futuro lleno de fe. Uno de ellos era un sacerdote que no quiso renegar a Cristo; lo echaron en un pozo negro donde se ahogó, abandonado y olvidado de sus verdugos. Otro era un joven que no quería pisar un rosario: inmediatamente lo fusilaron y después lo dejaron allí olvidado. Pero la Iglesia no olvida a los suyos, los presenta al mundo y les rinde honor a ellos y a todos nosotros.

Cristo, nuestro adorable Salvador, nunca olvida a los suyos, obra de sus manos. ¿Y cómo podremos olvidar al gran héroe que hoy conmemoramos, San Maximiliano Kolbe? Como nos enseñan estos héroes, nuestra fe católica, nuestra fe en Jesucristo y en su Iglesia es una «perla de gran valor» (Mt 13, 46). Vuestra fe, sostenida por la gracia infalible de Dios, es sólida como la roca. En medio de tormentas y tempestades es «como segura y sólida ancla de nuestra alma, y que penetra hasta más allá del velo [del santuario]» (Hb 6, 19). Es un ancla que nos tiene firmemente unidos a nuestro Sumo Sacerdote «que está siempre vivo para interceder en su [nuestro] favor» (Hb 7, 25). Es una llama encendida de vida divina, una espada ardiente que puede iluminar a quien se ha perdido en la oscuridad y se encuentra en las tinieblas de la cultura de la muerte. Nuestra fe puede encender los espíritus tibios y puede dar vida a quien está muerto en el pecado. ¡Qué don divino! Hay que compartirlo en nuestras casas, en nuestros centros educativos, en nuestros lugares de trabajo, porque la fe, lo mismo que la bondad, se propaga. *Caritate Christi compulsi* – el amor de Cristo nos apremia.

Santo Tomás dice que la gracia se construye sobre la naturaleza humana. Espero y ruego que el espíritu exuberante de nuestros jóvenes pueda siempre sacar vitalidad de esta fuente divina. Permittedme recordar que en Cristo todos somos jóvenes y que mientras el mundo envejece la Iglesia siempre permanece joven. La razón por el que no tenéis que tener miedo pensando en el futuro es porque, con vuestra fe, habéis abierto de par en par vuestras puertas a Cristo que nos ha dicho: « ¡ánimo!: yo he vencido al mundo » (*Jn 16, 33*). Tenéis la fe que os da alegría, un gozo que nadie os puede quitar. Esta alegría es fruto de la fe y don del Espíritu Santo. Creo firmemente que el don de vuestra alegría, tan evidente en este encuentro, será muy atrayente para los hombres y mujeres del próximo siglo. Vuestra alegría llevará a vuestros amigos, a vuestros compañeros, tal vez a vuestro cónyuge y a vuestros hijos, al corazón de Dios hecho hombre, fuente de toda consolación.

Como dijo una vez el Cardenal Newman:

Al corazón no se llega por la razón, sino por la impresión directa... Ver la fe en los demás es casi como verla en uno mismo. La santidad personificada en alguien y no de forma abstracta convierte y mantiene al mundo unido a Cristo. Su fuerza es seguida sólo por la de la gracia de Dios.

Como católicos no nos podemos limitar a «hacer discursos», tenemos que «recorrer el camino». Como San Francisco les dijo una vez a sus compañeros: «anunciad el evangelio en todo momento. Si fuera necesario, usad también las palabras».

Santo Tomás dice que sólo hacemos bien lo que hacemos con alegría. Vuestra alegría sobrenatural, fruto de la fe, será evidente e imprescindible, sobre todo en los momentos de prueba. La alegría en medio del sufrimiento, que inevitablemente está presente en la vida de todos, especialmente en aquellos que buscan servir a Dios y al prójimo con alegría, será un auténtico testimonio. Una vez me contó un amigo de un matrimonio americano que con todo el corazón le había pedido a Dios que oyese su profundo deseo de tener un hijo. Después de un largo tiempo la

oración fue escuchada y tuvieron un hijo. Pero el niño era ciego, sordo y casi totalmente paralizado. Continuamente requería una gran atención. Mi amigo me dijo que se había encontrado con este matrimonio y su hijo en Lourdes. Después de saludarles, por motivos evidentes les preguntó: «¿Habéis venido a pedir el milagro de la curación?» La madre bajo la mirada, escondió ligeramente la cabeza y dijo: «No». Levantó la cabeza reflejando gozo y serenidad y dijo con una tierna sonrisa: «No. Hemos venido para dar gracias a Dios por el don y la gracia de nuestro hijo. Él nos ha ayudado a unirnos más entre nosotros y con Cristo». Veis, con la fe... la vida es bella, aún en medio de los sufrimientos.

La fe nos dice que la alegría cristiana es el resultado directo del amor divino. Santo Tomás enseña que la alegría es la condición y el resultado de nuestra amistad con Cristo. Con nuestra fe en Cristo, los fragmentos esparcidos de nuestra vida pueden recomponerse en la forma justa. Sólo Cristo revela el verdadero amor y la compasión que puede salvarnos a nosotros y a nuestro mundo sediento y perdido. A muchas personas en este mundo, en lugar de la verdad de Cristo, se les ofrecen las sobras para los cerdos, o piedras o escorpiones que el mundo proporciona como alimento para el alma.

Recordemos cómo el Sagrado Corazón de nuestro Señor sintió compasión ante los sufrimientos del mundo, de los enfermos, de los ciegos y endemoniados. Su corazón sentía piedad por el dolor del mundo y por la penosa separación de la muerte, que es parte de nuestras vidas y de la existencia humana. Deseaba profundamente secar las lágrimas de los ojos de cada uno. Tenía piedad por el hambre del mundo y deseaba ofrecerse a sí mismo como alimento para el mundo. Su gran corazón también sentía compasión por la soledad, el aislamiento y la alienación del mundo. También la vista de un leproso le llevaba a decir: «Quiero, queda limpio» (*Mt* 8, 3). Sentía compasión por la desorientación del mundo. Hoy, a pesar de la hostilidad y del secularismo, todavía hay sed de Dios y de su verdad salvífica. Sólo la plenitud de nuestra fe, y no las medias verdades o la mediocridad de un catolicismo «hecho a medida», puede aliviar

la sed y la soledad del mundo. Vosotros sabéis que todas las nociones del amor desde el punto de vista psicológico y filosófico confirman la verdad de nuestra fe y muestran que el amor busca constantemente la unión con el objeto amado. Cualquiera que sea el objeto de nuestro amor – un buen vaso de vino tinto, un gustoso plato de pasta o una *crêpe suzette* –, haremos lo posible por alcanzarlo. Para los irlandeses podría ser una cerveza Guinees con mucha espuma.

Lo mismo vale para el amor hacia las personas, para aquellos a quienes amamos. Por eso en momentos especiales del año, como Navidad o Pascua, las familias hacen todo lo posible para reunirse. Sabemos bien que si falta alguien a estas reuniones, ya no es lo mismo. Por eso cuando un chico y una chica se enamoran y se deslumbran por lo que Platón llamaba la «locura divina», pueden estar horas y horas hablando por teléfono; y cuando les preguntas, como les he preguntado a mis hijos, ¿de qué habláis tanto tiempo?, te miran con una sonrisa atónita y te dicen: «No lo sé, simplemente hablamos». Lo único que quieren en realidad es estar juntos, estar presentes, realmente presentes el uno para el otro.

Así es como nuestro Señor quiere estar, realmente presente en medio de su pueblo. Nuestro Señor quiere estar siempre con nosotros. ¡Qué don tan grande tenemos que compartir! Nuestro Dios se ha hecho una cosa sola con nosotros en una unión tan íntima que las dos naturalezas se han fundido en una Persona divina, unión que la Iglesia llama hipostática.

La segunda cosa que sabemos del amor, del verdadero amor en esta vida, es que habla el lenguaje del sufrimiento. El verdadero amor conlleva la capacidad de sufrir por el bien de la persona amada, de lo contrario el amor es falso, artificial. Los problemas del sufrimiento y del mal atormentaban al gran San Agustín, que escribía en sus *Confesiones*: «He buscado el origen del mal y no he encontrado la respuesta» (*Confesiones* 7, 7, 11, PL 32, 739). El gran doctor de la gracia finalmente encontró la respuesta a su tormento en nuestra religión, en la fe. De esta forma cuando el mundo nos pregunta, como sucede a menudo: ¿A Dios le importa



el dolor y el sufrimiento humano? ¿Lo sabe? ¿Sabe qué significa tener cáncer, tener un tumor en el cerebro o migrañas tan fuertes que el dolor no es soportable? ¿Sabe lo que significa estar sin agua y sufrir una sed de volverse loco? ¿Sabe lo que significa no tener nada que comer y sufrir el hambre durante una semana, durante 10, 20, 30 o 40 días? ¿Sabe lo que significa perder a uno de los padres, a un amigo, a una persona querida, con toda la agonía del dolor que traspasa el alma y que sólo se puede expresar con gemidos y suspiros del espíritu? ¿Sabe qué significa ser un refugiado, lejos de tu patria y en peligro de muerte? ¿Sabe qué significa ser prisionero y que te torturen cruelmente por mantenerte fiel a tu conciencia? ¿Sabe qué significa tener un dolor en la espalda tan intenso y lacerante que te provoca un infarto? ¿Sabe qué significa que un amigo te traicione y que te abandonen los que amas?

La certeza divina de nuestra fe nos dice que sí, nos lo asegura. Dios ha puesto a prueba su amor. ¿Qué tenemos que hacer? Nos lo ha dicho claramente: «como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros» (*Jn* 13, 34). Concluiré mis observaciones con una historia que le oí al arzobispo Fulton Sheen, sobre la primera vez que una joven salió para ir a un baile. Vivía en una casa más bien aislada, rodeada por un alto seto. Cuando volvió a casa, nada más atravesar la puerta del jardín la agredieron con brutalidad y la violaron. Algunas semanas más tarde descubrió que estaba embarazada. La joven le escribió al arzobispo contándole su sufrimiento, porque nadie la creía, menos su madre. En la escuela y en la iglesia oía a la gente que comentaba: «¡Que pena tener una hija así!». Le escribió al arzobispo preguntándole: «¿qué puedo hacer? No puedo más». El arzobispo le contestó: «Tú estas cargando con el sufrimiento a causa del pecado de un hombre. Piensa que sucedería si cargases con el pecado de 30, 40, 100 personas. Quizá empezarías a sudar sangre». La joven entendió lo que el arzobispo le quería decir, y le escribió de nuevo haciéndole una promesa: «Pediré por el hombre que me ha hecho esto todos los días, durante toda mi vida». Con la fe en Cristo todo es posible.

El amor del corazón de Cristo ha triunfado en esta joven y también puede triunfar en nosotros, si tenemos fe para dejárselo hacer. Si estamos dispuestos a abrir nuestros corazones a su corazón, «ardiente fuego de caridad», todo será posible. Espero y pido para que cada uno de vosotros, cuando termine este encuentro, pueda continuar a «no tener miedo» y a abrir de par en par las puertas de su corazón a Jesucristo nuestro Señor, que es el mismo ayer, hoy y siempre; para que podáis dar testimonio en el nuevo milenio de esa fe «entregada a los santos una vez por todas», irradiando siempre su gozo y su amor en este mundo en decadencia. Manteneos siempre fervientes en la fe y anunciad con valentía al mundo el amor de Cristo crucificado; y ciertos de su gracia, no tengáis miedo del mundo. Porque Cristo, nuestro Señor y nuestro Rey, es un noble guerrero, que lleva las heridas de la guerra en los pies, en las manos y en el costado; plantando la espada de la cruz en la tierra ha conquistado el mundo, la carne y al demonio, y ha obtenido la victoria. Cuando os llama a su lado, luchad junto a él y morid con él, para que podáis reinar con él: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

Mi amor y mi oración están con vosotros. Sea alabado Jesucristo ahora y siempre.

## 6. Los caminos que llevan a la fe

P. DOMINIQUE SENTUCQ

*Responsable del Servicio Nacional para el catecumenado, Francia*

No os expondré una teoría infalible o recetas definitivas sobre este tema, más bien me limitaré a dar algunas indicaciones a partir de mi experiencia del catecumenado de adultos y de aquellos que «empiezan de nuevo a creer», que en Francia llamamos «recommençants».

Mis observaciones y reflexiones se sitúan en un contexto esencialmente francés, pero estos mismos fenómenos también se encuentran, a distintos niveles, en los otros países europeos. Sería interesante hacer una comparación con otras regiones geográficas y culturales.

En Francia, desde hace algunos años se constata un aumento en el número de personas adultas que quieren ser cristianas y que, por tanto, piden el bautismo o uno de los sacramentos de la iniciación cristiana.

Durante la Pascua de este año fueron bautizados unos 25000 adultos de más de 18 años.

Otros diez mil están haciendo un camino de iniciación.

La mayor parte de estas personas no vienen de la tradición católica. Su camino no es una recuperación del bautismo, sino un descubrimiento libre y nuevo del mensaje cristiano, con un deseo real de comprenderlo y de llevarlo a la práctica.

Además se puede constatar que, después de un acontecimiento tan importante en su vida, también otros adultos, ya bautizados y con un pasado más o menos cristiano, pero que por distintos motivos se habían alejado, sienten un gran deseo de encontrar esa fe que han perdido o que no han hecho crecer, y piden una nueva iniciación cristiana. Estos son los que llamamos «recommençants».

Estas peticiones le plantean a la Iglesia retos interesantes, porque llevan a mirar la realidad con ojos nuevos, porque abren nuevas perspectivas y porque son signo de esperanza. Para hablar de los «camino que llevan a la fe» empezaré con la realidad de los catecúmenos, que es mi experiencia. Sobre los «recommençants» todavía no se ha hecho un análisis objetivo, pero de todas formas diré alguna cosa.

## I. LAS PREGUNTAS APREMIANTES

### 1. LOS CATECÚMENOS: PERSONAS QUE PIDEN HOY SER CRISTIANOS

#### *Un fenómeno general*

Es evidente que, a causa de la concentración urbana, los catecúmenos son proporcionalmente más numerosos en las ciudades, pero también se encuentran en las zonas rurales y en las regiones de antigua tradición cristiana. Hoy, en todas las diócesis francesas existe un servicio de catecumenado de adultos.

La experiencia nos hace ver que, allí donde existe un catecumenado visible y accesible, se reciben peticiones de bautismo. La primera acogida es decisiva, porque ya muestra el rostro de la Iglesia.

#### *Los jóvenes*

La mayoría de los catecúmenos son jóvenes. El 80% de los que reciben el bautismo tienen entre 18 y 40 años. Por tanto esta opción no se hace al final de la vida, sino en el período de la madurez.

Las dos terceras partes de los candidatos son mujeres, pero el porcentaje de los hombres tiende a aumentar.

## *Diversidad*

La diversidad hay que considerarla a distintos niveles:

- Origen geográfico: el 80% de los catecúmenos proceden de Francia metropolitana; el restante 20% son representantes de otros continentes, sobre todo de África y de Asia.

- Origen religioso: aunque las tres cuartas partes de los candidatos dicen que antes no pertenecían a ninguna religión, aumentan los catecúmenos que proceden del Budismo (3%), de las religiones tradicionales o del Islam (9%). Estos últimos son, sin duda, el fenómeno actualmente más señalado en todas las diócesis, las cuales piden información y formación con vistas a una preparación específica. Esto con la finalidad de evitar cualquier sensación de proselitismo.

También hay que mencionar a las personas impactadas (o tal vez desilusionadas) por experiencias anteriores: sectas, esoterismo, magia, nuevas corrientes religiosas, etc.

Hoy el catecumenado es uno de los lugares donde el diálogo interreligioso se vive como algo natural.

- Origen social y profesional: Esto es muy amplio. Va desde el profesor universitario hasta el analfabeto, desde el alto funcionario hasta el parado sin casa.

Entre todas hay que subrayar dos categorías:

- los estudiantes y los jóvenes profesionales, que se encuentran en una encrucijada en su existencia;

- las personas en situaciones difíciles a causa de su condición socio-económica (grupos menos privilegiados, parados, marginados, emigrantes, cuarto mundo, analfabetos, inmigrantes clandestinos) o bien a causa de su situación personal (personas que viajan, detenidos, discapacitados, individuos psicológicamente frágiles, personas solas).

Los catecúmenos reflejan la situación socio-económica de un momento determinado.

- Situaciones problemáticas en relación a las exigencias del Evangelio o a las normas de la Iglesia: La evolución de las formas de vida, las opciones personales y los imprevistos de la vida hacen que inevitablemente crezca el número de candidatos que se encuentran en condiciones de este tipo: situaciones matrimoniales, posiciones ideológicas, opciones económicas, etc.

## 2. LOS «RECOMMENÇANTS»: PERSONAS QUE QUIEREN DESCUBRIR DE NUEVO SU FE

Son jóvenes adultos, jóvenes profesionales, jóvenes padres, y también personas que se acaban de jubilar.

Muchos de ellos han sido heridos por la vida o por la Iglesia.

Se han dejado llevar por el conformismo general, pero han decidido ir al catecumenado o por propia iniciativa o porque alguien los ha invitado.

Su vida se caracteriza por un movimiento continuo, que favorece la indiferencia o, por el contrario, una búsqueda de raíces y de fundamentos.

Estas personas también se caracterizan por una gran pobreza espiritual.

Los «recommençants» buscan un interlocutor para poder ser escuchados o simplemente para hablar, para «vaciar el saco».

Si acuden a llamar a la puerta de la Iglesia es porque creen que ésta es portadora de un mensaje que han perdido de vista, que nunca han conocido o que ya no conocen. Confían en la Iglesia porque en este mundo en movimiento encarna la estabilidad y la perennidad.

Tiene necesidad de entender: y por eso buscan informaciones y explicaciones. No quieren volver a abrazar la fe de una forma vaga o superficial.

No se contentan con una adhesión sentimental que les parece peligrosa e insatisfactoria.

Pero más allá de esta necesidad de conocimiento, tienen expectativas que no llegan a expresar:

- la necesidad de conocerse a sí mismos
- la petición de aprender a orar, - el deseo de experiencias espirituales, - de adquirir una familiaridad con la biblia.
- El deseo de relaciones con los demás y de apertura: hacer algo por los demás
- deseo de celebraciones, de gestos, de signos, de experiencias que dejan huella
- búsqueda de indicaciones de cuestiones morales

## II. LOS RECORRIDOS

Estas peticiones encuentran una explicación en el hecho del contexto laico, de la secularización de nuestra sociedad. Además muchas personas han crecido en familias poco o nada practicantes, en las que se ha querido dejar a los hijos la libertad de opción.

Pero la disminución de los bautizos de neonatos no es suficiente para explicar todo.

### 1. LAS MOTIVACIONES

#### *Los catecúmenos*

Un encuentro, un acontecimiento o una búsqueda son siempre decisivos en la historia y en las decisiones de los catecúmenos

- un encuentro: un rostro, el testimonio de un cristiano, una discusión, una acogida, una mano extendida, un acto de generosidad hacia ellos, etc.

– un acontecimiento: un nacimiento, un amor, una muerte, una prueba de la vida, la visita a una iglesia o a un lugar de peregrinación, una experiencia espiritual, etc.

– una búsqueda: un interrogante apremiante, lecturas, intercambios frecuentes, búsqueda de sentido de la vida, etc.

Algunos catecúmenos nunca habían pensado lo más mínimo en la idea de Dios. Habiendo nacido y vivido en un ambiente no cristiano, dicen que al improviso han vivido una experiencia imprevisible y desconocida: «Me ha pasado algo», «he tenido una experiencia sorprendente». El cambio puede manifestarse o confirmarse como una nueva certeza, una inesperada clarificación en su vida, una perspectiva desconocida, una revelación interior. Es muy frecuente que les resulte imposible individuar el origen. Tienen dificultad para describir lo que les estaba pasando. Sus propósitos son inciertos. Frecuentemente se han sentido amados, apoyados, totalmente libres para acoger o sofocar esta «voz interior». Pueden seguir teniendo muchos interrogantes, dudas u objeciones, pero una luz imperceptible empieza a dar paz a su conciencia.

Otros, por el contrario, desde la infancia o desde hacia mucho tiempo, experimentaban el bienestar de amar a las personas y de respetarlas sin hacer diferencias. Como decía un policía catecúmeno, «ese bienestar de Cristo que incubaba en mí y que después ha salido a la luz». Estas personas se han sentido atraídas por Aquel que estaba en las iglesias, que unía a las personas de todas las edades dándoles la fuerza del amor, del servicio, del perdón, de la generosidad, de la gratuidad y del valor en la prueba. Y han deseado conocer el secreto de esas personas, presintiendo que aquel a quien llamaban Dios estaba allí por algún motivo. Participar en una misa o en una ceremonia religiosa hacia arder su corazón. Oír hablar de Jesús, de su mensaje, de su bondad o del valor en su pasión, todo esto respondía a una especie de presentimiento interior de que Dios quería su felicidad, y que daba felicidad a todos los que creían en él.



Para todos, un día, llegó el momento de decidir, de elegir a Dios, el Cristo.

Y llegó el momento de entender que la respuesta a sus preguntas no se encontraba sólo en el orden de los razonamientos, de las demostraciones y de las ideas, sino que era el descubrimiento y el encuentro con Alguien; y que podían aprender a conocer y reconocer a este Dios que ama y que llama.

Han tenido que aceptar el tener que hacer un camino con otros cristianos, y el tener en cuenta su comunidad y sus necesidades.

La diversidad de los catecúmenos demuestra que esta experiencia es posible para todos, de una forma imprevisible e inesperada. No depende de las capacidades intelectuales, de la sensibilidad estética o de un ambiente favorable. El Espíritu actúa donde y como quiere. Esto exige a nuestra Iglesia una mayor disponibilidad para la acogida y una escucha que no se deje llevar por una formulación a veces ambigua de las preguntas y de las motivaciones de aquellos que se presentan.

### *Los «recommençants»*

Estos han entrado en juego a causa de:

- una nueva situación: el inicio en la vida profesional, un cambio, la jubilación
- un acontecimiento: nacimiento de un hijo, una separación
- la petición de un sacramento
- la catequesis de los hijos
- una momento difícil en la vida: muerte, enfermedad, paro
- un encuentro, un testimonio impactante, la visita a una iglesia, el silencio de un monasterio, etc.
- la confrontación con otras religiones
- una experiencia espiritual deludente

Pero lo más frecuente es una reflexión sobre el sentido de la vida, el deseo de tomarse en serio las cosas, la sensibilidad al arte y a la belleza, los interrogantes de la ciencia. Todo lo que lleva a hacerse o a volverse a hacer las preguntas sobre el por qué de la existencia.

## 2. LO QUE SE REVELA

Estas peticiones de los catecúmenos nos hacen testigos del proceso de fe que se verifica en estas personas.

Pone en evidencia tres cosas:

- Creer es un acto libre

El acto de la fe en nuestra sociedad es un acto libre. Nadie está obligado a adherir a una fe concreta. Cada uno es libre de afirmar sus propias convicciones. El catecúmeno confesará la propia fe con toda libertad y plenamente consciente. Esto tiene su importancia en nuestra sociedad, caracterizada por la laicidad y por el pluralismo.

Creer es una forma de afirmarse. El acto de fe cristiana aparece como una forma personal de comprometer la propia libertad y de comprometerse en la vida. La fe cristiana es concebida como punto de referencia vital, como razón de vida y de acción. Se busca como fuerza propositiva en una sociedad frágil.

El día del bautismo al catecúmeno se le preguntará tres veces: «¿Tú crees?». Y tres veces dirá su «Yo creo» personal en el «Nosotros creemos» de la Iglesia.

Este compromiso de fe es una apuesta por la libertad y también una aportación a la libertad en una sociedad.

- Creer es una afirmación concreta de la identidad humana

Decir «Yo creo» y experimentar la propia libertad de creyente, es decir algo sobre la identidad profunda del ser humano. Significa manifestar que el ser humano no es un objeto que se puede manipular desde

fuera. El catecúmeno y el «recommençant» buscan acogida y escucha. Algo que nuestra sociedad no logra darles, porque frecuentemente es demasiado excluyente y uniformadora. Lo que el catecúmeno intuye y experimenta y que el «recommençant» redescubre es que Dios llama a cada uno por nombre: «He grabado tu nombre en la palma de mi mano».

– Creer es una apuesta sobre la confianza

Los que se dirigen a nosotros son sobre todo jóvenes que no tienen confianza en nadie y de los que nadie se fía.

Lo que a veces buscan es encontrar o volver a encontrar confianza en sí mismos, en los demás y en la vida.

La opción de creer se apoya en la confianza.

Si Dios viene a nosotros y nos revela nuestra libertad, al mismo tiempo se revela como el Dios de la confianza. Es el Dios que ofrece confianza y en el que se puede confiar. Se compromete con nosotros para siempre.

Esta confianza está concebida, sobre todo por los más pobres, como el punto de apoyo de su libertad y de su capacidad de comprometerse y de ser responsables.

El papel de la Iglesia es la de ofrecer la confianza que viene de Dios en esta sociedad marcada por la incertidumbre.

«Tú vales mucho ante mis ojos», dice Dios.

### III. LOS FRUTOS DE LA FE

La experiencia de conversión es una experiencia de liberación de sí mismo, de todo lo que nos aprisiona y nos aliena. Quien la vive intuye que encontrará un nuevo sentido de su vida, nuevas razones para vivir y esperar. Tendrá una mirada distinta sobre sí mismo y sobre los demás, el valor de actuar, de dar testimonio y de entregarse.

Creer, convertirse, volver a empezar, ciertamente no significa cerrar con el mundo, al contrario, volver con un nuevo impulso.

Un catecúmeno o un «recommençant», lo mismo que cada creyente, puede discernir y comprobar este recorrido de fe cuando siente que en él crece interiormente un sentimiento de paz interior, de alegría profunda, de unidad personal finalmente encontrada o hallada de nuevo, aunque esto no elimine las dudas, las pruebas y la lucha espiritual.

## CONCLUSIÓN

Los catecúmenos (y los «recommençants») son una gracia para la Iglesia de hoy. Llegan cuando menos te lo esperas. No ha sido un programa pastoral que los ha puesto en movimiento, ni una encuesta que los ha individuado. Se presentan sin que se les haya buscado. Puro don de Dios. Interpelan nuestra fe y nuestra pastoral. Nos llaman a afinar nuestra cercanía y a multiplicar las puertas de la acogida.

Con ellos no se puede vivir en lo habitual. Por su causa la Iglesia se anima, renace, vuelve a recuperar confianza en su capacidad de generar. Son un reto que compromete pero que hace esperar, hoy y siempre.

## TESTIMONIOS

### El impacto de la fe en la vida

#### 1. Sentía que me faltaba algo

MICHEL REMERY  
*Seminarista - Holanda*

**E**n resumen, mi historia está relacionada con tres Jornadas Mundiales de la Juventud.

Empieza en Manila, a donde fui como uno de los delegados holandeses del Forum: por eso hace cinco años yo estaba sentado en vuestro lugar, exactamente como estáis ahora vosotros en esas sillas amarillas, representando a vuestro país o vuestra organización.

En aquella época estudiaba arquitectura y me estaba especializando en dirección de proyectos. Como todos los estudiantes holandeses llevaba una agradable vida social, sin dedicar mucha atención a la Iglesia, de la que tenía una impresión bastante negativa. Si algún domingo iba a misa, me encontraba en una gran iglesia con algunas personas ancianas; cada semana el viejo sacerdote decía las mismas cosas, dirigidas a una generación muy distinta de la mía. Realmente era una pena porque me atraía la belleza del sueño de Jesús, pero por desgracia la Iglesia había terminado...

Fui a Manila con este estado de ánimo. Pero allí, durante el Forum Internacional de Jóvenes, tuve una experiencia de Iglesia completamente diferente. Jóvenes procedentes de todas las partes del mundo se contaban sus experiencias de vida. Compartiendo, celebrando y orando en pocos días construimos entre nosotros unos lazos muy fuertes. Vi otro rostro de la Iglesia. Allí descubrí la belleza de nuestra Iglesia internacional, presente en todos aquellos países y de formas muy distintas. Allí también experimenté

el fuerte sentido de comunidad, el no estar solos en el seguimiento de Cristo. Me di cuenta de que a nivel global la Iglesia es una comunidad viva y dinámica de personas que creen en el mensaje de Jesús.

Volví a casa sabiendo que todos mis amigos del Forum tratarían de ser misioneros en el corazón de la sociedad en sus países, exactamente como habíamos escrito en el Mensaje del Forum de Manila. Esto me dio fuerza para hacer lo mismo. Recorrí toda Holanda para contar mi experiencia de Manila a distintos grupos de jóvenes. También eso fue una bonita experiencia.

En resumen, continué a estudiar, pero ya tenía una impresión de la Iglesia completamente distinta. Al terminar la carrera encontré trabajo como arquitecto civil en las Reales Fuerzas Aéreas. Trabajé como responsable de la construcción de nuevos edificios en las bases aéreas de la nación. Tenía un buen trabajo y una buena carrera por delante, y disfrutaba la vida en todas las formas posibles. Sin embargo sentía que me faltaba algo.

Después me invitaron al Forum Internacional de París como representante del Forum de Manila. Allí se me presentó la posibilidad de pasar un año sabático en Francia, para darme tiempo y escuchar lo que Dios quería de mí. Decidí dejar mi trabajo y un mes después ya estaba en Francia. Pasé un año estudiando sobre Dios, la Biblia y orando, y traté de discernir la voluntad de Dios en mi vida. Escuchando al Señor pensé que me llamaba al matrimonio. En caso contrario, ¿por qué me había enamorado de una chica?

Después de aquel año fui a trabajar al extranjero, para una gran Sociedad holandesa de Ingeniería. De nuevo me encontré con un buen sueldo, buenos amigos, una novia estupenda y optimas posibilidades para hacer carrera. Todo parecía perfecto y prometedor. Estaba a punto de tener una importante promoción en esa sociedad, cuando me puse enfermo. Un virus me estaba quitando todas mis energías. Sólo tenía ganas de dormir y de descansar. No podía trabajar y tuve que dejar todo para volver a mi país.

De nuevo allí, en casa, solo, enfermo. ¿Otra vez a empezar? No tenía fuerzas, y no podía hacer nada en todo el día. Después de haber terminado todos los tebeos de Mickey Mouse que había podido encontrar, empecé a leer libros más serios (que asustaban un poco) sobre santos y otros argumentos de ese tipo. Un sacerdote me acompañaba espiritualmente y de esta forma esta etapa de enfermedad se convirtió en un período de profunda búsqueda. No sabiendo cuando llegaría a curarme, tuve mucho tiempo para rezar y para estar en silencio. Empecé a aprender a orar en silencio, es decir, a estar más que a hacer. Esto fue un gran cambio, ya que no se podía decir que yo era una persona paciente. No era la acción lo primero, sino el estar ante Dios y el abandonarme completamente en él. Bien, para hacer esto tenía tiempo más que suficiente, ¿verdad?

Poco a poco fui madurando hasta el punto de poder decir: «Heme aquí, Señor. ¿Qué quieres que haga?». Ya no me importaba saber cuánto tiempo duraría mi enfermedad. Lo más importante era la voluntad de Dios. Era como estar ante Dios con las manos abiertas, con el deseo de ofrecerle todo. De esta forma, después de casi un año de enfermedad, empecé a entender en qué dirección me tenía que mover para buscar la voluntad de Dios. Una mañana, durante mi oración diaria, vi la luz. No era necesario dar más vueltas: me gustase o no, tenía que ser sacerdote.

Este descubrimiento se confirmó en las semanas sucesivas. Hiciera lo que hiciese para encontrar un error en mi discernimiento, no lograba encontrarlo. En cuanto estuve un poco mejor fui a ver a mi obispo, y desde ese momento todo ha sucedido con mucha rapidez. Le conté mi historia y él decidió mandarme a estudiar a Roma.

Ahora he terminado el primer año en la Universidad Gregoriana, en esta ciudad. He vivido en el Colegio Inglés, donde he tenido la confirmación de mis dos deseos más profundos: llegar a ser sacerdote y vivir en comunidad con otros cristianos.

Y precisamente ahora, durante mi tercera Jornada Mundial de la Juventud, tengo la posibilidad de compartir todo esto con vosotros.

## 2. Hay una Persona que ilumina nuestro caminar juntos

MATTEO Y AGNESE RENZI

*Matrimonio - Italia*

*Matteo*

Cuando Mons. Boccardo nos pidió a Agnese y a mí que os contásemos nuestra experiencia sobre el impacto de la fe en nuestra vida, pensé que, llamándonos a nosotros, lo que quería hacer ver era todo lo contrario de un testimonio. Nuestra vida y la cotidianidad que vivimos es tan normal que me parecía extraño que nos pidiese una cosa así.

Por eso os cuento nuestra historia en dos palabras, de hecho no tiene tantos golpes de escena como la de Michel.

Desde hace seis años estamos juntos. Es la clásica historia entre dos personas de la parroquia. Hemos crecido dentro de una comunidad scout, aunque también hemos hecho otras experiencias. Esto no quiere decir que en cuanto estuvimos juntos se encendió la luz reveladora: «Aquí la tienes, tal para cual, cástate con ella». Al contrario, en cada uno de nosotros también nacieron dudas profundas. Yo por ejemplo no sabía bien que tenía que hacer, cuál era realmente mi vocación, y lo mismo le pasó a Agnese.

Más tarde, después de unos años de estar juntos, decidimos casarnos. Todavía no habíamos terminado los estudios, no habíamos encontrado casa, y además pensad que en Italia el matrimonio no está de moda en esta época, todo lo contrario. Tened en cuenta que éramos, y de hecho lo somos, bastante jóvenes: yo tenía 23 años y Agnese 22. Por tanto esta decisión, aún siendo normal en un camino muy sencillo y tranquilo, suscitó algo de sorpresa entre nuestros antiguos compañeros de clase, entre los compañeros de la universidad y también en nuestra comunidad de los responsables scout. Sobre todo me impresionó la reacción de los compa-



ñeros de mi clase, a los que no veía desde que habíamos terminado el colegio, que empezaron a hacerme serias objeciones: «¿y la universidad? Hoy el trabajo no es estable como antes, tendrás que hacer las prácticas como abogado y no ganarás nada durante un largo tiempo. De esta forma renuncias a tu libertad...». Bueno, tantas cosas que es normal oírse las decir a quien no ha hecho la misma experiencia que tú.

Es probable que para mí la fe sea precisamente esto, ver las cosas de forma distinta, incluso en lo cotidiano. Mis compañeros me hablaban de trabajo, de dificultades, de comportamientos, de ética, de profesión futura, y a mí me costaba trabajo explicar que para mí el matrimonio significaba la alegría de poder afrontar la vida siendo dos, la alegría de poder gritar que la vida tiene un sentido, un significado, una plenitud que hay que saborear, que el ser dos para algunas cosas es más difícil pero que para otras es mucho más bonito y que, de todas formas, nosotros nos sentíamos llamados a vivir la vida juntos. También es la alegría de no estar mirándose a los ojos, sino de mirar juntos en la misma dirección; frecuentemente cuando salíamos con otros amigos nos parecía que algunas parejas se limitaban a mirarse a los ojos: «Oh, ¡qué estupendos somos, qué buenos somos...!».

Yo creo que esto no nos hace automáticamente santos, al contrario. Ayer por la tarde estábamos a punto de perder el tren para venir aquí – para ponerlos un ejemplo banal – y yo estaba completamente seguro de que ella había perdido las llaves del coche, estaba totalmente convencido; sólo que el que las había perdido era yo. Perdimos el tren y tuvimos que coger el siguiente. Si hubieseis oído las bellas frases que nos dijimos en ese momento, os hubieseis preguntado cómo era posible que fuésemos los que teníamos que dar un testimonio.

Más allá de las dificultades cotidianas, de todas formas, yo creo que la fe incide de verdad en mi vida, a pesar de todos mis límites, de no rezar lo suficiente, de cometer tantos errores. Haber encontrado la fe para mí es como haber chocado contra un tir y no haberme hecho nada. Porque desde entonces todo es distinto: es distinta la forma de mirar a tu

mujer por la mañana, cuando ella todavía duerme y tú vas a trabajar; es distinto como termina la universidad; es distinto como educas –nosotros llevamos juntos la responsabilidad educativa con un grupo de scout–; incluso es distinto el modo de leer el periódico, como te relacionas con las noticias de todos los días, como vas al Pub por la noche con los amigos. Yo también me estoy metiendo un poco en la política, y es distinta la forma de vivirla. Me asombra que un importante personaje americano haya dicho que Jesús es su filósofo ideal y haya instituido la Jornada de Jesús: para mí también es un riesgo vivir el anuncio sólo como un aspecto filosófico y comportamental. El impacto con la fe te hace cambiar en todo. Para mí el matrimonio es tratar de caminar humildemente en la presencia del Señor, sea en lo pequeño de cada día, sea en los pequeños o grandes sueños. Por ejemplo, Agnese y yo tenemos el sueño de poder crear en el futuro una escuela. Creo que al máximo seremos los bideles, quien sabe; pero la idea es la de poder compartir las pequeñas cosas de todos los días, y también los grandes ideales.

La última consideración es esta: he tenido, y tengo todavía, como es normal, tantas dudas y tantas indecisiones, pero si hay algo que me da serenidad es la de poder leer hoy de nuevo el breve camino hecho hasta ahora y ver que en los momentos fundamentales creo que no he hecho lo que yo quería, sino lo que el Señor me pedía que hiciese. Con esta serenidad trato de vivir cada día, sabiendo que después siempre habrá dificultades, desde las llaves del coche hasta problemas más serios.

### *Agnese*

Yo también tengo la impresión de no ser la persona adecuada para hablar aquí porque, como decía Matteo, siento y vivo nuestro matrimonio como una historia muy normal y también muy limitada. Todos los días hay problemas como el de las llaves del coche u otras cosas que continuamente nos piden que amemos más.

Simplemente quiero recordar el texto del Evangelio que elegimos pa-

ra la celebración de nuestro matrimonio, que es el de los discípulos de Emaús. A nosotros nos gusta mucho este pasaje, porque es la imagen del camino que recorren dos personas hablando entre ellas, por tanto es una metáfora de la vida cotidiana hecha de pequeñas cosas; la relación entre estas dos personas cambia precisamente cuando reconocen que Jesús ha caminado con ellos, y dicen: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros?». Esto es lo que nos propusimos los dos cuando nos casamos, comprometernos cada día a reconocer entre nosotros dos la presencia de otra Persona que nos toma de la mano y nos guía, porque si esta Persona que nos guía no está, entonces es verdad que todo es relativo.

Hay una canción que muchos conoceréis, se llama «depende» y como subtítulo: «Oh, qué relativas son todas las verdades absolutas». Nosotros, con nuestro matrimonio, nos comprometemos a creer que se puede decir «te amo para siempre, hasta la eternidad», pero se puede decir porque hay Alguien que garantiza esta eternidad. Si no existiese esa Persona que ilumina nuestro camino juntos, entonces es verdad que no se podría creer que el matrimonio tiene sentido; entonces es verdad que mañana cada uno podrá seguir su propio camino, porque es verdad que el enamoramiento pasa. Por las mañanas, cuando veo a Matteo apenas levantado, con los pelos tiesos, ya no siento que me late el corazón como las primeras veces que lo veía e intercambiábamos las primeras palabras y los primeros besos; sí, ya no lo siento así. Pero a mí me parece que la grandeza del matrimonio está en que entras en un amor que es eterno, y tratas de participar de este amor todo lo que se puede como ser humano, por tanto tratas de ver en la otra persona la imagen del amor de Dios y tratas de caminar junto a esa persona hacia el amor eterno, que es el único que puede dar de verdad la plenitud. Porque es verdad que en esta vida todo es relativo, es verdad que nada nos satisface, y precisamente por eso nos ponemos en camino hacia la única verdad que nos hace libres.

Una última cosa: en Italia se dice que el matrimonio es la tumba del amor, es decir, que cuando uno se casa ya no puede hacer nada, pierde su libertad, ya no puede salir, sobre todo cuando después nacen los hijos,

etc. Nosotros creemos profundamente que el matrimonio tiene que ser una fuente de amor eterno, y por eso nos hemos casado. Si hubiésemos pensado que el matrimonio es la tumba del amor, entonces hubiésemos dicho: primero terminemos los estudios, encontremos trabajo, compremos una casa con todos los muebles y la decoración a nuestro gusto, después, cuando queramos encontrar nuestra tranquilidad y nuestra paz, entonces nos casaremos. Nosotros hemos venido aquí simplemente a dar testimonio de lo hermoso que es haber encontrado una persona que nos puede dar una imagen más de Jesús. Yo no se si existe la persona justa, la persona ideal para cada uno de nosotros. Pero estoy segura de que Matteo me ayuda porque me hace ver cosas de Jesús que yo sola no vería, y por eso me he casado con él, porque me ayuda a llegar a la salvación. Y pienso que ésta es la finalidad de cada matrimonio.

### 3. Dios existe y yo quería vivir mi vida de acuerdo con esto

Hna. REGINA MARIE DONOHUE

*Religiosa - Estados Unidos*

¿Qué impacto ha tenido la fe en tu vida? Al tratar de responder a esta pregunta me doy cuenta de que es muy difícil encontrar un espacio de mi vida en el que la fe no haya tenido ningún efecto. Ésta es la naturaleza de nuestra fe. Nuestro Dios ama todos y cada uno de los aspectos de nuestra vida y desea que cada uno de ellos refleje su vida. Este argumento de que la fe se refleja en todos los aspectos de nuestra vida es lo que quisiera compartir con vosotros.

No siempre la fe ha influido en cada aspecto de mi vida.

He crecido en una buena familia católica y siempre me consideré buena católica... incluso con más información sobre mi fe que otros. Iba a misa todos los domingos, a veces incluso en los días feriales, y nunca hacia nada que estuviese realmente mal.

Bien, la llegada a la universidad me supuso un cambio bastante brusco. Fui a Francia durante un año, para estudiar francés en la ciudad de Montpellier. Me gustaba muchísimo. Encontré un grupo de amigos, que me acogieron como uno de ellos. Me encantaba estar en Francia. Continuaba a ir a misa los domingos pero en esa zona no lograba encontrar una iglesia a la que fuesen los jóvenes. Todos tenían más de 70 años o menos de 7. Por eso una tarde les hice a mis amigos una pregunta que después cambió mi vida...: «¿Dónde puedo encontrar una misa dónde haya jóvenes?». La primera respuesta fueron miradas inexpresivas, después, uno dijo lentamente:

«¿Tú vas a misa?»,

«Si, ¿es que tú no vas?»

«No, soy agnóstico».

Nunca había conocido a nadie que se definiese agnóstico. Descubrí que también los otros eran agnósticos, o bien ateos. El que yo fuera creyente los había desconcertado, porque les había parecido que era «tan normal». Rápidamente me asaltaron con preguntas:

¿Por qué crees en Dio?

¿Cómo sabes que Dios existe?

¿Por qué tú crees y yo no?

Si existe Dios, ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?

En ese momento mi vida empezó a cambiar... No sabía como responder a esas preguntas. Me sentía muy confusa. ¿Por qué no sabía responder? ¿Cómo era mi fe, si no estaba en condiciones de explicar por qué creía en Dios? No sabía que hacer porque yo ya me había hecho esas preguntas, se me habían pasado por la cabeza, pero nunca había tenido el valor de afrontarlas seriamente. La verdad es que tenía miedo de que éstas fueran preguntas sin respuesta.

Bueno, ahora no tenía más remedio que afrontarlas... lo único que logré decir fue: «no lo se». Pero mis amigos tenían las respuestas. Me dijeron casi con compasión: «Tú crees sólo porque tus padres son creyentes. Te han inculcado la religión desde que naciste, éste es el único motivo por el que tú crees. Dios no existe. Dios es sólo un tapagujeros para los que son demasiado débiles para afrontar la realidad. Sólo puedes contar con lo que ves».

Sus respuestas me parecían completamente sensatas, parecían explicarme por qué no había sido capaz de responder. No podía contestar porque mi fe no era real. No podía contestar porque Dios no existe. Por eso no sé por qué creo; por eso ellos no creen. La religión me había sido inculcada. Ésta no es mi fe, es la de mis padres que me la han transmitido sin que yo la haya elegido.

En menos de una semana yo, una estudiante de 20 años, que se creía estar en la elite de los creyentes, pasé a declararme atea. Si en esa

época me hubieseis preguntado « ¿qué ha significado la fe en tu vida? », hubiese contestado: « poco o nada ». Veía la fe como un cuento de otros años. Hubiese querido seguir creyendo, hubiese deseado que la vida continuase como antes, pero tenía que afrontar la realidad: había creído toda la vida y ahora, ¿cómo podía demostrarlo? Nada que hacer, ni siquiera sabía decir por qué creía que Dios existía. Por tanto... Dios no existía.

Sin embargo le doy gracias a Dios por esta experiencia. Aunque haya sido dolorosa y muchos de mis razonamientos fuesen pasados, la Verdad estaba empezando a abrirse camino en mí. Estaba enfrentándome conmigo misma y con los grandes interrogantes de la vida. No me había agarrado a algo superficial por miedo a mirar hacía el fondo. Creo que fue nuestro Señor quien me llevó a esta situación, para llevarme hacia algo más auténtico y más profundo.

En realidad nunca había dejado que mi fe me llegase hasta adentro..., no influía en todas las dimensiones de mi vida. Influía sobre como definirme – católica – e influía sobre lo que hacía el domingo por la mañana – ir a misa –. También influía sobre lo que pensaba que estaba bien o mal... pero no sobre lo que hacía.

¿Sabéis que hizo Dios para cambiarme?

Durante seis meses puse un gran empeño para afrontar la realidad y no usar a Dios como « tapa-agujeros ». Poco antes de pascua me escribió un amigo que en esa época estaba estudiando en Irlanda, y me preguntaba si quería hacer una peregrinación con él. Quería ir a Lourdes, Asís, Roma y llegar hasta Medjugorie, donde se decía que la Virgen María se aparecía. Sabía que él tenía una gran fe, tanto que quería ser sacerdote. No le contesté porque no quería decirle nada de lo que había descubierto. En mi orgullo, me decía a mí misma: « Él no podrá soportar la verdad; necesita del apoyo de su fe, y no quiero ser yo quien rompa su burbuja de jabón ».

Poco tiempo después, una mañana, me llamó mi madre. Lo primero que me preguntó fue: « ¿Ayer fuiste a Misa? ». En pocas palabras... me

rompió el corazón. Mejor dicho, se lo rompí yo ha ella cuando le dije: «No mamá, ya no voy a misa y tampoco creo en la oración». Con lágrimas en los ojos me hizo prometerle que rezaría un rosario... sólo un rosario.

Nunca me había decidido a deshacerme de mi rosario y por eso todavía lo tenía en mi mesilla de noche. Me senté para mantener mi promesa, pero estaba furiosa. Estaba furiosa con mi madre que una vez más trataba de imponerme la religión, pero sobre todo estaba furiosa conmigo mismo porque me encontraba en un conflicto mayor que el anterior: realmente no sabía que hacer. Hacía todo lo posible para vivir como si Dios no existiese, pero estaba cayendo en una depresión y empezaba a poner en duda el que se pudiese existir la certeza sobre algo.

Mientras estaba sentada vi la carta de mi amigo de Irlanda... Está claro, pensé, tengo que hacer esa peregrinación. Cuando lleguemos a Medjugorie tendré la seguridad de que todo es un embrollo. Sabré que Dios no existe y volveré a casa con nuevos argumentos: «Mamá, he ido hasta allí y ahora sé que todo es mentira».

Y es así que, para no hacerlo largo, viajamos durante una semana y media para llegar a Medjugorie. Y cada día pasaba algo que me obligaba a maravillarme: pequeños dones inesperados, extrañas coincidencias, encuentros con personas con una fe increíble. Cuando llegamos a Medjugorie era sábado. Mientras recorríamos el camino hacia la ciudad, veíamos a ambos lados los campos apenas arados. Mirando los campos pensé: «Es así como me siento en estos momentos... con una gran confusión dentro de mí, tengo todas las ideas mezcladas, pero estoy preparada para lo que sea... quiero saber si Dios existe o no...».

La mañana de pascua entré en la iglesia con mi amigo y me arrodillé delante de una imagen de Nuestra Señora... No sé cuanto tiempo estuve así, pero de repente me dí cuenta de que junto a mí había una mujer, muy cerca de mí. Yo tenía los ojos cerrados y me pregunté a mí misma: «¿Cómo sabes que es una mujer?». «Porque parece mi madre». Era una sensación tan fuerte... Me dije a mí misma: «Estás cansada, sabes que tu



madre está preocupada y te sientes culpable». Pero no me fui. «Te estás alimentando con pan y naranjas desde hace dos semanas, seguramente esto está teniendo efectos»... Nada cambió. Decidí abrir los ojos y mirar. No vi a nadie, pero con los ojos abiertos su presencia seguía siendo muy fuerte... Era mi madre, pero no mi madre de Minnesota... sino mi madre del cielo. ¡Era tan real! No dijo nada pero su mensaje fue muy claro: me quería y yo estaba bien. Me sentía con una paz muy profunda, que hasta entonces nunca había experimentado. Me acuerdo que pensé: «Puedo morirme ahora». Sabía que era Nuestra Señora y también sabía que no podía explicarlo más; la única razón de su presencia es que Dios existe.

Finalmente lo sabía con certeza: Dios existe y yo quería vivir mi vida de acuerdo con esto. Quería que toda mi vida fuese un reflejo de que Dios existe y que nos ama.

Todavía no sabía responder a todas las preguntas de mis amigos franceses, pero sabía que estas respuestas existían. Y sabía que podría encontrarlas porque la gran respuesta ya estaba clara. Dios existe.

## CONCLUSIÓN

### Mensaje del Forum a los jóvenes del mundo

**M**ientras celebramos la decimoquinta Jornada Mundial de la Juventud en el gran jubileo del año 2000, nosotros los participantes del VII Forum Internacional de la Juventud representando las diversas culturas del mundo queremos compartir los frutos de nuestras reflexiones. Hemos sentido el deseo de los jóvenes entrando al nuevo milenio de enfrentar activamente los retos existentes en nuestros corazones, nuestros ambientes religiosos y sociales, nuestros países y el mundo.

El Santo Padre siendo la voz de la Iglesia nos ha llamado: *«Jóvenes de todo continente no tengan miedo de ser los santos del nuevo milenio»*.

¿Pero que significa la santidad para nosotros? Significa ser un signo de contradicción a los valores de una sociedad alejada de Dios; significa perdonar y reconciliarnos; significa actuar en nuestra vida diaria renovados por el amor de Dios; significa llevar esperanza a aquellos que no tienen esperanza, significa vivir en Jesucristo, aquel que nos ama con todas nuestras faltas y cualidades; significa estar dispuestos a ir contra corriente y a cargar con el peso de la cruz.

Llevando las dificultades y las exigencias que la cruz implica, debemos vivir nuestra fe con coherencia y de forma comprometida. Llenos de la gracia de Dios, con el apoyo y acompañamiento de otros y teniendo en cuenta nuestras experiencias pasadas, tenemos plena confianza y seguridad de poder enfrentar cualquier obstáculo. Pero en la lucha de la vida diaria, el camino no es siempre fácil, nunca se nos ha prometido que lo será. Caminando en valles espirituales debemos mantener nuestra mirada y confianza en Dios, siguiendo el ejemplo de María nuestra madre.

La fe no es un acto de nuestra propia voluntad, es el don de la acción de Dios en nuestras vidas, un don que crece con el compartir. La transmisión de nuestra fe a otros despierta el potencial de amar como Cristo ama, porque «la palabra se hizo carne y vino a habitar entre nosotros», para que nosotros podamos habitar en él. Cristo, quien vive en nosotros, es la fuerza que nos permite ser testimonio viviente para todos los afligidos por los males de la sociedad en que vivimos. El mismo centro de una vida en Cristo es el llamado a la unidad e igualdad en el mundo lleno de múltiples culturas y con necesidad de una renovación.

Las diferentes expresiones de una misma fe, de acuerdo a las diversas culturas, son para nosotros una motivación para asumir nuestra responsabilidad y ser activos en nuestras iglesias locales. Por eso nos queremos comprometer a hacer de ellas iglesias mas vivas, llenas de gente joven y más adaptable a la situación real. Queremos participar activamente en las discusiones acerca del protagonismo del joven en la iglesia y de la iglesia en el mundo. Deseamos aceptar y respetar a todos en nuestras diferentes creencias y caminos en la vida, para construir un mundo de paz.

Nosotros esperamos que estas reflexiones sirvan como referencia para superar nuestros retos. Pero la única respuesta y verdad es Cristo... el mismo ayer, hoy y siempre.

## La proclamación del Gran Jubileo

JAMES FRANCIS CARD. STAFFORD

*Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos*

**G**racias a vosotros el Forum 2000 ha sido para todos nosotros una bendición extraordinaria. En virtud del poder y de la gracia del Espíritu Santo, durante estos días habéis estado reunidos como Iglesia. Todos habéis compartido vuestras experiencias de fe: tanto los que venís de los países más pobres como los que venís de los más desarrollados.

Desde hace unas 24 horas, al otro lado de nuestras puertas, cientos de miles de jóvenes están llegando a Roma en peregrinación, respondiendo a la invitación del Santo Padre. Como miembros del Forum Internacional, vosotros habéis venido algunos días antes. Durante la Eucaristía que estamos a punto de celebrar os ruego que pidáis para que la peregrinación sea una gracia para todos los jóvenes, que les ayude a profundizar sobre todo en su compromiso, en su identidad y en su misión bautismal.

La apertura de la XV Jornada Mundial de la Juventud tendrá lugar el día de la fiesta de la Asunción de la Virgen María al cielo. Como ha dicho uno de los representantes de la Iglesia ortodoxa, tenemos que encomendarnos a Nuestra Señora, la *Hodigitria*, cuyo icono nos ha acompañado durante nuestro Forum. María es la Madre que muestra al peregrino el camino hacia Jesús. Pidamos para que los miles de jóvenes que están llegando hoy puedan aprender de Ella el camino hacia la felicidad. Podéis notar que su mano derecha señala a Jesús; es Ella quien indica el camino de la salvación. Que los jóvenes peregrinos en camino hacia Roma por los caminos de Europa y de los otros continentes puedan tener a María como guía.

Vuestras intervenciones, que he tratado de escuchar siempre que me

ha sido posible, han sido muy ricas de contenido. Cada uno de nosotros ha aprendido de los demás lo que significa vivir en una Iglesia caracterizada por una variedad infinita. Desde ahora la profesión de fe no será la misma para mí, sobre todo esa parte del Credo en la que confesamos nuestra fe en la Iglesia una, santa, católica y apostólica. La Iglesia católica no es simplemente una, sino que es una en la infinita variedad de su belleza. Dios nos ha donado una extraordinaria experiencia de variedad de naciones, razas y culturas.

Durante estos días del Forum continuamente habéis reflexionado sobre la verdad central de nuestra fe: « La Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros » (*Jn* 1, 14). El increíble misterio de la Encarnación es el único motivo del año jubilar. A su luz os habéis hecho muchas preguntas sobre vuestra vida, sobre vuestro futuro en la Iglesia y en la sociedad.

Encontraréis la respuesta cuando paséis la Puerta Santa en la Basílica de San Pedro. Jesús ha dicho: « Yo soy la puerta ». Atravesando el umbral de la Puerta Santa oiréis las palabras de Jesús: « si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto » (*Jn* 10, 9). La *Hodigitria* nos ha indicado el camino a través del umbral de esta puerta. Alguno de vosotros ha llamado a María « Nuestra Señora del Silencio », y es así. Ella ha caminado junto a nosotros en estos días dirigiendo nuestros pasos hacia Aquel que ha dicho: « Yo soy la puerta ».

María ha estado en silencio junto a nosotros, indicándonos el camino hacia Jesús en nuestras discusiones. Muchas veces hemos subrayado la importancia de contemplar en silencio la frase central de la Buena Noticia: « La Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros ».

Es la gran proclamación del Jubileo. En este final del Forum meditemos una vez más sobre este misterio entre los misterios. « La Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros ». Es la realidad gloriosa que contemplamos en el Jubileo del año 2000, es la razón de vuestra peregrinación a Roma. El misterio de la Encarnación del Verbo eterno es totalmente nuevo, sin precedentes, es único. En ningún lugar se ha oído, ni

antes ni después, una afirmación como la de Jesús: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14, 6). La gente se queda sin palabras frente a esta pretensión de autoridad.

Vosotros estáis haciendo esta peregrinación romana con el típico espíritu de búsqueda juvenil. Tenéis muchos interrogantes sobre vuestro futuro; queréis saber sobre todo lo que tenéis que hacer para que vuestra vida esté llena de valor y de sentido.

Atravesar el umbral de la Puerta Santa es el paso decisivo de vuestra peregrinación. Cuando crucéis ese umbral, recordad de nuevo que la Palabra encarnada, Jesús de Nazaret, ha dicho: «Yo soy la puerta». De esta forma Jesús responde a los interrogantes de vuestra juventud explicando: «si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto».

Puesto que el misterio de la Encarnación contiene la respuesta clave a todas los interrogantes que habéis planteado durante el Forum, haré con vosotros una reflexión sobre cada una de las palabras de esta frase revolucionaria: «La Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros». La Palabra enviada por Dios responde a todas las preguntas que los jóvenes pueden hacerle a Dios. Cada una de las palabras es importante en la proclamación jubilar.

### 1. *La Palabra*

No existe una palabra con la que podamos expresar la totalidad de nuestra persona. Pero antes de todos los siglos Dios engendró de su misma sustancia una Palabra que es la perfecta expresión de sí mismo. No viene llamado «el pensamiento de Dios», como si la mente de Dios hubiese elaborado pensamientos para producir una palabra. Él es la auténtica Palabra, el Hijo unigénito del Padre.

Nosotros confesamos que Dios es Padre, y esto significa que tiene un Hijo. Este Hijo es la Palabra de Dios y es Dios mismo. Él es el «Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1, 14).

«En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios» (Jn 1, 1). ¿Cuál era este principio? La revelación que la Palabra «era», siempre desorienta a la imaginación humana. En efecto, reflexionando sobre la palabra «era», nuestra razón no logra encontrar una solución de continuidad. Por tanto, la expresión «en el principio» significa existencia desde siempre y sin fin.

En el amoroso Dios Trino existe el Uno, el Otro y la unión entre ellos. La Palabra es el eterno Hijo del Dios vivo, el Santo de Dios, la Sabiduría de Dios. La Palabra es la expresión más perfecta del Padre. Él es el Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Él es el centro de todo el drama de la historia, y él es quien da sentido a nuestra historia. La Palabra, el *Logos*, ha creado un texto de la nada y le ha dado un sentido. Luz, vida y sabiduría no se encuentran en nosotros mismos. La Palabra eterna es la Luz, la Vida y la Sabiduría del mundo. «En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (Jn 1, 4).

## 2. *La Palabra se hizo*

En la encarnación, «la naturaleza humana ha sido asumida, no absorbida», «el Hijo de Dios [...] trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de nosotros, en todo semejante a nosotros excepto en el pecado» (*Gaudium et spes*, 22).

## 3. *La Palabra se hizo carne*

La Palabra eterna de Dios se hizo hijo de una madre. Todo lo que es humano se abrió a lo divino y, al mismo tiempo, todo lo que es divino entró en lo humano. La carne de Dios toca la nuestra. La Palabra no bajó simplemente sobre Jesús, entró en él y habitó en él. En Cristo, Dios se convierte en nuestro prójimo. Una cosa es decir que la Palabra de Dios entró en la carne, otra distinta decir que la Palabra de Dios se hizo carne.

Los que escuchan la palabra de Dios y la acogen, están habitados por la Palabra; pero sólo el Verbo de Dios *se hizo* carne.

Del mismo modo que el hierro puede llegar ser incandescente, el Hijo del Hombre tenía en sí mismo la cualidad de la vida divina. Jesús de Nazaret tenía perfecta conciencia de ser la perfecta y exacta expresión del Padre celestial. Jesús no sólo hablaba del Padre, sino que lo representaba. Él revelaba al Padre todopoderoso no sólo con la fuerza humana, sino con la debilidad, con sus palabras y con sus silencios, con lo que revelaba y con lo que escondía ante la vista, con su muerte y sepultura y con su resurrección.

#### 4. *Y puso su Morada entre nosotros*

La vida de Jesús es la historia del Verbo encarnado. Él ha experimentado todos los acontecimientos principales de la vida y de la muerte, como cualquier otro ser humano. La Encarnación señala el mortificarse de Dios, su *kenosis*, su vaciamiento hasta el punto de descender y entrar en un hombre, un hombre que, aunque único, nunca dejó de ser hombre entre los hombres.

Tenía que ser parte fundamental del proyecto del Padre que su Hijo predilecto, la Palabra eterna, el Único sin mancha, descendiese en el abismo de dos tentaciones. Su abajamiento a la carne fue más allá, porque lo llevó hasta la Cruz e incluso hasta el infierno. Leemos en el Credo de los Apóstoles: «Descendió a los infiernos».

Cientos y cientos de jóvenes atravesaréis el umbral de la Puerta Santa. Entraréis en la «Casa de Pedro» y os reuniréis junto a la tumba de Pedro, príncipe de los apóstoles y fundamento de la Iglesia. Allí, ante la presencia sacramental de Jesús, confesaréis el *Credo* original de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16).

Hemos hablado mucho de la renovación del catecumenado y de los tres sacramentos de iniciación: bautismo, confirmación y eucaristía. Veamos ahora los orígenes de nuestra identidad cristiana.



¡Los bautizados son las personas realmente libres del nuevo milenio! La Jornada Mundial de la Juventud os ayudará a recuperar la fuente de esta libertad, es decir, el bautismo. San Pablo dice: «Para ser libres nos libertó Cristo» (*Gal 5, 1*). Antes del bautismo, erais esclavos de la ingratitud, no sabíais como usar el don de la libertad. Eráis incapaces de dar gracias a Dios.

El bautismo en la muerte de Cristo es el milagro de un nuevo inicio, sus aguas han sido derramadas sobre nosotros. El Crisma os ha sellado con el don del Espíritu Santo.

Queridos jóvenes, vosotros sois las personas realmente libres del nuevo milenio. Con la visión aguda de una segunda inocencia, descubriréis que el mundo natural ha sido renovado. En el milagro bautismal de una génesis absoluta, los hijos de Dios saben que es el corazón joven quien impulsa el mundo.

Dar gracias a Dios se convierte en una confesión máxima de libertad infinita. Estáis llamados a ser Eucaristía en Cristo Jesús. Todo es don. Todo vuestro ser, vuestra libertad, vuestra existencia, vuestra juventud, vuestra realización, vuestra autodeterminación, vuestra subjetividad incommunicable, vosotros mismos, todo lo que es vuestro, todo es don de la infinita libertad de Dios y de su amor. Todo tiene origen en Dios. Nada es de vuestra propiedad, y nada ha sido simplemente prestado. «Todo es gracia».

En estos días del Forum, Jesús os ha preparado el gran acontecimiento que seguirá a continuación. Le hemos pedido a Dios que nos mande su Espíritu para que nos haga testigos, que es la esencia de la Iglesia evangelizadora.

Los discípulos en Pentecostés fueron transformados por el inesperado huracán del Espíritu Santo, y salieron de los muros protectores del cenáculo de Jerusalén. El Espíritu los envió al mundo hostil para anunciar a Cristo.

Éste es el significado de la experiencia que estáis viviendo en el mundo como jóvenes. Muchos de vosotros participáis de una cultura que es

tá a punto de caer en el nihilismo. Nuestro tiempo necesita cristianos que le pidan a Dios que envíe su Espíritu, para poder dar testimonio del Señor resucitado en el mundo. Otros de entre vosotros viven su aventura en una sociedad afligida por una gran pobreza física. En Asia, a excepción de una o dos naciones, sois parte de una pequeña minoría, frecuentemente perseguida.

Sólo el amor es creíble. Sólo el amor de Dios es auténtico. Con esto concluyo mi discurso. No os canséis nunca de leer y de contemplar la narración de la Pasión de Jesús en los Evangelios. Revela el amor apasionado, la belleza y la gloria de Dios.

# VII FORUM INTERNACIONAL DE JÓVENES

## APÉNDICE

### Lista de los delegados

Abirached Claire	<i>Líbano</i>
Addis Janet	<i>Sudáfrica</i>
Adoukpe Elzèa	<i>Benin</i>
Aguilar Merino Damaris Nebit	<i>El Salvador</i>
Alexander Shervone	<i>Antillas (S. Vicente)</i>
Alexander Roshan	<i>India</i>
Alfonso Pavón Any Gabriela	<i>Honduras</i>
Andersson Lars	<i>Suecia</i>
Antwi - Boateng Francis	<i>Ghana</i>
Argoneto Pierluigi	<i>Italia</i>
Balode Baiba	<i>Letonia</i>
Barrientos Reyes Sandra Pamela	<i>Chile</i>
Barrouk Maher	<i>Ter. Palestina</i>
Bathish Fadi	<i>Israel</i>
Baxla Prashant	<i>Comunidad de Taizé</i>
Bentoglio Francesca	<i>Suiza</i>
Bernard Timothy A. X.	<i>Sudáfrica</i>
Berzina Iluta	<i>Lituania</i>
Bhatti Azeem Shiraz	<i>Pakistán</i>
Bibi Brian	<i>Seychelles</i>
Bien Aimé Marie Lise Cinthia	<i>Mauricio</i>
Blaise Dacheca	<i>Haití</i>
Borjigin Myagmarsuren	<i>Mongolia</i>
Bosili Benjamin	<i>Papúa Nueva Guinea</i>
Bourdoukan Naim	<i>Líbano</i>
Braga da Cunha Ferreira Martim Maria	<i>Equipos de Jóvenes de Nuestra Señora</i>
Braykeh Rim - Pierre	<i>Siria</i>
Bright Shannoh	<i>Liberia</i>
Brljafa Gordana	<i>Croacia</i>

VII Forum Internacional de Jóvenes - Apéndice

Buo-Ruey Tsao (Augustine)	<i>Taiwán</i>
Cabascango Guajan José Alejandro	<i>Ecuador</i>
Cabral Zarza Elsa María	<i>Paraguay</i>
Cailliaux Emmanuel	<i>Famille de l'Assomption</i>
Camacho Diego	<i>Encuentros de Promoción Juvenil</i>
Camacho Danielle	<i>Guam (Pacífico)</i>
Canu Maria Grazia	<i>Italia</i>
Capua Alessandro	<i>Camino Neocatecumenal</i>
Carretero Morilla Leopoldo Antonio	<i>Rep. Dominicana</i>
Castorani Gianni	<i>Jeunesse Lumière</i>
Černoga Mirna	<i>Croacia</i>
Cervera Casanueva Montserrat	<i>Regnum Christi</i>
Cesareo Agostino-Luca	<i>Movimiento Eucarístico Juvenil</i>
Champagne Guillaume	<i>Francia</i>
Charbonneau Benoit	<i>Comunidad Chemin Neuf</i>
Chonta Mutale Martin	<i>Zambia</i>
Christensen Barbara	<i>Dinamarca</i>
Chu Chi-Hsin (Teresa)	<i>Taiwan</i>
Chudová Ludmila	<i>Eslovaquia</i>
Čičiūnas Juozas	<i>Lituania</i>
Clemente David	<i>Omaecec - Jóvenes</i>
Collado Rodríguez María Ramona	<i>Rep. Dominicana</i>
Colley Joseph	<i>Gambia</i>
Contreras Macarena	<i>Suecia</i>
Corvera Córdoba Juan Carlos	<i>Union Internacional Guías Scout</i>
	<i>Europa</i>
Cristiano Paolo	<i>Comunidad de S. Egidio</i>
D'Halluin Amélie	<i>CICG (Guidismo Católico</i>
	<i>Internacional)</i>
D'Silva Celine	<i>India</i>
Da Cruz Lucilia Conceição	<i>Angola</i>
Darby Derek	<i>Irlanda</i>
De Carvalho Carlos Paulo Fernandes	<i>Angola</i>
De Changy Jordane	<i>Union Internacional Guías Scout</i>
	<i>Europa</i>
De Pasquale Ceratti Stefano	<i>Regnum Christi</i>
Di Stasi Sandra	<i>Suiza</i>
Dick Felix E.	<i>Antillas (S. Vincente)</i>

*Lista de los delegados*

Dinichert Olivier	<i>Suiza</i>
Dixon Fernandez George	<i>MIJARC (Juventud Rural Católica)</i>
Doumanova Nikoleta	<i>Bulgaria</i>
Draguet Florence	<i>Bélgica</i>
Dragus Anna	<i>Conferencia de Iglesias Europeas</i>
Duarte Franco Victor Manuel	<i>Paraguay</i>
Dunn Shaun	<i>Fimcap</i>
Ebcim Mario Antonio	<i>Turquía</i>
Ekomie Ogandaga Hermine Marie Laure	<i>Gabón</i>
Elias Badie	<i>Israel</i>
Emmen Leon	<i>Holanda</i>
Engon Bernadette-Marie	<i>Asociación Católica Internacional</i>
	<i>Juventud Femenina</i>
Erard Véronique	<i>Francia</i>
Etzold Bastian	<i>Schönstatt</i>
Eusebio Ricardo	<i>Guam (Pacífico)</i>
Evangelisti Chiara	<i>Italia</i>
Falero Rodríguez Raúl Waldemar	<i>Uruguay</i>
Falo German	<i>Argentina</i>
Farfán Caballero Christian Alberto	<i>Movimiento de Vida Cristiana</i>
Farrugia Ivan	<i>Malta</i>
Feydash Maryana	<i>Ucrania</i>
Fichefeux Marie	<i>Comunidad del Emmanuel</i>
Fortin Stéphane	<i>Fondations pour un monde nouveau</i>
François de Paul Voahanginirina	<i>Juventudes Marianas Vincencianas</i>
Franz Larissa Anne-Marie	<i>Finlandia</i>
Gagné Rosalie	<i>Canada</i>
Gahan Linda	<i>Irlanda</i>
Gaiffe Frédéric	<i>Omaaeec - Jóvenes</i>
Gami Jean-Pierre	<i>Chad</i>
Garba Emmanuel	<i>Nigeria</i>
García - Carpintero Martín José Joaquín	<i>España</i>
García Sande Laura	<i>Institución Teresiana</i>
García Concepción Eric. I.	<i>Puerto Rico</i>
Garosi Giordano	<i>Centro Volontari della Sofferenza</i>
Gebhard Laurensius	<i>Namibia</i>
Ginther Clara	<i>Conferencia de Iglesias Europeas</i>
Góis Mendonça Sandra Cristina	<i>Portugal</i>

VII Forum Internacional de Jóvenes - Apéndice

Gomez Rodríguez Tania	<i>Cuba</i>
Gómez Barahona Koritza Elizabeth	<i>Honduras</i>
Gómez Silvia Karolina	<i>Movimiento Teresiano de Apostolado</i>
González Karen Yasmin	<i>CICG (Guidismo Católico</i>
	<i>Internacional)</i>
Gonzalez Martínez Francisco Geogni	<i>Cuba</i>
Gorenc Tanja	<i>Eslovenia</i>
Govoni Giovanni	<i>Movimiento Jóvenes por un Mundo</i>
	<i>Unido (Focolari)</i>
Grant Alan	<i>Nueva Zelanda</i>
Grech Marisa	<i>Malta</i>
Greguolo Francesca	<i>Italia</i>
Grigis Libero	<i>Renovación en el Espíritu Santo</i>
Guadalix Iglesias Sonsoles	<i>Comunión y Liberación</i>
Haddad Laila	<i>Jordania</i>
Hadonou Akouavi Inès Laurenda	<i>Benin</i>
Hamada Akihisa	<i>Japón</i>
Han Clara In-Sil	<i>CICS (Scoutismo Católico</i>
	<i>Internacional)</i>
Hanson Augustina	<i>Ghana</i>
Harkins Joseph	<i>Escocia</i>
Heiramo Teemu	<i>Finlandia</i>
Hemengdi Koumassigue Claudine	<i>Chad</i>
Hemmert Tilo	<i>Alemania</i>
Henrik Pamela Vanessa	<i>Argentina</i>
Hijazin Handal	<i>Jordania</i>
Hoarau Laurent	<i>Reunión (Francia)</i>
Holden Matthew	<i>Inglaterra y Gales</i>
Hwang Eun-Ah	<i>Corea</i>
Iijima Yuko	<i>Japón</i>
Imoh Confidence Ifeyinwa	<i>Nigeria</i>
Irace Giuseppe	<i>Italia</i>
Ivashkiv Nataliya	<i>Ucrania</i>
Izos Dalba Ibeth	<i>Panamá</i>
Izquierdo García Raúl	<i>Fe y Luz - Internacional</i>
Jahncke Benavente Javier	<i>Perú</i>
Joseph Iqbal	<i>Pakistán</i>
Juevesano Mary Grace	<i>Filipinas</i>

*Lista de los delegados*

Kahema Christine Mueni	<i>Kenia</i>
Karri Abraham	<i>Foyers de Charité</i>
Kavale Ambrosia	<i>Papúa Nueva Guinea</i>
Kayastha Purnima	<i>Nepal</i>
Khaloul Rany	<i>Israel</i>
Kisakürek İrem	<i>Turquía</i>
Koffi Gérardine - Nathalie	<i>Claire Amitié</i>
Kojoukhovski Mikhail	<i>Conferencia de Iglesias Europeas</i>
Kölln Rodríguez Silvia María	<i>Uruguay</i>
Kuběnová Hana	<i>Rep. Checa</i>
Lago Martín Elena María	<i>Schönstatt</i>
Lamanna Carla	<i>Italia</i>
Langer Arianna	<i>AGESCI</i>
Lapka Claudia	<i>Austria</i>
Lema Guaman Blanca María	<i>MIJARC (Juventud Rural Católica)</i>
Lenkiewicz Michał	<i>Polonia</i>
Leproux Marie-Béatrice	<i>Foyers de Charité</i>
Letsoela Magdalene	<i>Lesoto</i>
Limodo Inês John	<i>Mozambique</i>
Llazi Esmaina	<i>Albania</i>
Lo Chi Fan	<i>Macao</i>
Lordes Dias Vinicius	<i>ICCRS (Renovación Carismática)</i>
Lupeanu Corina Maria	<i>Rumania</i>
Macevičiūtė Dalia	<i>Lituania</i>
Macuiane Paulo Jaime	<i>Mozambique</i>
Madombi Susan	<i>Zimbabue</i>
Madrigal Alejandro	<i>USA.</i>
Makhmudov Ruslan	<i>Kazakhstan</i>
Mamaliga Octavian	<i>Moldavia</i>
Manache Aline	<i>Siria</i>
Manfreda Emanuela	<i>Italia</i>
Mardjonović Bruna	<i>Yugoslavia</i>
Marset Juan Francisco Efrén	<i>Institución Teresiana</i>
Martyn Julian Rajiv	<i>Pax Christi International - Youth Forum</i>
M <sup>c</sup> Garrity Claire Irene	<i>Escocia</i>
Medecin Marie-Pierre	<i>Mónaco</i>
Medel Rezusta Francisco Javier	<i>JICI (Juventud Cristiana Independiente)</i>

VII Forum Internacional de Jóvenes - Apéndice

Medernach Richard M.	<i>Canadá</i>
Melendez Coria José Luís	<i>México</i>
Méndez i Andrés Natàlia	<i>MIEC (Movimento Intern. Estudiantes Católicos)</i>
Mhlanga June	<i>Suazilandia</i>
Mikalef Michele	<i>Grecia</i>
Mikeln Petra	<i>Eslovenia</i>
Mironchenko Aliciya	<i>Turkmenistán</i>
Mivsek Mitja	<i>Comunidad del Emmanuel</i>
Monti Paolo	<i>Italia</i>
Motjoli Christopher	<i>Lesoto</i>
Mtilatila George	<i>Malawi</i>
Mutiso Cosmas Kaloki	<i>Kenia</i>
Mutolo Andrea	<i>Opera di Nazaret</i>
Näscher Philipp	<i>Liechtenstein</i>
Nassar Alice	<i>FIMCAP (Juventud parroquial)</i>
Nau Joseph	<i>Haití</i>
Nget Viney	<i>Camboya</i>
Ngo Huong Giang	<i>Vietnam</i>
Nikogosova Kristina	<i>Georgia</i>
Nzamba Thierry	<i>Gabón</i>
O'Neil Mark	<i>Australia</i>
Ontibon Echeverri Claudia Beatriz	<i>Colombia</i>
Opata Peter Paul	<i>Uganda</i>
Oriol Irina	<i>Moldavia</i>
Ornano Jaén Eugenio	<i>Panamá</i>
Ortega Armijos Yadira Fernanda	<i>Ecuador</i>
Ottosen-Stoett Nikolaj	<i>Dinamarca</i>
Ouedraogo D. David Armel	<i>Burkina Faso</i>
Ouendeno André Yamba	<i>Guinea</i>
Ovalle Pellecer Guillermo Arturo	<i>Guatemala</i>
Pacheco Jara Antonieta	<i>Perú</i>
Padilla Arlene Marina	<i>Encuentros de Promoción Juvenil</i>
Palla Alessandro	<i>Camino Neocatecumenal</i>
Palladino Emilia	<i>Renovación en el Espíritu Santo</i>
Parrado Flores Gissela Roxana	<i>Bolivia</i>
Pérez Martín María	<i>Movimiento Teresiano de Apostolado</i>
Petrelli Evangelina Monica	<i>Movimiento Juvenil Salesiano - FMA</i>



*Lista de los delegados*

Pezzarossi Rodríguez Lucía Paola	<i>Guatemala</i>
Pham Thi Lien	<i>Vietnam</i>
Picado Díaz Brenda del Socorro	<i>Nicaragua</i>
Pierre Sylvie	<i>CIJOC (Juventud Obrera Católica)</i>
Piotrowska Stanislawa	<i>Polonia</i>
Pizarro Brandling Pinto Basto Sara	<i>Equipos de Jóvenes de Nuestra Señora</i>
Pizzinat Anna	<i>Antiguos Alumnos/as Hijas de María Auxiliadora</i>
Placer Fleitas Daylin	<i>Juventudes Marianas de San Vicente</i>
Popescu Magdalena	<i>Rumania</i>
Popik Peter	<i>Eslovaquia</i>
Potani Mercy	<i>Malawi</i>
Pradhan Raju	<i>Nepal</i>
Priest Alice	<i>Australia</i>
Pugh Laura	<i>Inglaterra y Gales</i>
Queirós Pinto Pedro Miguel	<i>CIJOC</i>
Ramiadana Julien	<i>Madagascar</i>
Ramírez Saucedo Carmen Edaly	<i>México</i>
Ramírez Hernández Damaris Maria	<i>Nicaragua</i>
Randrianarisoa Bodo Tahina	<i>Comores</i>
Raphael Koba Georgina	<i>Sudán</i>
Razanamahefa Désirée Marie Stella	<i>Madagascar</i>
Reyes Liscano Carmen Amelia	<i>Venezuela</i>
Ricciotti Ingrid	<i>Juventud Franciscana</i>
Richardson Christine	<i>Bangladesh</i>
Rimmaudo Salvatore	<i>CICS (Scoutismo Católico Internacional)</i>
Robledo Patricia	<i>Comunidad Misionera de Cristo Resucitado</i>
Rocchi Gianna	<i>Movimiento Jóvenes por un Mundo Unido (Focolari)</i>
Rodrigues Tutul Peter	<i>Bangladesh</i>
Roule Tomás	<i>Rep. Checa</i>
Rovira Quesada Carolina	<i>Opera di Nazaret</i>
Rualo Francisco Valentin	<i>Filipinas</i>
Ruiz Díaz Manuel Antonio	<i>Colombia</i>
Ruzzante Gilberto	<i>Movimiento Juvenil Salesiano - SDB</i>
Samir Azer Rania	<i>Movimiento Eucarístico Juvenil</i>

VII Forum Internacional de Jóvenes - Apéndice

Sanon K. Ursule Viviane	<i>Burkina Faso</i>
Santhanawit Nattaporn	<i>Tailandia</i>
Santini Sara	<i>Italia</i>
Santoro Anna	<i>Italia</i>
Santos Borba José Leonardo	<i>Brasil</i>
Sarr Léonie	<i>Senegal</i>
Sauer Catherine	<i>Luxemburgo</i>
Sauer Dennys	<i>Comunión y Liberación</i>
Savrio Ayik Uokwon Paskale	<i>Sudán</i>
Schaden Susanne	<i>Austria</i>
Scialanga Claudia	<i>Fe y Luz - Internacional</i>
Seigneur Ségolène	<i>Communauté des Béatitudes</i>
Shyngle Mbisin Anna	<i>Gambia</i>
Sirulik Viktoriya	<i>Turkmenistán</i>
Skoce Stipe	<i>Yugoslavia</i>
Snyman Frans	<i>Namibia</i>
Somé Athanase	<i>Argelia</i>
Sonwa Denis Jean	<i>MIEC</i>
Sorribas Fierro Mario	<i>España</i>
Soumaoro Bernadette Zogbili	<i>Guinea</i>
Stancu Adina	<i>Forum Internacional de Acción Católica</i>
Steinke Daniel Maria	<i>Communauté des Béatitudes</i>
Stellino Dario	<i>Italia</i>
Stevanus Wijiantoro Stevanus	<i>Indonesia</i>
Suárez Cardenas Innaris	<i>Comunidad de S. Egidio</i>
Sun Ka Lok Magdalene	<i>Hong Kong</i>
Sund Munkherdene	<i>Mongolia</i>
Suon Hangly	<i>Camboya</i>
Süveges Gergö	<i>Hungría</i>
Süveges Margit	<i>Hungría</i>
Tan Yih Soo, Aloysius	<i>JECI (Juventud Estudiante Católica)</i>
Tankoano Soan Guimpali Timothée	<i>Marruecos</i>
Tannousis Michael	<i>Chipre</i>
Tasev Dimitar	<i>Macedonia</i>
Tavares Ribeiro da Costa Augusto Borges	<i>Portugal</i>
Tejada Isadodelis	<i>USA.</i>
Tellechea Carvajal Luis Omar	<i>Venezuela</i>

*Lista de los delegados*

Temcharoen Narudee	<i>Thailandia</i>
Tersigni Marta	<i>Centro Volontari della Sofferenza</i>
Theisen Ute	<i>Alemania</i>
Thesenvitz Dirk	<i>Conferencia de Iglesias Europeas</i>
Thielemann Elisabeth	<i>Noruega</i>
Thiombiano D-Ludovic Parfait	<i>Foundations for a New World</i>
Torres Norambuena Fernando Robinson	<i>Chile</i>
Traore Brigitte	<i>Claire Amitié</i>
Trejos Espinoza María Valeria	<i>Movimiento de Vida Cristiana</i>
Uhm Ki-Ho	<i>Corea</i>
Ushkalov Sergo	<i>Georgia</i>
Vakameilalo-Kioa Cecilia	<i>Nueva Zelanda</i>
Valdez René	<i>Bolivia</i>
Valeeva Anna	<i>Kirguizistán</i>
Vamvakaris Eleuterio	<i>Grecia</i>
Vandermersch Zoé	<i>Famille de l'Assomption</i>
Vargas Paredes Ana Cecilia	<i>JECI (Juventud Estudiante Católica)</i>
Vázquez Maldonado Mariny del Rosario	<i>Puerto Rico</i>
Verhaevert Jo	<i>Bélgica</i>
Vito Pierluigi	<i>Acción Católica Italiana</i>
Vonhögen Mayke	<i>Holanda</i>
Wangwor Jagire Hope	<i>Zambia</i>
Wansetto Rosilene	<i>Brasil</i>
Wijayanto Felix Iwan	<i>Indonesia</i>
Yelekessa Nkouzou Larissa Gwladys	<i>Congo</i>
Zafirov Martin	<i>Bulgaria</i>
Zako Joyce	<i>Uganda</i>
Zaldaña Funes Manuel Alfredo	<i>El Salvador</i>
Zborek Joanna Agnieszka	<i>Comunidad Chemin Neuf</i>
Zezei Boniface	<i>Zimbabue</i>

(Total: 311 delegados)

## Invitados

ANTILLAS	<i>Sr. Patricia Ann Douglas</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
AUSTRIA	<i>P. Franz Herz</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
CANADÁ	<i>P. Thomas Rosica</i> , Director del Comité Canadiense para la JMJ 2002
CANADÁ	<i>Jim O'Hara</i> , Comité Canadiense para la JMJ 2002
CANADÁ	<i>Larissa Gray</i> , Comité Canadiense para la JMJ 2002
CANADÁ	<i>Robert Mignella</i> , Comité Canadiense para la JMJ 2002
CANADÁ	<i>Raymond J. De Souza</i> , Corresponsal del <i>National Catholic Register</i>
COLOMBIA	<i>P. Armelím de Sousa Andrade</i> , Secretario Ejecutivo del CELAM - SEJ
CUBA	<i>Liana del Carmen Lorigados Pedre</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
INGLATERRA	<i>Margaret Connolly</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
ISRAEL	<i>P. Elie Kurzum</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
KENIA	<i>P. David A. Lemkubl</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
MONGOLIA	<i>P. Pierre Kasemuana</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
PORTUGAL	<i>Manuel Oliveira de Sousa</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
RUMANIA	<i>Sr. Liana Antonia Petrizzo</i> , Presidente Secretaría para el Jubileo de los Jóvenes
ESPAÑA	<i>Victor Cortizo</i> , Responsable de Pastoral Juvenil
SUIZA	<i>P. Aldo Giordano</i> , Secretario General, Consejo de la Conferencia Episcopal de Europa
USA	<i>Ana Villamil</i> , Responsable de Pastoral Juvenil

## Países y Regiones representados en el Forum

Albania	Finlandia	Macedonia
Alemania	Francia	Madagascar
Angola	Gabón	Malawi
Antillas	Gambia	Malta
Argelia	Georgia	Marruecos
Argentina	Ghana	Mauricio
Australia	Grecia	México
Austria	Guam (Pacífico)	Moldavia
Bangladesh	Guatemala	Mónaco
Bélgica	Guinea	Mongolia
Benin	Haití	Mozambique
Bolivia	Holanda	Namibia
Brasil	Honduras	Nepal
Bulgaria	Hong Kong	Nicaragua
Burkina Faso	Hungría	Nigeria
Camboya	Ile de la Réunion (Francia)	Noruega
Canadá	India	Nueva Zelanda
Chad	Indonesia	Pakistán
Chile	Inglaterra y Gales	Panamá
Chipre	Irlanda	Papúa Nueva Guinea
Colombia	Israel	Paraguay
Comores	Italia	Perú
Congo	Japón	Polonia
Corea	Jordania	Portugal
Croacia	Kazajstán	Puerto Rico
Cuba	Kenia	Rep. Dominicana
Dinamarca	Kirguizistán	Rep. Checa
Ecuador	Lesoto	Rumania
El Salvador	Líbano	Senegal
Escocia	Liberia	Seychelles
Eslovaquia	Liechtenstein	Siria
Eslovenia	Lituania	Suazilandia
España	Luxemburgo	Sudáfrica
Filipinas	Macao	Sudán

*Países y Regiones representados en el Forum*

Suecia	Turquía	Vietnam
Suiza	Ucrania	Yugoslavia
Tailandia	Uganda	Zambia
Taiwán	Uruguay	Zimbabue
Ter. Palestina	USA	
Turkmenistán	Venezuela	(Total: 119)

## **Movimientos, Asociaciones y Comunidades juveniles representados en el Forum**

ACISJF (Association Catholique Internationale de Services pour la Jeunesse Féminine)  
AGESCI (Associazione Guide e Scout Cattolici Italiani)  
Acción Católica Italiana - Sector Joven  
Camino Neocatecumenal  
Centro Volontari della Sofferenza  
CICE/CICS (Conferencia Internacional Católica del Escutismo)  
CICG (Conferencia Internacional Católica del Guidismo)  
CIJOC (Coordinación Internacional de la Juventud Obrera Cristiana)  
Claire Amitié  
Communauté du Chemin Neuf  
Communauté des Béatitudes  
Comunidad de S. Egidio  
Comunidad de Taizé  
Comunidad del Emmanuel  
Comunidad Misionera de Cristo Resucitado  
Comunión y Liberación  
Conf. Mundial de Antiguas/os alumnas/os de las Hijas de María Auxiliadora  
Conference of European Churches  
Equipos de Jóvenes de Nuestra Señora  
Famille de l'Assomption  
Fe y Luz - Internacional  
FIAC (Forum Internacional de Acción Católica)  
FIMCAP (Federación Internacional de los Movimientos de Juventud Católica Parroquial)  
Fondations pour un monde nouveau  
Foyers de Charité  
ICCRS - International Catholic Charismatic Renewal Services  
Institución Teresiana  
JECI - Juventud Estudiantil Católica Internacional  
Jeunesse Lumière  
JICI - Juventud Independiente Cristiana Internacional

Juventud Franciscana  
Juventudes Marianas Vincencianas  
MIEC - Pax Romana (Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos)  
MIJARC (Movimiento Internacional de la Juventud Agraria y Rural Católica)  
Movimiento de Encuentros de Promoción Juvenil  
Movimiento de Vida Cristiana  
Movimiento Eucarístico Juvenil  
Movimiento Jóvenes por un Mundo Unido (Focolari)  
Movimiento Juvenil Salesiano - FMA  
Movimiento Juvenil Salesiano - SDB  
Movimiento Teresiano de Apostolado  
OMAAEEC Organización Mundial de Antiguos Alumnos y Alumnas de la  
Enseñanza Católica  
Opera di Nazaret  
Pax Christi International - Youth Forum  
Regnum Christi  
Renovacion en el Espíritu Santo  
Schönstatt  
UIGSE - Unión Internacional Guías Scouts Europa

(Total: 49)



# ÍNDICE

<i>Prefacio</i> . . . . .	5
<i>Mensaje del Santo Padre a los jóvenes del mundo con ocasión de la XV Jornada Mundial de la Juventud.</i> . . . . .	9

## I

### **XV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD JUBILEO DE LOS JÓVENES**

1. CEREMONIA DE APERTURA Plaza de San Juan - 15 DE AGOSTO DE 2000	
Saludo de los jóvenes romanos . . . . .	19
Saludo del Cardenal Camillo Ruini al Santo Padre. . . . .	21
Palabras del Santo Padre Juan Pablo II. . . . .	22
2. CEREMONIA DE ACOGIDA Plaza de San Pedro - 15 DE AGOSTO DE 2000	
Saludo del Cardenal James Francis Stafford al Santo Padre . .	25
Saludo de los jóvenes . . . . .	27
Saludo del Santo Padre Juan Pablo II . . . . .	29
Palabras del Santo Padre Juan Pablo II . . . . .	31
3. MISA PARA LOS JÓVENES DEL VII FORUM INTERNACIONAL - 17 DE AGOSTO DE 2000	
Saludo de los jóvenes . . . . .	36
Homilía del Santo Padre Juan Pablo II . . . . .	37

4. ENCUENTRO DE UNA DELEGACIÓN DE JÓVENES CON EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ITALIANA - 19 DE AGOSTO DE 2000	
Saludo de los jóvenes . . . . .	40
Discurso del Presidente Carlo Azeglio Ciampi . . . . .	43
5. VIGILIA DE ORACIÓN EN TOR VERGATA - 19 DE AGOSTO DE 2000	
Palabras del Santo Padre Juan Pablo II. . . . .	47
Testimonios de algunos jóvenes . . . . .	54
6. MISA DE CLAUSURA DE LA XV JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD - 20 DE AGOSTO DE 2000	
Discurso del Cardenal Camillo Ruini . . . . .	62
Homilía del Santo Padre Juan Pablo II. . . . .	64
Discurso del Cardenal James Francis Stafford . . . . .	70
Saludo del Santo Padre en el momento del <i>Angelus Domini</i> . . . . .	72
APÉNDICE	
Palabras del Santo Padre Juan Pablo II en la Audiencia General del 23 de agosto de 2000 . . . . .	76

## II

### VII FORUM INTERNACIONAL DE JÓVENES

PROGRAMA . . . . .	81
LÍNEAS GUÍA PARA LOS GRUPOS DE TRABAJO . . . . .	85
SESIÓN DE APERTURA	
«Las antiguas piedras de Roma os llevarán a un descubrimiento espiritual» (Card. James Francis Stafford) . . . . .	87
«En camino con la Cruz» (Saludo de los jóvenes italianos en el momento de la entrega de la Cruz) . . . . .	99

CONFERENCIAS

1. «Cristo, respuesta a las aspiraciones del hombre» (Mons. André-Mutien Léonard) . . . . .	101
2. «¿Por qué creer? Los retos de la fe hoy» (Mons. Rino Fisichella) . . . . .	105
3. «Una fe que incide en la vida» (Ernesto Olivero). . . . .	121
4. «La santidad: llamada y respuesta» (P. Jesús Castellano Cervera) . . . . .	127
5. «La fe, don para compartir» (Timothy O'Donnell). . . . .	135
6. «Los caminos que llevan a la fe» (P. Dominique Sentucq) .	147

TESTIMONIOS

*El impacto de la fe en la vida*

1. «Sentía que me faltaba algo» (Michel Remery) . . . . .	157
2. «Hay una persona que ilumina nuestro camino ar juntos» (Agnese y Matteo Renzi) . . . . .	160
3. «Dios existe y yo quiero vivir mi vida de acuerdo con esto» (Hna. Regina Marie Donohue) . . . . .	165

CONCLUSIÓN

Mensaje del Forum a los jóvenes del mundo . . . . .	170
«La proclamación del Gran Jubileo» (Card. James Francis Stafford) . . . . .	172

APÉNDICE

Lista de los Delegados . . . . .	179
Invitados . . . . .	188
Países y regiones representados en el Forum . . . . .	189
Asociaciones, Movimientos y Comunidades internacionales re- presentados en el Forum . . . . .	191



Los volúmenes de la colección LAICOS HOY y de la colección JÓVENES, los DOCUMENTOS y el NOTICARIO publicados por el Consejo Pontificio para los Laicos se pueden recibir enviando una cuota anual de Euros 31,00.

El pago se puede hacer directamente en nuestras oficinas o a través de un cheque bancario a nombre del Consejo Pontificio para los Laicos.

Las publicaciones se editan en español, francés, inglés e italiano.

CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS

Oficinas: Piazza San Calisto, 16 (Trastevere) - Roma

Tel. 06.698.87322 - Fax 06.698.87214

Dirección postal: Palazzo San Calisto

00120 Ciudad del Vaticano

E-mail: [pcpl@laity.va](mailto:pcpl@laity.va)

TIPOGRAFÍA VATICANA



